

VUELO 2122

Entre la vida y la muerte

Albana Maeso Collada

ALBANA MAESO COLLADA

VUELO 2122

Entre la vida y la muerte

Albana Maeso Collada: 2026

ISBN: 9798252872308
Sello: Independently published

A mi marido Juan Pedro
y a mis hijos Albana y Juan Pedro.

Sois la fuerza que mueve mi mundo,
la razón de mi existencia
y el verdadero motor de mi vida.

Os quiero con todo mi corazón.

VUELO 2122

Entre la vida y la muerte

PRIMERA PARTE

VUELO 2122

22 de diciembre de 1995

Los pasajeros se acomodaban en sus asientos para disfrutar de su vuelo mientras las azafatas les daban la bienvenida con una amplia sonrisa. Algunos viajaban por asuntos de trabajo y otros para disfrutar de unas merecidas vacaciones con la familia.

Cuando todos estaban en sus asientos y se disponían a ver un video en el cuál se les explicaba qué debían de hacer en caso de tener algún problema en el transcurso del viaje, el comandante les saludó dándoles la bienvenida y deseándoles un feliz viaje.

Estando todo el pasaje sentado y con los cinturones de seguridad abrochado, el avión empezó a moverse del sitio, dándose la vuelta para poder incorporarse a la pista de despegue.

- Bueno, pues ya estamos aquí –dijo emocionado Manolo a su mujer mientras le guiñaba un ojo.

Su mujer era la que había organizado la ruta de todos los sitios que pretendían visitar. La ilusión de unos recién casados se reflejaba en el brillo de sus ojos. Sus caras lo decían todo. La felicidad emanaba de cada poro de su piel.

Otros dos asientos más atrás se encontraba una pareja de ancianos. Viajaban para dar una sorpresa a un hijo que estaba trabajando fuera y ya llevaban tiempo sin ver. Iban a pasar unos días para conocer el sitio donde éste hacía su vida. Querían darle una sorpresa con su llegada.

Justo detrás había un hombre muy trajeado con un maletín negro. El hombre pidió a una de las azafatas que le trajera el periódico del día.

En los asientos de al lado se encontraba un matrimonio con sus dos hijos. Un niño de seis y una niña de ocho años. Como siempre, estaban discutiendo por quién se quedaba un cuento que su madre había sacado del bolso para que se distrajeran con algo y no molestaran. Casi siempre en público, daban toda la guerra que querían y más, poniendo a los padres en evidencia delante de todos. Parecían unos niños maleducados que se salían siempre con la suya.

La gente los miraba como si vieran a dos pequeñas fieras indomables.

En otro asiento más atrás a los de ellos, había una mujer muy bien vestida. Causaba admiración por su porte y elegancia. Llamó a una azafata para pedirle un café mientras sacaba un libro y unas gafas y se ponía a leer.

La voz del comandante salió de improviso por los altavoces del avión diciéndoles que ya estaban en rumbo hacia su destino. Les deseó por segunda vez un vuelo agradable a todos.

En la parte delantera del avión había un hombre con una mochila en el suelo a la que no dejaba de mirar. Una de las azafatas llamada Elisa se dio cuenta y le dijo que, si estaba incómodo teniéndola bajo sus pies, la podía subir a los compartimentos para las maletas que tenía justo encima de su asiento y él con un movimiento enérgico de cabeza le dijo que no, pero sin mediar palabra. La azafata volvió donde estaban las demás compañeras. Les comentó lo que le había pasado con ese hombre, pero no le dieron mayor importancia.

Una mujer mayor se quedó dormida en su sillón y los ronquidos eran tan fuertes que se oían como si el avión tuviera una música de fondo. Las azafatas al pasar por su lado ponían caras a los demás pasajeros, pero nadie se atrevía a molestar su plácido sueño. Parece ser que viajaba sola.

Al cabo de un rato, una especie de humo blanco inundó la cabina donde se encontraban los pasajeros. Parecía la típica neblina de la mañana o el humo de muchos cigarrillos en un sitio cerrado, pero a los pocos segundos se empezó a disipar rápidamente.

Al cabo de unos minutos...

- Por favor –gritó un hombre intentando parar a una azafata-. ¿Me podría traer una aspirina? No me encuentro muy bien –

dijo con la cara un poco descompuesta.

- ¿Qué es lo que le pasa? –preguntó la azafata interesándose por su estado.
- Creo que me ha sentado mal el desayuno y me duele muchísimo la cabeza... ¡Parece que me va a explotar!
- Muy bien, ahora mismo se la traigo. No se preocupe –respondió mientras se dirigía a por lo que le había pedido.

Mientras tanto, uno de los hijos del matrimonio, el niño pequeño, se había quedado dormido y su hermana seguía echándole un ojo al cuento con expresión divertida en el rostro. Sus padres hablaban de las vacaciones muy animados por encontrarse ya de camino para disfrutar de unos días en la playa.

Una mujer se encontraba bastante nerviosa y con los brazos en tensión. Parecían dos tubos de acero soldados al reposa brazos. Rezaba por lo bajo desde que habían despegado. Le tenía tanto pánico a volar, que lo hacía porque no tenía más remedio. Pero cada vez que le tocaba subir al avión, le entraba un miedo terrible de pensar que iba a surcar el cielo. No se había llegado a acostumbrar a ello. Lo pasaba realmente mal.

La azafata caminaba por el pasillo llevando un vaso de agua y una aspirina. Se acercó al hombre que se lo había pedido y antes de que pudiera dárselo, el hombre se echó de golpe hacia delante con una gran arcada y se puso a devolver. El chaval que estaba justo delante de él se dio la vuelta al oírlo y empezó a hacer ascos voceándole a su madre que ya no quería viajar en ese sitio. La azafata le dijo al muchacho que no había ningún problema, que lo iban a dejar todo limpio, que eran cosas impredecibles que podían pasar. El chico se puso a llorar y a patalear diciendo que se quería bajar del avión y su madre no podía sujetarlo. Los demás pasajeros contemplaban la escena mirándolos de refilón con caras de asombro.

La azafata llamó a las demás para que le ayudaran a limpiar el sitio en la mayor brevedad posible. El hombre se había puesto la ropa perdida de vómito y tenía la cara más blanca que las paredes

del avión. La azafata le dejó una bolsa por si le volvía a ocurrir. Aunque a él de poco le servía, ya se había manchado la ropa.

La madre del chaval intentó tranquilizarlo como pudo, advirtiéndole que ya estaba todo solucionado y que pronto estarían en suelo firme. El muchacho enfadado no parecía muy convencido.

El avión empezó a dar unas pequeñas sacudidas provocando a la gente un susto en el cuerpo que les obligaba a asomarse por las ventanas y mirar las caras de las azafatas para ver si les notaban que algo raro estaba pasando.

- Parece que están tranquilas –le comentó Manolo a su mujer mientras le sujetaba con fuerza la mano-. Así que esto debe pasar a menudo. Cálmate y piensa en que pronto estaremos en el hotel.

Su mujer no había volado nunca y le parecía todo muy extraño. ¿Cómo podía ser que volara a tanta altura un aparato tan grande y con tantas personas dentro? A ella le parecía imposible que llegaran a aterrizar sin ningún tipo de problema durante el vuelo. Era como si estuviera soñando y de verdad no se encontrase allí en ese instante, eso le ayudaba a no ponerse histérica. Normalmente no le gustaba estar en sitios cerrados mucho tiempo y siempre rehuía de ellos. Su marido le había dicho en el aeropuerto al ver el miedo con que miraba su mujer el despegue de los aviones, que no se preocupara, que al día salían muchos y que, si tenía que pasar algo, ellos no iban a tener tan mala suerte. Nunca les había tocado la lotería y mucho menos iban a tener la suerte de vivir en persona un accidente de avión. De todas formas, desde que ella había puesto los pies en el pasillo del avión, no había cambiado de opinión. Hasta el último momento estuvo pensando en bajar de ese trasto. Al final se decidió, prometiéndose que esa sería la primera y la última vez que se viera implicada en esa situación. Estar allí había confirmado su miedo, lo había hecho aún más exagerado. Además, no hacía más que mirar a unos y otros. ¿Cómo podían estar tan tranquilos como si estuvieran en el sillón de su casa viendo su película favorita? Solo les faltaban las palomitas.

La voz del comandante tranquilizó a los pasajeros diciendo que habían pasado por una zona de turbulencias y que ya volvía todo a la normalidad.

Natalia se soltó de la mano de su recién estrenado marido y respiró por fin hondo. Ya había pasado. Hasta la próxima, dijo para sus adentros. Rezaba todo lo que sabía para que el tiempo transcurriera más deprisa.

Marcos se levantó para ir al servicio, mientras su madre leía una revista que había comprado antes de salir en el quiosco del aeropuerto. Al volver vio a un hombre con la cara muy pálida unos asientos delante de ellos. Parecía que le costara mucho mantenerse allí. *"Ese hombre está muy enfermo y no debería haber subido al avión. ¿No habrá ningún médico entre los pasajeros? Se supone que las azafatas estarán al tanto"*, pensó mientras caminaba a sentarse otra vez al lado de su madre.

Los pasajeros que se encontraban al lado del hombre que se había puesto enfermo, llamaron a una azafata. La mujer sacó un abanico de su bolsillo y empezó a abanicarle. El hombre abrió muy despacio los ojos al notar como el aire le llegaba a la cara mientras la azafata le preguntó cómo se llamaba.

- Miguel –susurró con una vocecilla que le costaba salir de su boca.
- Me imagino que usted habrá venido solo, ¿no es así?

El hombre asintió con la cabeza. Estaba tan delicado que, para cualquier gesto, tenía que hacer un verdadero esfuerzo.

Entonces la azafata se dirigió a la cabina donde estaba el piloto para informarle de lo que le pasaba a ese hombre.

El comandante preguntó al pasaje si había algún médico. Informó de que un hombre se había puesto enfermo y que se necesitaba urgentemente su ayuda.

Después de oír la llamada, un hombre se levantó de su sillón y fue a hablar directamente con una de las azafatas que le encaminó a

donde se encontraba el hombre enfermo.

Matías era médico de atención primaria y se ofreció voluntariamente para examinar al paciente. En esos casos no había más remedio que ejercer la profesión, aunque se encontrara en sus días de descanso. Era un trabajo en el que nunca se llegaba a desconectar del todo. Gajes del oficio, decía él.

Un chico joven, que estaba situado unos asientos por detrás del enfermo, se quitó los cascos de música de las orejas al ver el trasiego de las azafatas y a un hombre de rodillas hablando con otro que estaba, parecía ser, inmóvil en su asiento. Le llamó la atención las caras de los demás pasajeros que no paraban de mirarse y cuchichear entre ellos con gestos de preocupación.

- ¿Qué es lo que pasa tronco? –le dijo a su amigo que estaba sentado en el sillón de al lado dándole un codazo.
- Nada tío, que uno ha echado la pota. ¡Hasta la primera papilla que le dio su madre! Creo que ha ido uno que dice que es médico a echarle un ojo.
- Siempre tiene que haber alguno en el viaje que la líe –le habló volviéndose a colocar los cascos en la oreja y moviendo la cabeza al compás de la música como si tal cosa.

El médico examinó al paciente en el sitio y mandó a las azafatas que le trajeran un reconstituyente casero hecho de zumo de limón, sal y bicarbonato y un antipirético ya que estaba muy caliente. El hombre tenía la frente mojada de un sudor cuyas gotas se apreciaban nada más mirarlo. Su cara pálida reflejaba que no tenía ni fuerzas para ponerse de pie. La causa de la enfermedad de aquél hombre no estaba clara, pero por lo menos le podía mitigar el malestar hasta que llegara al aeropuerto.

En un corto espacio de tiempo, otro de los pasajeros del final de la cabina empezó a toser. Su compañera de asiento sacó del bolso un

caramelo que le ofreció, pero no había forma de parar esa maldita tos y los que estaban a su alrededor se empezaron a poner nerviosos de oírle. El hombre, al ver que estaban molestos, se levantó para ir al servicio y, de repente, cayó al suelo dándose de bruces.

Un señor que estaba prácticamente a su lado lo intentó levantar, pero éste no respondía. Al ver que al llamarle y darle unas palmaditas en la cara, no reaccionaba, llamó a una azafata y ésta corrió a avisar inmediatamente al médico que se encontraba al principio del pasillo.

El médico, al llegar donde se encontraba el hombre y tomarle el pulso vio que ya estaba muerto. Por lo que podía llegar a entender, al levantarse del asiento le había dado un infarto que le había provocado una muerte fulminante. El comandante fue avisado y al ver que ya no podían hacer nada por su vida, trasladaron el cadáver a una zona del avión despejada de gente.

El pasaje empezó a alarmarse ya que acababa de fallecer un hombre allí mismo. Para ellos, sin explicación. El hombre había empezado con una tos muy fuerte pero no se podían pensar que la cosa iba a llegar hasta ese punto. No se les podía olvidar, al ver el sillón de aquél hombre vacío, lo que acababan de presenciar.

Matías se sentó en su sitio pensando en que había sido mala idea haber salido de su casa y tomado el avión. Seguramente, allí habría podido disfrutar de un tiempo de tranquilidad y descaso. Estaba deseando que el avión por fin aterrizase y fuera al hotel a darse una ducha y relajarse, pero aún quedaban algunas horas más de vuelo, pues no acababan, como quien dice, de separarse del suelo. Intentó cerrar los ojos para llevar lo que restaba de vuelo lo mejor posible cuando una mano le tocó el hombro.

- Señor, perdone que le moleste otra vez –volvió a insistir una azafata-. ¿Puede venir conmigo un momento?

Ya se imaginaba lo que le tocaba hacer y sin decir nada se levantó, tomó su maletín y siguió por el pasillo a la mujer.

Al llegar a la mitad de éste, una mujer estaba con unos dolores fortísimos, según decía, de tripa. La auscultó y tenía el corazón a punto de salirse del pecho. La mujer no sabía ya ni como ponerse en el asiento pues se retorcía de dolor. El médico le dijo a la azafata que le diera una pastilla para que se la pusiera bajo la lengua hasta que ésta se disolviera. Volvió acompañado de la misma azafata a su asiento.

- Vaya nochecita ¿no? –comentó al doctor mientras este regresaba a su asiento.
- Ni que lo diga. A ver si con un poco de suerte, el pasaje se tranquiliza y aterrizamos sin más problemas –contestó cabizbajo Matías.
- De verdad le digo que no sé qué pasa hoy. Lo normal es que todo vaya bien, pero esta noche...
- No se preocupe señorita. Tendrá que ser así. Alguna vez tenía que pasar. Vaya a tomarse un café mientras pueda. Ojalá no tengamos una noche movidita.

Una de las azafatas accedió a la cabina donde se encontraba el comandante con su equipo de vuelo. Les resumió lo que había ocurrido en poco tiempo y se empezaron a escuchar comentarios del tipo: *"teníamos que ser nosotros a los que les pasen estas cosas"*, *"no había otros tontos volando en el cielo"*, que *"mejor estábamos en casa para lo que nos pagan"*, que *"deberían de hacer un chequeo médico antes de embarcar y así se evitaban estas cosas"* …

La azafata sin querer meterse en la conversación se lo pensó mejor y salió de la cabina, haciéndole caso al médico, para tomarse un café y charlar con sus compañeras. Después de lo que había

visto, no tenía ninguna gana de estar aguantando las impertinencias de sus compañeros de la cabina de mando.

Una de las azafatas para calmar los ánimos y el ambiente puso una música relajante. Se hacía de noche y algunos pasajeros ya cerraban las ventanillas y se acomodaban como podían para que se les hiciera la espera un poco menos amarga. Aún les quedaban varias horas de vuelo.

Sergio y Tatiana empezaron a tirarse de los pelos y a discutir como siempre. Ya estaban cansados de estar ahí encerrados y, todavía más, de no poderse mover a sus anchas. Era un viaje demasiado largo para ellos. Su padre, intentaba hacerles gracias para que se rieran y no dieran el espectáculo. El espectáculo ya lo daba él, poniéndoles caras raras y entreteniéndoles cómo podía. Su madre miraba su agenda, planificando por días su estancia en el sitio que habían escogido para disfrutar del verano.

En la cabina de mando, el comandante dejó el piloto automático mientras iba al servicio. Sus compañeros seguían allí sentados hablando de sus cosas y poniéndose en contacto con alguna torre de control. El comandante se apresuró para llegar al servicio, abrió la puerta y la sorpresa fue mayúscula cuando vio a un hombre sentado junto al lavabo.

Inmediatamente llamó a una azafata y un compañero de vuelo para que se acercaran, pero con la mayor discreción posible. Al llegar, contemplaron en la escena a un hombre sentado en el suelo con una bolsa de plástico en la cabeza atada fuertemente con celofán en el cuello. Se había quitado la vida asfixiándose. Le retiraron la bolsa de la cabeza. Estaba muerto, pero aún su cuerpo estaba caliente. Debía de ser poco el tiempo transcurrido porque si no la que se habría liado habría sido de órdago, pero, por suerte, quien lo había encontrado en esa situación había sido el propio comandante del vuelo.

Como el servicio estaba apartado por un descansillo del resto de compartimentos y en ese momento no le había dado a nadie por pasar, la azafata se quedó en la puerta para vigilar que no entrara nadie. Se trataba de que no cundiera el pánico en el avión. La azafata, por medio de un walkie talkie, dio el aviso a otra compañera para que llevase al médico al lugar del suceso. Tenían que saber su opinión.

El médico al llegar, puso cara de asombro. Estaban ocurriendo cosas muy extrañas en ese avión y lo peor de todo es que no tenían ni idea de cuál era la causa.

Dejaron al hombre junto con el otro que había fallecido hacía una hora en el mismo sitio.

- ¿Qué cree que está pasando, señor? –preguntó contrariado el comandante al médico.
- No soy detective. Creo que en este viaje hemos tenido mala suerte con los pasajeros –contestó Matías sin querer darle mucha importancia a lo que estaba ocurriendo-. Comuníquenlo a la torre de control del aeropuerto al que vayamos a aterrizar para que nada más llegar hagan las gestiones oportunas.

El comandante pidió por favor que no se les notara nada en lo que les quedaba de viaje. Sólo les faltaba aguantar la típica histeria de la gente.

El médico volvió a su sitio y un curioso que se encontraba delante de él le preguntó:

- ¿Es que pasa algo? –preguntó con la intención de enterarse de las idas y venidas del médico.
- No nada, está todo bien. No se preocupe –dijo Matías dejando su maletín encima de su sillón, restándole importancia.
- No me tome por idiota, sé perfectamente que usted es médico y se le llama cuando hay una urgencia. Si no, ¿qué

hace con tantas caminatas para allá y para acá?

- ¿Es que no me puedo ni levantar para ir al servicio? –replicó al chaval mientras se sentaba. No podía con la gente entrometida.
- Bueno, bueno. Ya nos enteraremos... –añadió el chico volviendo al fin la cabeza.

Parecía que todo volvía otra vez a la normalidad cuando la pareja de recién casados estaba hablando de sus planes. Manolo intentó por todos los medios distraer a su mujer contándole que ese viaje era muy especial para él y sacó unos folletos que le habían dado en la agencia de viajes para mostrarle los sitios maravillosos que tenía en mente visitar.

El avión comenzó a dar unas sacudidas, más fuertes que la vez anterior, provocando la caída brusca de maletas al pasillo. Natalia cogió otra vez el brazo de su marido y se agarró con tanta fuerza que le acabó haciendo un cardenal. A una anciana le cayó de sopetón una maleta más o menos pesada dándole con un pico de hierro que tenía en uno de los bordes y empezó a sangrarle la cabeza. Una azafata que se encontraba por allí fue a buscar unas gasas y lo necesario para curarle y taponarle la hemorragia cuando el avión volvió a dar otra sacudida que la tiró patas arriba y empezó a moverse frenéticamente por el suelo dándose un fuerte golpe en la sien dejándola inconsciente. Sus compañeras la sentaron como pudieron en uno de los asientos. El pasaje empezó a gritar angustiosamente, rezando porque terminara la tortura de las turbulencias mientras el avión seguía dando bandazos descontroladamente.

La voz del comandante se esperaba como agua que cae en época de sequía y resonó en todos los compartimentos: *"Nos encontramos en medio de una tormenta. Les pido que no se alteren y permanezcan sentados en sus sitios con los cinturones abrochados.*

No sabemos cuánto va a durar, pero si mantenemos la calma, llevaremos lo mejor posible esta situación. De vez en cuando es normal que se nos presenten este tipo de tormentas. Así que no se preocupen que están en buenas manos".

A la mujer que le había caído la maleta no paraba de sangrarle la herida y en su camisa resaltaban gotones y líneas rojas. Se sujetaba un pañuelo en la cabeza haciéndose presión, pero la sangre seguía su curso. La azafata desmayada parecía recuperarse donde la habían sentado preguntando qué es lo que le había pasado. Los niños de seis y ocho años se pusieron a llorar desconsoladamente mientras sus padres les decían que quedaba muy poco para que se acabaran los movimientos del avión.

Después de unos minutos, el avión volaba con toda normalidad, ya había pasado la tormenta y el comandante saludó desde su cabina diciendo que ya todo estaba controlado. *"En pocas horas habremos llegado a nuestro destino"* habló queriendo complacer a los viajeros. *"A partir de ahora todo irá sobre ruedas o sobre alas"* añadió medio bromeando con el susto en el cuerpo todavía.

- Mamá, ¿cuánto queda? –dijo la niña asustada.
- Muy poco cariño. Ya verás cómo antes de que te des cuenta estamos en el aeropuerto cogiendo las maletas –le profirió sin creérselo demasiado.
- ¡Estoy muy cansada! ¡Me quiero bajar de aquí! –insistió mirando a su padre como si él pudiera hacer algo al respecto.
- Duérmete un poco cielo –le intentó calmar su padre-. Intenta descansar.

Le puso la mano en la frente cerrándole los ojos para ver si se quedaba más sosegada.

El comandante vio que ya quedaba muy poco para llegar a la torre de control. En el radar un indicador parpadeaba avisando que

estaban ya muy cerca de la zona de aterrizaje. Pero conforme el avión se iba acercando, el indicador se alejaba poco a poco. Habían calculado justo el combustible para la distancia que iban a recorrer ya que en el destino tenían que volver a recargar el depósito para salir hacia otro lugar. Estaba previsto que el avión hiciera dos viajes casi seguidos. Además, ya era la hora prevista de llegada. No tenían que andar muy lejos de la pista de aterrizaje.

El equipo en la cabina de mando se empezó a poner nervioso porque lo que estaba ocurriendo en el tablero con los controles era como si alguien estuviera accediendo a los mandos del avión, como si lo estuviera manejando y descontrolando todo a su libre albedrío. ¡Pero eso era imposible!

Al cabo de un tiempo, el indicador de fuel estaba acercándose peligrosamente a la banda roja de reserva. El avión estaba sobrevolando la zona en donde se suponía que debía de haber una pista de aterrizaje, pero solo se veía un vacío azul. Era como si la tierra hubiese desaparecido por completo. O los indicadores se habían vuelto locos y se habían perdido o el equipo de cabina del avión estaba viendo visiones, que eso era todavía más improbable.

- Mantengamos la calma –comentó uno de los que se encontraban en la cabina.
- ¡Esto no nos ha pasado nunca! –continuó otro compañero mirando con cara de preocupación al comandante.
- Estoy intentando saber que puede pasar con los controles del panel. Pero es algo que no puedo entender. Es imposible que el avión se pueda pilotar por control remoto y que mucho menos se pueda acceder a él. Tampoco es posible que los mandos se hayan estropeado. Estamos según la brújula, encima del aeropuerto, pero sólo se ve un vacío inmenso. ¡La brújula del avión no puede fallar!

El comandante cogió la radio y habló diciendo:

- Torre ocho, ¿me recibe? Aquí vuelo 2122. Comandante al habla.

El aparato hacía un ruido rarísimo y no se oía a nadie contestar.

- ¡Por favor, solicitamos permiso para aterrizar!

Aunque no veía la pista, hablaba para ver si alguien le podía escuchar. Sus intentos fueron nulos.

El comandante empezó con un sudor frío por la frente y por las manos. La aguja del combustible estaba ya tocando la línea roja. Con lo que les quedaba en el depósito tenían solamente para una hora de vuelo. Si en sesenta minutos no habían podido aterrizar, el destino iba a ser otro del que la gente tenía planeado.

El hombre respiró hondo pensando en lo que podía ocurrir. Pero es que no había explicación ninguna. Parecía una pesadilla.

De repente, la aguja del combustible empezó a subir como si acabaran de rellenar el depósito. Eso sí que ya no cabía en la cabeza de nadie. Los que estaban presentes en la cabina no daban crédito a lo que estaban viendo sus ojos. Ahora ya sí que no se podían fiar de nada. Lo peor de todo era que lo mismo que estaban viendo sus ojos estaba ocurriendo parece ser fuera del avión. Algo inimaginable les estaba tocando vivir. El comandante miró su reloj y advirtió que se había parado. Al enseñárselo a los compañeros estos se miraron y comprobaron que el tiempo se había detenido para todos.

Volvió a probar suerte para ver si le contestaban en la torre de control, pero seguía saliendo el mismo ruido de la vez anterior.

Un compañero no hacía ya nada más que decir por la radio: *"MAYDAY, MAYDAY, MAYDAY, ¡vuelo 2122 tiene problemas de aterrizaje! ¿Alguien escucha?"*

No había contestación alguna pero el hombre seguía intentándolo cada poco tiempo.

Tendrían que aterrizar por sus propios medios. Pero sin ver tierra firme, iba a ser muy complicado.

Una azafata llamó a la puerta de la cabina del piloto y su cara reflejaba angustia contenida. Explotó en un valle de lágrimas antes de que pudiera decir una palabra.

Un compañero de cabina se levantó y le dio un abrazo mientras le preguntaba:

- ¿Qué ocurre Charlene?
- El pasaje está como drogado. Unos están durmiendo sin reaccionar a nada y otros tienen los ojos abiertos, pero ni se inmutan cuando se les habla. Ni te siguen con la mirada. Es como si estuvieran en otro mundo. No responden a nada ni a nadie del equipo. Es como si hubiéramos entrado en una masa que los ha dejado a todos obnubilados. ¿Me puede decir alguien que está ocurriendo? ¡Hay niños pequeños!
- No tenemos ni la más remota idea, señorita Charlene –respondió el comandante exhausto-. No contestan ni en la torre de control más cercana y no se ve tierra firme por ningún lado. Estamos sobrevolando la zona en la que debíamos haber aterrizado ya hace más de media hora. No le quiero asustar más de lo que está, pero lo tenemos crudo.
- Bueno, por lo menos la gente no se enterará de nada de lo que está pasando –añadió un compañero a los demás como si eso sirviera de algo.
- ¿Te estás oyendo? ¡Lo dices con toda la calma del mundo! Lo que hay que oír... –prosiguió la azafata impresionada.
- ¿Y qué vamos a hacer? ¡Estamos haciendo todo lo que podemos! O qué te crees, ¿qué estamos aquí de cháchara y tomando cañas? ¡Anda ésta con las que me viene! –dijo el mismo de antes.

Los ánimos y los nervios empezaban a crisparse provocando una situación insostenible. Charlene se llevó la mano a la boca y mordió sus cuidadas uñas, desesperada por saber qué estaba ocurriendo, aunque sabía que era inexplicable.

Charlene se giró para salir del habitáculo y dirigirse donde estaban sus compañeras. Seguían intentando que la gente volviera en sí, dándole palmaditas en la cara, diciéndoles cosas... pero no había

modo de hacerlos conscientes, de devolverlos de alguna manera a la realidad. Corrió en busca del médico, pero él tampoco reaccionaba.

"¿Cómo es posible que todo el pasaje esté en estas condiciones y a los que trabajamos aquí ni nos afecte? Tendríamos que estar igual que ellos...", pensó con un susto que no se le iba del cuerpo.

De pronto Carmina le llamó asustada.

- ¡Charlene! ¿Puedes venir un momento?
- Sí, claro –dijo dirigiéndose al asiento desde donde estaba su compañera llamándola y con cara de circunstancias.
- Observa esto –habló señalando el cuello de uno de los pasajeros.
- ¿Qué demonios es? ¡Parecen mocos! Me recuerda a la pasta esa verde pegajosa que nos compraban las madres cuando éramos pequeñas. Esa que nos pasábamos de una mano a otra y restregábamos por todas partes hasta que se le pegaba toda la guarrería de suelos y paredes. Blandi blú creo que se llamaba, ¿te acuerdas?
- Sí. Pero esto me temo que no tiene nada que ver.

Las dos azafatas pasaron revista rápidamente a las demás personas por si había alguna con algo parecido. Pero no había nada igual.

Otra compañera que se encontraba oyéndolas comentó:

- Mirad, ¿ese no es el hombre que ha empezado con los vómitos y con la fiebre nada más que hemos despegado? –dijo señalando al asiento donde se encontraba el hombre.
- Pues tienes razón –manifestó Charlene. Este es el que se ha puesto malo. Que le había sentado mal el desayuno, creo que había dicho.
- Mira tú que si esto es un virus que se contagia… –respondió la otra azafata que estaba supervisando con Charlene.

- ¡Ala! ¡No jodas! ¡Lo que nos faltaba! –dijo mientras pensaba también en que, de todas formas, daba igual, para lo que les quedaba de vida...

Lo importante ahora era intentar poder aterrizar, luego ya verían lo que harían con el pasaje en esas pésimas condiciones.

Charlene volvió presa de su nerviosismo a la cabina donde estaban sus compañeros de vuelo con Arcadio Reja, el piloto al que le había correspondido surcar el cielo en ese vuelo.

No le había dado tiempo de llegar cuando un compañero de la sala de pilotaje le dio una fuerte sacudida llevándose una mano a la boca como si estuviera a punto de salirle un vómito inminente.

- ¡Eh, cuidado! –saltó Charlene poniendo su mano en el hombro que había recibido el golpe.

Antonio se dirigía a toda prisa al lavabo, pero no pudo controlar la arcada haciendo que el vómito saliera disparado contra la puerta del servicio. El líquido escurría en forma de cascada. Era un líquido de color morado como si alguien hubiera echado una pintura metálica haciendo una especie de grafiti.

Abrió la puerta y miró su cara en el espejo. El líquido le seguía escurriendo por la barbilla. Se impresionó al ver el color tan raro de su vómito. Abrió el grifo y se limpió. Volvió a mirarse en el espejo antes de salir. Parecía increíble lo que estaba viendo. Se estaba mirando a sí mismo, pero el reflejo de su cara le devolvía la cara de otro hombre en su lugar, plantado delante de él, con los ojos cerrados. La cara de ese tipo estaba quemada y desfigurada y tenía el mismo líquido que él había devuelto chorreándole de la boca.

Su cuerpo reaccionó saliendo de inmediato del cuarto de baño como alma que lleva el diablo. El sudor le caía por la frente hasta los ojos. No era posible lo que acababa de ver. A lo mejor se estaba poniendo tan malo que empezaba a ver visiones, a delirar. Pero ¿y

ese líquido, con ese color tan raro? No era un vómito normal. Allí estaba ocurriendo algo que le dejaba fuera de lugar. ¿Y ese hombre que había visto en el espejo? ¿Quién era? ¡No lo había visto en su vida!

Se encaminó con un pañuelo en la boca por si le seguía saliendo esa especie de gel líquido repugnante a su puesto de trabajo haciendo de tripas corazón. Nadie se debía enterar de lo que le había ocurrido hacía unos instantes. No estaban los ánimos para contárselo a nadie.

Julia y Charlene estaban sentadas en el suelo del avión, como si estuvieran en el parque de picnic, tomándose un café caliente intentando escabullirse de la situación tan angustiosa que se les había presentado. Total, el pasaje no se enteraba de nada.

Elisa se acercó también diciéndoles que acababa de estar en la sala de pilotaje con el comandante y que los que se encontraban en el compartimento se estaban poniendo a discutir y a insultarse mutuamente.

- ¡Chicas no me lo puedo creer! –remarcó con tensión en sus palabras-. Aquí dentro de poco va a empezar a haber tiros. Ya lo veréis.
- Es que esto no es normal –dijo Julia-. Es como si estuviéramos protagonizando una pesadilla terrorífica o a las órdenes de algún psicópata que se divierte manipulándolo todo a su antojo.
- Yo ya me espero cualquier cosa, chica –dijo Charlene-. ¿Quieres un cafetito? –ofreció a la nueva incorporación en sus charlas.
- No gracias. No me entra nada. No sé cómo podéis estar aquí tan tranquilas... como si no pasara nada.

- Si me dices cómo podemos solucionar lo que nos ha tocado vivir, ¡adelante! Soy toda oídos. Estoy deseando saber cómo… –sentenció Charlene sin ver salida en el laberinto.
- Hombre, pues no sé. Pero así, sí que no se puede hacer nada –reflexionó Elisa irritada y extendiendo la mano al suelo.
- ¿Y qué quieres hacer? ¿Saltar al vacío? ¿Pegarte un tiro? –inquirió Charlene picando a su compañera.
- Pues a ti no te vendría nada mal –respondió cansada de sus contestaciones.

Charlene se levantó y con sus movimientos exagerados de manos en la pequeña discusión había derramado un poco de café a Elisa.

La verdad es que Charlene nunca se había llevado bien con Elisa. En las discusiones que tenían entre compañeros o una u otra saltaban con la intención siempre de llevarse la contraria, aunque en el fondo estuvieran las dos de acuerdo. Eran las típicas personas que se tenían envidia y se miraban con recelo. Ellas sabían en su interior que se admiraban mutuamente, pero juntas creaban tensión. Una tensión que echaba chispas y salpicaba a los demás. Una tenía el pelo rubio y la otra, castaño. En realidad, era como si Elisa quisiera estar en el cuerpo de Charlene y Charlene en el de Elisa.

En la cabina de pilotaje, Antonio oía los comentarios de sus compañeros sin ser capaz ni siquiera de entender lo que decían. Oía voces, unas más altas que otras, pero no podía discernir el significado de lo que hablaban. Era como si estuvieran charlando en otro idioma completamente incomprensible para él y cada vez oía las voces más lejanas. ¿Qué le estaba pasando? ¿Estaría soñando? Pero era tan real que no le cabía ninguna duda de que estaba sentado en su sillón y que estaba en su turno de vuelo.

Elisa se dirigía al lavabo para limpiarse la camisa en la que Charlene le había derramado un poco de café. Al abrir la puerta, su cuerpo sintió una especie de sacudida cuando vio a una niña pequeña sentada en el servicio. No esperaba a nadie allí, nada más que a sus compañeras ya que el pasaje no estaba en condiciones de poder levantarse de sus asientos. Tenía los ojos como idos, vacíos, fuera de sí y al saludarla Elisa, la chica ignoró a la azafata y salió del cuarto como si no hubiera visto a nadie. Era como si estuviera viendo a la niña detrás de un cristal que ella no percibía. La azafata salió intentando seguirle, pero al pasar el umbral de la puerta había desaparecido.

Al volver al cuarto de baño vio que la tapa del servicio estaba cerrada. ¿Cómo es posible si antes de salir se había fijado en que la tapa estaba abierta? ¿Se estaría volviendo loca? *"Bueno, a lo mejor he imaginado verla abierta y en realidad no lo estaba. Se va tantas veces al servicio al cabo del día que puede ser que llegue un momento en el que el cerebro mezcle imágenes que se han ido acumulando a lo largo del día"*, pensó de manera racional. Pero ¿y la niña? ¿De dónde ha salido? La verdad es que no le había dado tiempo a asimilar las caras de todo el pasaje así que probablemente sería uno de los niños que viajaban en el vuelo. Pero lo increíble de este asunto era que nadie se había levantado porque estaban todos sin sentir nada de lo que estaba ocurriendo tanto dentro como fuera del avión. Intentó, después de darle muchas vueltas a la situación que acababa de presenciar, sacarle el punto realista y creyó que mejor sería no darle importancia. Podía ser fruto de los nervios a los que estaba siendo sometida. Se limpió su camisa dejándose un redondel mojado y salió sin más.

- No me lo puedo creer, ¿estás viendo lo que estoy viendo? – dijo Arcadio a Paco, su ayudante-. Mira la aguja de combustible. ¡Está bajando otra vez! ¿Pero esto qué diablos

significa? ¡Es como si tuviera un imán que le hace subir y bajar! –dijo con cara de asombro e incredulidad.

- A lo mejor se ha estropeado. Puede pasar. Es una máquina –argumentó Paco-. Las máquinas se estropean.

Se giró para ver al comandante y se fijó que le estaba saliendo sangre por un oído.

- Señor –le llamó la atención señalándole con un dedo el pabellón de la oreja-. Le está sangrando el oído.

El comandante se llevó una mano a la oreja y se tiñó los dedos de sangre.

- Qué cosa más rara, ¿no? –confesó impactado.
- A lo mejor es que tenía una herida, se ha rascado y se ha levantado la costra –dijo convencido Paco.

Arcadio sacó un pañuelo de su bolsillo para limpiarse mientras seguía mirando atentamente el indicador de combustible. Ahora le parecía más importante lo que estaba ocurriendo con ese indicador que esa tontería del sangrado. Normalmente los mandos del avión estaban más que revisados por el equipo de mantenimiento antes de despegar y era muy raro que ocurriese lo que estaban viendo sus ojos.

De repente, la aguja del anemómetro, con un movimiento lento y progresivo, empezó a bajar de los doscientos nudos bajo la mirada atenta del piloto y su compañero.

- No puede ser, parece que el avión se está volviendo loco. Estoy manteniendo una velocidad constante y observa la aguja. Es como si no fuera capaz de hacerme con el control del avión, como si no respondiera a mis órdenes –se extrañó el comandante asustado.
- Pero ¿Qué es lo que ocurre aquí? No me lo puedo explicar... –comentó Paco confuso.

La aguja seguía moviéndose y ahora estaba bajando estrepitosamente a los ciento veinte nudos haciendo que el avión

entrara en pérdida.

Paco, vio como en unos segundos la misma aguja sin ellos poder hacer nada al respecto, volvía a subir, pero esta vez de forma brusca y empezaba a sobrepasar los trescientos nudos haciendo que el avión acelerara y cogiera una velocidad extremadamente peligrosa aproximándose a los 400 nudos. La aguja se paró en el arco de la línea roja y durante un momento. Arcadio pensó que ya había llegado el final de la historia. Las gotas de sudor le caían por las manos mientras cogía fuertemente la palanca de dirección. Al cabo de pocos segundos otra vez la aguja empezó despacio a bajar hasta volver a la posición en la que se mantenía al principio. Y al mismo tiempo mientras esa aguja bajaba, la brújula empezó a dar vueltas y vueltas rápidamente.

- ¡Vamos a ver! ¿Me quieres decir que de treinta mil vuelos que despegan diariamente en Estados Unidos nos tiene que pasar esto a nosotros? –se excusó Paco temblándole las manos como si tuviera Parkinson.
- Desde que hemos despegado mi misión como siempre es hacer coincidir el rumbo con el curso del avión, pero esta vez me está siendo imposible –reflexionó Arcadio sintiéndose fracasado.

El avión ahora parecía estabilizarse, pero estaba claro que ya no se podían fiar de lo que ocurriera en el cuadro de mandos. Podía pasar cualquier cosa. Esa situación estaba siendo provocada a expensas del control que pudiera tener el piloto de su vuelo. Se suponía que no debía de haber ningún tipo de problema y mucho menos que llegaran a ser partícipes del cúmulo de circunstancias raras que estaban sucediendo. A Arcadio nunca le había fallado de esa manera el panel de control. Podía surgir algún problemilla, pero sin más trascendencia. Lo que estaba ocurriendo era impensable. Mientras, la aguja de la brújula seguía girando.

Antonio se había quedado tan dormido en su sillón, justo detrás de sus compañeros, que no se había enterado de lo que los

responsables del pilotaje comentaban asustados. Pero se despertó cuando Paco se dio cuenta y le pegó una voz.

- ¡Antonio! –vociferó disgustado-. ¿Qué te crees que estás en tu casa? Estamos debatiéndonos entre la vida y la muerte y tú estás ahí sin decir una sola palabra. ¡Vaya pachorra tienes, tío! ¿Cómo puedes estar tan tranquilo como si no fuera contigo la cosa?

El hombre empezó a volver en sí, pero seguía sin entender el porqué de ese comentario. ¿Por qué le había voceado? Si se había levantado con el pie izquierdo esa mañana, ¡él no tenía la culpa!

Al despertarse se acordó vagamente que algo le había pasado en el servicio. Pero no sabía exactamente qué. Seguramente había sido una pesadilla al entender que se había quedado dormido y Paco le había devuelto a la realidad del trabajo con las tensiones que suponen los roces inevitables entre unos compañeros y otros.

Carmina se dirigió pensativa a la cabina de vuelo y allí estaban el comandante Arcadio, Paco y Antonio. Los tres discutían, muy acalorados con la tensión disparada y no supo cómo reaccionar.

- Perdonen –murmuró asustada al verles la cara-. No sé si será un buen momento, pero hay algo que debo decirles.
- ¡No tengo otra cosa que hacer, señorita! Nada más que escuchar sus tonterías e impertinencias –replicó Arcadio mientras los otros dos miraban a la azafata.

La tensión acumulada estaba ya justo en el límite para desbordarse.

- No es ninguna tontería, señor –cortó Carmina-. Pero vamos si sobro me voy. Allá ustedes...
- No tenemos ni un solo segundo para pensar en otra cosa que no sea más que en el control del avión. Llevamos todas

las vidas del pasaje en nuestras manos.

- Señor –cortó al comandante-. El pasaje no se entera de nada. Están dormidos y los que están despiertos no reaccionan a ningún estímulo. El caso es que no vuelven en sí. Siguen igual.
- ¡Eso no me importa! –dijo voceándole-. Quiero intentar aterrizar lo antes posible. Luego Dios dirá. ¡Déjenme hacer mi trabajo!
- Ya, pero hay una mujer que sí que ha despertado.
- ¿Y qué me quiere decir con eso? ¿Que hagamos fiesta nacional?
- No señor, pero ha empezado a hablar en otro idioma.
- Muy bien. Así se ahorra luego en cursillos acelerados de idiomas. ¿Qué habla, en espartano?
- ¿Qué está de cachondeo conmigo? –remarcó la azafata dolida por la contestación.
- No sabes las ganas que tenemos de juerga –dijo Paco desde su sillón.
- Pues nada. Aquí les dejo disfrutando de su fiesta. Que ustedes lo pasen bien.

Salió de la cabina como si hubiera sido una maldita diana pagando la frustración del comandante, pero lo peor de todo es que sus compañeros no habían hecho nada al respecto.

El caso es que la mujer le había sorprendido mucho. La verdad es que no tenía pinta de hablar en ese idioma tan raro. No era inglés, ni francés, ni alemán...

Siguió por el pasillo en busca de la mujer y la vio sentada con los ojos cerrados en su asiento, en la misma posición en la que la había encontrado antes de que empezara a hablar de ese modo tan extraño. Los demás seguían sin percatarse de nada, como si no

existieran, en un sueño profundo y otros como pasmados, con los ojos mirando al frente, pero sin inmutarse ni parpadear.

Mientras tanto, en la cabina de mandos, el comandante seguía intentando llevar el avión hacia donde pudieran tener contacto con alguna torre de control. De la radio, que antes hacía ruidos e interferencias, ahora no salía ningún sonido.

- Señor –dijo Paco angustiado-. No sé qué pasa con la radio frecuencia es como si no hiciera conexión. Antes aún se oía algo, pero ahora es como si estuviera desconectada. Como a un enchufe al que no le llega nada de corriente.
- Ya me creo todo. Lo que no entiendo es cómo seguimos volando. Hace tiempo que estamos con el combustible bajo mínimos y el avión continúa y lo más curioso de todo es que lo hace sin hacer feos. La aguja se ha quedado bloqueada en la zona roja y ya ni se mueve. Llevamos con la reserva más tiempo del que debiera de ser –aclaró Arcadio exhausto.
- ¿No habrá en el cielo algo parecido al triángulo de las bermudas? –manifestó Antonio pensativo-. Creo que nos hemos perdido, aunque parezca imposible...
- No se ha dado ningún caso de ningún avión que se haya volatilizado ni que de pronto haya desaparecido del radar, nunca, ¿no? –dudó Paco.
- No, pero seguro que ahora ya somos los primeros –aseguró Arcadio.

Charlene y Carmina estaban hablando de lo que la última había presenciado hacía unos instantes.

- El comandante está rarísimo. Nunca lo he visto de ese modo. Me ha hablado como burlándose de mí. No merece ni que le hablemos. ¡Anda y que le den dos duros! Estoy hasta el moño de este tío –afirmó Carmina muy enfadada.
- Date cuenta de que ésta situación tan peliaguda no se le ha presentado nunca –le excusó Charlene-. Hay que comprenderlo.

De pronto, Elisa que caminaba hacia ellas se metió en la conversación:

- Y quién la comprende a ella, ¿eh? –preguntó.
- El comandante es el único que puede hacer aterrizar este avión. Y le debemos todo nuestro respeto. Es el que puede salvar nuestras vidas, lo creamos o no –contestó con ira Charlene a Elisa.
- Prefiero que se estrelle el avión a tener a ese en la cabina. Siempre con esa chulería… –añadió Elisa intentando llevarle la contraria.
- Tú cállate descarada. A ti lo que te pasa es que el comandante no te hace ni caso y por eso lo pagas así –expresó Charlene empezando a poner la tensión de siempre entre medias. Empezaban a saltar chispas.
- Mira, quién lo dice. La niñata que va detrás del piloto y cree que solo tiene ojos para ella...
- ¿Pero qué dices engreída? –chilló Charlene arrancándose a tirarle de los pelos a su compañera/contrincante.

Elisa intentó por todos los medios agarrarse también de la cabellera de Charlene. Empezaron a gritar enzarzándose y arañándose las caras bajo la atenta mirada de Carmina.

Al ver que no se separaban y que ella sola no podía hacer nada por mucho que les dijera, se encaminó de correprisa a la cabina en busca de algún compañero que le ayudase. Al pasar, la sorpresa fue mayúscula...

Antonio empuñaba un cuchillo y lo tenía pegado a la garganta del piloto. Paco estaba amordazado y atado en su sillón.

- ¡Siéntate y no digas ni una palabra! –vociferó con el filo del cuchillo pegado al cuello del comandante.

Parecía que hasta el tono de voz le había cambiado. ¿Era él? ¿Antonio? Carmina no podía creer lo que estaba viendo. Antonio siempre había sido muy comedido y respetuoso con todos. Además, Arcadio y él se llevaban muy bien, pero habían cambiado las tornas. Sería la histeria colectiva a la que todos estaban sometidos que lo había trastornado. Le recordó a la selva, el más fuerte sobrevive. Ya no había ni amigos, ni compañeros, ni nada.

- ¡Haz lo que te dice, Carmina! –añadió Arcadio con las venas del cuello en tensión como si pudiesen frenar en seco la hoja del cuchillo de Antonio haciendo de barrera.

La azafata se tiró al suelo expectante y el corazón le empezó a latir muy deprisa.

- Te doy veinte minutos para que este avión tome tierra. ¡Ni uno más ni uno menos! Ya está bien de tanta gilipollez –aseguró Antonio al comandante.
- Sabes que lo estoy intentando, pero no encontramos ninguna pista de aterrizaje. ¡Tú mismo lo has visto! ¡Es como si la tierra no existiera! No podemos conectar con ninguna torre de control.
- ¡Y a mí qué me importa! Si no aterrizas este avión por las buenas en ese tiempo, morirás antes que ninguno.

Chocó el filo en la piel del comandante.

- De todas formas, vamos a morir... –sentenció Arcadio temblándole hasta las cejas.
- ¡No, si tú lo impides!
- ¡No puedo luchar contra algo que no existe! ¿Es que no lo entiendes? –dijo el comandante resignado.

Paco y Carmina se miraban aterrorizados mientras escuchaban la conversación.

Al comandante seguía sangrándole el oído, pero Antonio no le daba ninguna importancia. El daño que le iba a hacer, si no obedecía sus órdenes, sería mucho mayor que un simple sangrado.

- ¿Pero qué diablos te pasa Antonio? –susurró Carmina en voz baja y temblorosa intentando apaciguar los ánimos.
- Que a este inútil no le da la gana aterrizar. ¿Te parece poco? ¡Vamos a morir todos si este sinvergüenza no reacciona a tiempo! Es incapaz de tomar el control. Seguro que le dieron el título de piloto por su cara bonita.
- No es problema suyo. Hay complicaciones...
- Las complicaciones se las está inventando él ¿o es que eres tan tonta que no lo ves? ¿También a ti te tiene el seso comido? ¿Pero qué les das tío? –añadió dirigiendo sus ojos enloquecidos al comandante con expresión burlona.

La azafata se volvió a callar al ver que su compañero no admitía ningún comentario. Ahora mismo era un rival problemático en potencia. Había pegado tal cambio que no reconocía ni su sombra.

- Déjate de tonterías absurdas y ayúdanos a controlar el avión. ¡Por lo que más quieras, Antonio! –exclamó Arcadio empezándosele a escurrir la mano de la palanca de dirección por el sudor-. ¿Te parece poca la presión que tengo ya?
- No, imbécil, déjate de sandeces y ¡aterriza de una puta vez! –volvió a vocearle Antonio más cabreado todavía.

Del ímpetu con el que le había salido la voz y de lo alterado que se estaba poniendo le hizo un corte en el cuello al comandante y manchó la hoja del cuchillo de sangre.

Carmina se levantó del suelo intentando parar a su compañero, pero éste le dio un empujón que la tiró rebotando su cuerpo contra el de Paco. Luego impactó contra el suelo.

- Parece que nuestra compañera tiene ganas de hacerse la heroína, ¿verdad Carmina? ¿Vas a pagar tú los platos rotos?

La azafata se había dado un golpe tremendo en la cabeza al caer y se había quedado tirada en el suelo sin moverse.

- Eres un desgraciado. Espero que, si nos pasa algo, te quedes solo en el avión y sufras hasta el final –estalló Arcadio.
- No me hagas reír, anda. No es momento de chistes –contestó Antonio con un brazo y una mano sujetándole la cabeza con fuerza hasta dejársela pegada en el cuadro de mandos mientras con la mano que le quedaba libre, restregaba la hoja del cuchillo en sus pantalones para limpiarla-. Te quedan quince minutos, comandante, tic, toc, tic, toc. Se te está agotando el tiempo y no quiero ser aguafiestas –dijo Antonio volviéndole a intimidar poniéndole otra vez el cuchillo en el cuello.

El avión seguía un rumbo, pero no había forma de saber dónde estaban exactamente. Solo se veía cielo, aunque se aproximaran a su destino, seguían viendo cielo y nubes. Parecía un pozo sin fondo. Según las coordenadas estaban sobrevolando donde tenían que haber aterrizado, pero no se veía tierra. El combustible permanecía bloqueado en la reserva y la brújula seguía dando vueltas como loca.

Paco le hizo un gesto con la cabeza a su compañera después de que volviera en sí. Ésta se acercó a él mientras el otro estaba de espaldas a ellos hablando con Arcadio y mirando el panel de control del avión. Desató a Paco y éste hizo que seguía con la cuerda liada en las manos por lo que pudiera pasar. En cualquier momento se podía soltar si la cosa se ponía más fea.

- No lo reconozco –le susurró Carmina a Paco-. Se está comportando de una manera muy rara.

Paco seguía amordazado, pero bajó la cabeza en señal de aprobación.

- Vaya, vaya. Por lo que se ve Carmina tiene ganas de cháchara. Ven acércate. No tengas miedo –invitó Antonio a la azafata con la voz como de quien dice ven aquí que te vas a enterar.

Caminó despacio hacia ellos y la hizo ponerse al lado del comandante.

- Ya que el piloto de vuelo no va a ser capaz de hacer su trabajo, una señorita tan inteligente como tú seguro que sí, ¿verdad? ¡Demuéstrale al señor comandante como se hace! Déjalo más en ridículo de lo que ya se está poniendo él. Tenía que estar pilotando un juguete, no un avión de pasajeros –se regodeó con sorna mientras miraba a Arcadio de refilón.
- No tengo ni idea de esto, Antonio. Déjale a Arcadio que él sabe lo que se lleva entre manos.
- Que sabe ¿el qué? Me parece que no te has dado cuenta nena, pero el que no tiene ni idea es él. El piloto solo tiene idea de los vuelos fáciles, sin problema alguno. Hasta que le ha llegado un aterrizaje con una poca dificultad y ya se ve. No tenemos a nadie. Es penoso. Se ha equivocado de profesión. Debería ser modelo por guapete. Solo sabe mojar bragas.
- Te estás pasando Antonio. Deja que intente hacer mi trabajo lo mejor posible y aparta el cuchillo de mi cuello. Así no puedo concentrarme –dijo el comandante ya cansándose de su juego.
- ¿Te estás quedando conmigo? –le gritó cogiéndole del cuello esta vez tirando de él para atrás.

Paco aprovechó ese momento para abalanzarse sobre Antonio con tan mala fortuna que Antonio al recibir el impacto le clavó el cuchillo a Arcadio sin poder evitarlo. El cuello sangraba a borbotones y en unos segundos el comandante quedó muerto en su sillón desangrado.

A Carmina le salió un grito desgarrador. Acababa de ver la muerte, con sus propios ojos, de uno de sus compañeros. No podía creer lo que estaba desarrollándose delante de su cara. Parecía una pesadilla terrorífica.

Paco cogió a Antonio del cuello y con una fuerza abismal se lo retorció bruscamente provocándole la muerte en el acto dejándolo tendido en el suelo.

Carmina quedó en estado de shock sin poder hablar desde que había gritado. Sus ojos parecían rebobinar la escena que acababa de contemplar una y otra vez dejándola sumida en las imágenes más horribles de su vida.

Charlene y Elisa al oír a alguien chillar desde la cabina de vuelo dejaron de pelearse y se acercaron. Tenían las caras magulladas de los golpes que se habían propinado, arañazos con sangre reciente a medias de coagular y pelos arrancados pendiendo de sus camisas. Al abrir la puerta quedaron muy impresionadas y sin entender nada de lo que allí había ocurrido.

Paco les dijo a sus compañeras que se llevaran del habitáculo a Carmina que por ese día ya había visto suficiente. Ya les contaría si le daba tiempo lo que había pasado. Ahora tenía que pensar qué hacer para poder aterrizar el avión. Arcadio había puesto el piloto automático desde que Antonio había empezado con su locura. Él era ayudante del piloto y las nociones básicas las tenía más que aprendidas. Además, había puesto mucho empeño siempre en atender a las explicaciones que de vez en cuando oía del maestro. Aunque nunca se había visto implicado en esa situación de vida o muerte.

Las dos salieron cogiendo los brazos de su compañera mientras ésta delataba a simple vista estado de shock. Estaba paralizada. Sus ojos permanecían abiertos pero perdidos, inmóviles y su brillo reflejaba angustia y horror.

Paco se quedó un rato pensativo, volviendo a revivir lo que había presenciado hacía unos instantes. No se le iba de la cabeza. Todavía

no se explicaba como Antonio, amigo y compañero de múltiples vuelos de Arcadio Reja, había protagonizado esa situación tan escabrosa. Por más que quisiera entenderlo, no había forma de explicar la conducta tan indeseable con la que les había deleitado.

- ¿Y Julia? –preguntó Elisa a Charlene.
- Ahora que lo dices, hace un buen rato que no la he visto. No debe de andar muy lejos.
- No claro, lo que me extraña es que no hayas sido tú la que te hayas escaqueado.
- No empecemos otra vez, ¿eh, bonita? –dijo Charlene alzando la voz.
- Si lo digo será por algo... Yo me entiendo.
- Serás la única que te entienda.
- No querría volver a arrancarte los pelos de tu linda cabellera, haciendo que te queden cuatro pelos en guerrilla. ¡Teñida de bote!
- Por lo menos cuido mi aspecto, no como tú, con esas canas que dan asco mirar, ¡que pareces una bruja! –agregó Charlene intentando disimular que en el fondo le gustaba mucho su color de pelo natural.

Las dos se habían puesto a discutir como siempre. Sin darse cuenta, Carmina se había soltado y salido del compartimento en el que se encontraban las tres. Ellas seguían con sus asaltos como si estuvieran en su particular cuadrilátero de boxeo.

Carmina llegó al sillón donde había un hombre vestido con el uniforme de seguridad. Roque era el encargado de velar por la seguridad en ese avión. Estaba con los ojos cerrados como el resto del pasaje. Se acercó a él y le quitó el arma que llevaba cogida en su

cinturón. Charlene y Elisa seguían discutiendo, en su mundo particular, sin darse cuenta de nada.

Se dirigió al final del pasillo y en el compartimento donde se reunían las azafatas, encontró a Julia.

- ¿Qué te pasa Carmina? No tienes buen aspecto. ¿Te encuentras mal? –le habló Julia reflejando pánico en sus ojos al verla.

Carmina seguía andando hacía ella sin contestarle, sin parpadear ni gesticular, del mismo modo que lo haría una persona sonámbula. Con el semblante serio y sus ojos traspasando la realidad a otro nivel. Un nivel que Julia no podía entender. Daba la sensación de que no reconocía en absoluto a su compañera. Su paso era firme y decidido. Al llegar a ella se paró en seco. Sacó el arma que tenía escondida detrás en la espalda y le disparó sin titubear a la frente, a bocajarro. Julia cayó al suelo desplomada sin darle tiempo a gritar al ver que empuñaba una pistola y le apuntaba a la cabeza.

El ruido del disparo alertó a sus compañeras y alteró su discusión. Al llegar a donde habían oído el disparo, se encontraron a Julia tirada en el suelo con un agujero en la frente del que manaba sangre formando un charco alrededor de la cabeza y con una pistola en la mano.

Al ver la escena, un grito desgarrador salió de la boca de Charlene. Después se volvió a la puerta. No quería seguir viendo a su compañera de esa manera. Elisa se acercó y cerró los ojos a Julia con sus manos. Su mirada transmitía terror y muerte.

- No puede ser –dijo Elisa para sí, pero en voz alta-. No me creo que Julia haya sido capaz de hacer esto.
- Pues no lo dudes –respondió Charlene-. Estamos perdidas y vamos a morir o de una manera o de otra. Hazte a la idea. Ella no ha podido aguantar el saber que vamos a estrellarnos de un momento a otro.
- Claro, y se ha ahorrado el sufrimiento previo de una muerte debida a un accidente de avión, ¿no? Pareces tonta.

- No sabemos hasta qué punto seríamos capaces de hacer algo como esto si la muerte nos persigue y sabemos que tiene la batalla ganada –aseguró Charlene con cara de preocupación y sufrimiento.
- Pues yo creo que Julia no es de esas que tiran la toalla tan fácilmente. Tiene que haber alguna explicación.
- Aquí nada tiene explicación, ¿o todavía no te has dado cuenta? Parece que la tonta eres tú.
- ¿Y Carmina? Estaba con nosotras en la cabina de pasajeros y ha desaparecido. No nos hemos dado ni cuenta.
- Ya se habrá recuperado del susto –dijo Charlene-. Estará en el servicio.
- Lo que me extraña es que no haya acudido aquí al oír el disparo como nosotras. ¿No te parece raro? –preguntó Elisa pensativa.
- Me parece todo raro. Pero lo que más me inquieta es que sigamos volando. Se supone que ya se debió acabar el combustible hace unas horas según dijo Arcadio. Y aquí seguimos, surcando el cielo como si no pasara nada.
- Ahora que lo dices deberíamos ir a la cabina de mandos para ver cómo va Paco.
- Ojalá nos cuente algo que nos anime a seguir con vida y no acabemos como Julia –añadió Charlene asustada por lo que acababa de ver.

Caminaron por el pasillo mientras contemplaban el panorama. Todos sumidos en un profundo sueño, sin poder despertarse.

Al llegar a la puerta de la cabina vieron que estaba cerrada y no había forma de abrirla. Parecía que la sala estaba cerrada herméticamente. Empezaron a dar golpes llamando a su compañero Paco. Sus voces retumbaban en todo el avión, pero no respondía. Mientras Charlene seguía dando golpes a la puerta, Elisa se fue a buscar algo con lo que poder abrirla. Se dirigió al compartimento

donde tenía su bolso y sus cosas. Encontró una navaja que su abuelo le regaló el día de su cumpleaños. Seguramente no le serviría para nada, pero tenía que intentarlo. Era lo único de que disponía. Después, se dirigió otra vez al sitio. Vio a Charlene sentada, apoyada en el marco de la puerta llorando, con la cabeza metida entre las piernas mientras se las sujetaba fuertemente con los brazos. No quería morir en su lugar de trabajo. Nunca le había dado por pensar en que eso podría ocurrir, pero ése iba a ser el final de un momento a otro.

- Vamos, ¡levanta! –exclamó Elisa-. ¡Apártate!
- ¿Qué más te da? Estamos solas en el avión. Carmina está en shock y no se entera de nada. Los pasajeros siguen sin reaccionar y Paco que es el único que puede hacer aterrizar este trasto no contesta –dijo Charlene decepcionada y dejándose llevar por la situación.
- Tendremos que intentar abrir esta estúpida puerta, ¿no crees?

Charlene se retiró con la moral por los suelos y las lágrimas enturbiándole la mirada y dejó paso a su compañera. Mientras, ella se encaminó al servicio para lavarse la cara y despejarse.

Intentó despejarse chapoteándose agua en los ojos con las manos. El agua chorreaba por sus mejillas. Un pequeño espejo colgado encima del lavabo le proporcionaba el reflejo de la expresión de su cara. Pudo comprobar que era de dolor, angustia, temor, desolación, aturdimiento. Delataba a una persona sin fuerzas para seguir adelante. Siguió salpicándose agua en la cara como si cada gota que le resbalaba, mezclada con sus lágrimas, le fuera poco a poco aliviando el malestar contenido. Volvió a mirarse en el espejo y quedó impactada. El reflejo le devolvía el rostro de otra mujer. Ésta se le quedó mirando fijamente mientras se metía un bote de pastillas en la boca y las tragaba.

Elisa empezó a dar patadas de desesperación a la puerta. No había forma de abrirla. De ninguna manera. Sus esfuerzos eran vanos. Se sentó en el suelo apoyando su espalda contra la puerta. Al cabo de unos segundos se oyó un clac y la puerta se abrió sola. Su cuerpo fue desplazado hacia atrás quedándose casi tumbada en el suelo.

Se levantó rápidamente y se acercó a la parte delantera de la cabina esquivando a Antonio que yacía en el suelo y vio al piloto muerto en el sillón donde debía estar Paco Peña. De Paco, ni rastro. Se dio cuenta de que todavía seguían volando gracias al piloto automático. Miró por la ventana y pudo contemplar la inmensidad del cielo en el que el avión seguía abriéndose paso. *"El cielo, un espacio azul, vacío y abierto, en el que sus vidas solamente pendían de un hilo que poco a poco se estaba desgarrando"*, pensó. Salió del compartimento y fue en busca de su compañero. Debía de haber una explicación del por qué había abandonado la sala de pilotaje. ¿Había desistido al ver que no había manera de controlar ese gigante con alas?

Ya en el pasillo, vio a un hombre anciano andando. Parecía que estaba viendo visiones, pero le siguió sin decir nada para ver dónde iba. El hombre se giró con brusquedad y preguntó a la azafata por su nieto. Sus ojos estaban perdidos, obnubilados. Daba la sensación de que, en vez de andar, estuviera flotando.

- ¿Su nieto? –dijo Elisa
- Sí, mi nieto de siete años –explicó el anciano traspasando con la mirada los ojos de Elisa.
- ¿Cómo se llama su nieto?
- Rodrigo.
- ¿Con quién viajaba?
- Con su madre, Luisa Castelar.

Elisa sacó de su bolsillo una pequeña libreta donde había guardado la lista con el nombre de los pasajeros y los números de

los asientos que le habían asignado a cada uno de ellos. Buscó el nombre de Luisa Castelar, pero no estaba registrada. Volvió a leer con cuidado, señalando los nombres con el dedo por si se le había pasado, y no había nadie entre los pasajeros con ese nombre. Al bajar la libreta para decírselo al anciano, éste había desaparecido.

No pudo evitar echar un vistazo a todo el compartimento donde estaban los pasajeros. Allí había un hombre que le llamó la atención haciendo que sus ojos se quedaran fijos en él. Llevaba en la mano una bolsa de basura y estaba sentado en uno de los asientos. *"No puede ser. ¿Cómo ha llegado este hombre aquí?"*, pensó Elisa. *"Si mi cabeza no me falla, este es el señor que el comandante había encontrado en el lavabo asfixiado. Debería de estar con el otro hombre, el que había muerto de un infarto".*

¿Qué hacía ahí sentado? Ella sabía que nadie lo había llevado a ese sitio. Se necesitaba a más de una persona para transportarlo. Le tomó el pulso y comprobó que estaba muerto. Además, su cara pálida y aspecto morado corroboraban su estado. No cabía duda de que era él.

Tenía que seguir en busca de Paco. Lo que estaba ocurriendo en el avión no tenía explicación alguna y el tiempo que quedaba para salir con vida era mínimo.

En ese momento, una niña empezó a llorar. Su corazón dio el toque de alarma y se encaminó hacia donde provenían los lloros. Venían del servicio. La puerta estaba cerrada. Dio unos toques mientras decía:

- ¿Estás bien?

La niña no contestaba y seguía llorando, pero el sonido era cada vez más leve. Como si poco a poco los llantos se fueran alejando.

- ¡Ábreme la puerta! ¿Qué te pasa? ¿Cómo te llamas?

La muchacha seguía sin contestar, pero ahora había dejado de llorar.

La puerta se abrió y salió una niña cabizbaja. Elisa le levantó la barbilla para verle la cara y el cuerpo y el corazón le dieron una enorme sacudida al comprobar que tenía los ojos inyectados en sangre. Se sacó del bolsillo un pañuelo y le limpió, tiñéndolo de un rojo fuerte. Ahora si podía verle bien la cara y los ojos. Era la niña de antes, ya la recordaba. Era la hija del matrimonio que había viajado con sus dos hijos.

- Eres Tatiana, ¿verdad?

La niña le miraba con los ojos vacíos. Le recordaba a las películas que había visto de zombis. Ella hizo un gesto de afirmación bajando la cabeza. Se había quedado sin habla.

- No te preocupes. Te llevaré con tus padres y con tu hermano. Se han quedado dormidos en sus asientos, pero no pasa nada. No te asustes, cielo.

Cogió a la niña de la mano y la llevó a su sillón. La sentó y le abrochó el cinturón. Al ponerle el cinturón se dio cuenta de que estaba un poco duro para que una niña de su edad pudiera hacer presión para abrirlo y que probablemente ella no hubiera podido quitárselo.

- Duérmete cariño, ya verás, para cuando despiertes, ya se habrán despertado también tus padres y tu hermano. Quédate tranquila. Yo estoy por aquí. No estás sola.

Al caminar por el pasillo para salir del compartimento de pasajeros, oyó un ruido como de un metal que había caído al suelo, había rodado y se había parado en seco. Se dio media vuelta y en los asientos de la parte delantera del avión pudo ver algo en el suelo del pasillo. No dudó en acercarse para ver lo que era. Al cogerlo pudo comprobar que parecía una alianza, pero de un color ennegrecido, como si estuviera quemada, como si le hubieran pasado con un soplete por encima.

En los sillones de al lado se encontraba una pareja, la mujer estaba sentada en el lateral del pasillo y tenía una mano descolgada del asiento como si se le hubiera escurrido del reposa brazos. Dando

la sensación de tener la mano muerta. El hombre que había con ella lucía en su dedo la misma alianza. Cogió el anillo y se lo metió en el bolsillo.

La azafata siguió con la búsqueda de su compañero Paco. No podía andar muy lejos.

SEGUNDA PARTE

Un día antes...

El despertador sonó. Eran las cinco y media de la mañana. Después de presionar el botón que hacía que ese trasto dejara de gruñir, se levantó para dirigirse al cuarto de baño. Aun pasando los años, todavía no se había acostumbrado a levantarse con buen pie y sin mala cara al pensar que tenía que ponerse en marcha para irse a trabajar. Tenía todo preparado, ya que el día anterior había dejado su ropa planchada encima del sillón de su habitación. Debía de estar impecable, para pasar revista, como decía su madre. Se vistió y se dirigió a la cocina para desayunar como todas las mañanas. En la mesa aún estaba el periódico del día anterior. Mientras bebía un sorbo de café, miró la última página donde venía la previsión del tiempo de la semana. Para hoy se esperaban buenas temperaturas y el cielo estaría prácticamente despejado por la mañana y con alguna que otra nube a lo largo de la tarde. Con un trozo de ensaimada en la boca se encaminó al garaje en busca de su coche. Debía de salir con bastante tiempo de antelación ya que, en la carretera a esas horas, para él intempestivas, había atascos que obligaban a frenar su rutina diaria.

El aeropuerto estaba como siempre; idas y venidas de gente, colas para facturar las maletas, larga espera de viajeros, caras impresionadas pegadas a los cristales viendo el despegue de los aviones, cafeterías atareadas dando los primeros desayunos, azafatas corriendo con sus bolsos al hombro...

Mientras caminaba por el aeropuerto notó que alguien le seguía.

- ¡Buenos díasss! –dijo una compañera de vuelo alterándole el ritmo en el paso.
- ¿Buenos? Si tú lo dices... –contestó Alejandro mientras andaban por un pasillo poniendo en su cara una sonrisa forzada.
- Anda, anda no te quejes, que está la cosa muy mal y tenemos que dar gracias a Dios que, por ahora, conservamos

nuestro trabajo –reflexionó Laura dándole unas palmaditas en el hombro.

Laura siempre veía el lado positivo de las cosas. Era increíble. Seguro que, si había un aguacero, ella estaba ahí para decirnos: *"Son los ángeles que nos quieren lavar la cara para librarnos de los malos pensamientos y hacernos la vida un poco más agradable".*

Parecía la niñita buena y delicada de la clase. Alguien con quien era imposible meterse y discutir dijera lo que dijese.

Laura tenía una larga cabellera morena. Parecía imposible que se pudiera recoger el pelo en el típico moño que le recordaba al que se hacían las abuelas. Pero, a ella no le quedaba nada mal. Resaltaban en su rostro unos grandes ojos en los que a la luz del sol se apreciaban destellos de un color verdoso.

- ¿Qué nos deparará hoy el día? –suspiró con cara alegre.
- Lo de siempre –lamentó Alejandro aburrido, sin ganas de ponerse manos a la obra.
- Oye, a lo mejor hoy encuentras al amor de tu vida –prosiguió Laura brillándole los ojos-. ¡Quién sabe!
- Para mí todos los días son iguales, sin excepción.
- Pues no hables muy alto –terminó la conversación dejando a Alejandro atrás mientras ella seguía su marcha.

Alejandro se dirigió a la cafetería. Tenía por norma antes de empezar su jornada, tomarse un café y unas pastas. Ya en la barra, a su lado, una cara nueva le llamó la atención. Un hombre uniformado de la compañía para la que él trabajaba leía el periódico mientras desayunaba. Un hombre en cuyo rostro, pudo apreciar, se mezclaban seriedad con miedo a partes iguales, estaba sumido en las páginas de dicho periódico cuando Alejandro le interrumpió de su lectura.

- Hola, ¿qué tal? ¿Nuevo compañero?
- Hola –contestó el hombre tímidamente cerrando el periódico-. Sí, claro. Soy Fran.

- Mi nombre es Alejandro Rodríguez –dijo estrechándole la mano. - Encantado.
- Es mi primer día de trabajo. ¿Cómo están los humos por aquí? –preguntó Fran con cara de preocupación.
- Lo normal, como en todos los trabajos. Gente que se lleva bien y otra que te hace el vacío. Pero vamos, nada que te pueda preocupar. Hay cosas peores –dijo desviando su mirada al periódico.
- Yo vengo de un sitio que no quiero ni recordar –confesó con la mirada triste.

A Alejandro no le gustaba hurgar en los comentarios. No era el típico cotilla que se quiere enterar de todo en unos segundos.

- Bueno, pues que tengas un buen día y te lleves a casa un buen sabor de boca.
- Muchas gracias. A lo mejor nos vemos en el mismo vuelo. Que tengas un buen día.
- Gracias, igualmente. Hasta luego.

Salió de la cafetería y se encaminó con paso acelerado a una planta inferior donde estaba el centro de operaciones de la tripulación, una zona exclusiva y restringida del aeropuerto. Allí, junto con el comandante, hicieron todos los preparativos para el despegue. Una vez hubieron acabado, se reunieron con los auxiliares de vuelo para coordinar tiempos, posibles turbulencias y protocolos de seguridad. La aeronave se encontraba en perfectas condiciones para recibir a los pasajeros.

"Elite Stars" llevaba poco tiempo en activo y los aviones eran los mismos que había utilizado otra compañía anterior llamada "Real Temp". Por falta de presupuesto en sus comienzos y al extinguirse la otra compañía, el director de "Elite Stars" había comprado sus aviones a muy buen precio y los había acondicionado y reparado en vez de comprar unos nuevos. No eran de muchos pasajeros, pero, para empezar, no se podía pedir más. Con el tiempo y cuando fuese

una compañía conocida y con ingresos, ya los iría cambiando poco a poco, incluso a otros de mayor tamaño. Por ahora esos aviones hacían su función y prácticamente estaban nuevos ofreciendo una vista inmejorable a los clientes. Les habían cambiado la decoración interior, telas de los asientos, pintura en los aviones con el nuevo logotipo, etc. Algún retoque por aquí, otro por allá y habían quedado perfectos.

En el equipo contratado había de todo, gente con experiencia que había trabajado para otras compañías y ya estaba quemado, como era el caso de Alejandro, y nueva, que se iba haciendo a su trabajo día a día, eso sí, con muchas ganas de trabajar y una sonrisa amplia en la boca, como era el caso de Laura Gómez. Eran los jóvenes, como en prácticamente todos los trabajos, los que empujaban e impulsaban a los más veteranos a seguir adelante.

Alejandro y los demás compañeros de la tripulación se dirigieron al avión para embarcar.

Sus compañeros eran:

En la cabina de vuelo: Gerardo Ortiz (Comandante de vuelo), Manuel Jiménez (ayudante de vuelo en prácticas), Francisco Román (compañero adjunto de cabina) y él, Alejandro Rodríguez (primer oficial de vuelo). De las azafatas habían asignado en su mismo vuelo a Rosa, Galia, Elena y Laura.

Los pasajeros empezaron a subir al avión con sus equipajes de mano. A algunos se les veía contentos, a otros asustados, seguramente porque nunca habían viajado en ese tipo de transporte y todos se disponían a encontrar ordenadamente su asiento bajo la atenta mirada de las azafatas que, según el número que venía escrito en su billete, iban informando a los perdidos, que eran la mayoría.

Una vez sentados, el avión se fue incorporando lentamente a la pista de despegue mientras el comandante daba la bienvenida a los pasajeros. El sonido de los clacs de los cinturones iba retumbando en la sala.

- Bienvenidos a todos. Les saluda el comandante Gerardo Ortiz. "Elite Stars" les desea un feliz vuelo.

Un video introductorio pasaba en una pantalla donde informaban a la gente de los problemas que podían surgir durante el trayecto. Algunos pasajeros se miraban ilusionados, otros viajaban con miedo al notar el avión desplazarse poniendo en tensión cada músculo de su cuerpo como si ya no hubiera vuelta atrás.

Las azafatas antes de despegar, iban supervisando cada uno de los sillones para ver si los pasajeros tenían el cinturón abrochado.

Después de coger velocidad, el avión dio una fuerte sacudida hacia atrás dando la impresión de que en la parte trasera del avión hubiera una enorme ventosa, elevándose con fuerza y potencia para surcar el cielo azul.

Ya arriba, las azafatas recorrían el pasillo central comunicando a los clientes que en los bolsillos traseros de los asientos tenían unas cartas con los distintos desayunos que podían ofrecer.

Al cabo de un rato, aparecieron unos carritos parándose en algunos sillones. Uno llevaba vasos, una tetera, jarras con leche y zumos, bocadillos envueltos en plástico transparente, bebidas de lata, etc. Otro carrito llevaba la prensa del día.

- Bueno, parece que la cosa está tranquila –dijo Galia después de pasar con el carrito repartiendo el desayuno.

Ahora se tomaba un descanso bebiéndose un café caliente.

- Pues sí, lo normal de cada vuelo –dijo Rosa acompañándola en la sala de descanso que tenían para esos menesteres.

No podían dejar la cabina de pasajeros sin la supervisión de al menos dos azafatas. Era una norma que no se podían saltar por nada del mundo.

- Este vuelo es un poco largo y nos lo tenemos que tomar con filosofía.
- Me pasaré por la cabina de mando a ver qué se cuentan estos chicos –dijo Rosa sonriendo a su compañera.

- La verdad es que siempre llevan una juerga ahí delante que se les tiene que pasar el tiempo volando –le respondió Galia con una sonrisa pícara.
- Lo que no inventen esos... Bueno me voy para allá a ver qué se cuentan los astronautas.
- Muy bien –contestó Galia limpiándose la comisura de los labios de los restos del café.

Rosa anduvo hasta la cabina de vuelo y dio varios toques a la puerta.

- ¿Se puede? ¿Interrumpo? –dijo con sorna con la puerta entreabierta y asomándose dentro.
- Tú siempre eres bien recibida –habló Gerardo, el piloto desde el cuadro de mandos.
- ¡Hola chavales! –sonrió Rosa pasando a la cabina.
- ¿Cómo están los señores clientes? –le preguntó Gerardo mientras manejaba con soltura algunos botones y pequeñas palancas del cuadro de mandos.
- No saben a lo que se exponen teniendo a un equipo como vosotros. Yo si fuera ellos no me metería aquí ni loca.
- Tampoco somos tan malos, ¿eh? Hay otros peores –aclaró Alejandro desde su sillón.
- Lo dudo mucho. Me pongo en vuestras manos porque no tengo más remedio, si no ... que nos conocemos.
- ¿Quieres pilotar tú? –se giró Gerardo soltándose de manos y señalándole con un dedo el panel de control.
- Seguro que si me lo propusiera sería muy buena pilotando aviones.
- Me extraña. Las mujeres y las máquinas siempre se ha dicho que son prácticamente incompatibles –añadió a la conversación el de prácticas, que a las mujeres les tenía un poco de manía.

- Deberíamos dejar a las azafatas aquí e irnos a tomar unas copas a ver cómo se las ingeniaban –rio el comandante.
- Anda, no me había fijado. Tú eres nuevo aquí, ¿no? –desvió Rosa la mirada al que no conocía.
- Hola, soy Fran. Es mi primer vuelo en esta compañía. ¿Qué tal? –contestó a Rosa extendiéndole la mano.
- Bienvenido –respondió la azafata abriendo unos ojos como platos-. Ya verás cómo estos chicos te tratan bien –dijo guiñándole el ojo a los demás. Y yo estoy a tu entera disposición...

Unas carcajadas se oyeron en la cabina. Rosa siempre intentaba agradar a todos.

- Anda, ¡tira a tu puesto, caprichosa! –dijo Gerardo a la muchacha.
- Hombre, todos los días no se ve venir un chico guapo de nuevas.

Fran sonrió levemente y empezó a ruborizarse por momentos. Un rubor que no podía controlar.

- Saluda a tus compañeras de mi parte –apremió Gerardo con esa frase para hacerla salir de la cabina de una vez.
- Muy bien. Si la cosa está en calma volveré a echaros un ojo –terminó Rosa despidiéndose en la puerta y cerrándola tras de sí con la sonrisa que le caracterizaba.
- No te preocupes –explicó Alejandro a Fran-. Esta chica siempre ha sido muy cumplidora. Es así con todos.
- Sí, siempre tiene algún comentario para llamar la atención sobre los hombres –continuó Manuel Jiménez que estaba en la fase de prácticas.

Manuel no podía esconder el odio que sentía hacia el sexo opuesto. No tragaba a las mujeres. Sentía un rechazo total y se sentía incómodo con su presencia. Él entre hombres se sentía feliz.

Rosa era la azafata burlona del grupo, con comentarios picantes y a la que no le importaba decir cualquier cosa para sacar la sonrisa de algún compañero que le quisiera escuchar. No era muy guapa, pero atacaba a los hombres con sus bromas. Era muy simpática y ese era su único y gran atractivo.

- Oye –comentó Gerardo mirando a Alejandro con ganas de pincharle un poco-. ¿Qué pasa con Laura?
- ¿Qué pasa de qué?
- Me ha dicho un pajarito que está deseando quedar contigo para salir.
- ¿Conmigo? Te habrá informado mal ese pajarito. Se habrá caído del árbol y estará trastornado. No tiene otra cosa que hacer la muchacha...
- Hombre, tú no es que seas Robert Redford pero a ella le gustas. Se nota a la legua. Y la verdad es que Laura no está mal.
- ¿No será que el que quiere salir con ella eres tú?
- No es mi tipo.
- ¿Y quién es tu tipo? ¿La gallina Caponata?
- Oye, pues no lo había pensado. Podría ser, podría ser –contestó sonrojado el comandante con las risitas de fondo de sus compañeros.

En la cabina de vuelo siempre había buen ambiente o eso se intentaba. Otra norma de la empresa era hacer el trabajo agradable y más llevadero.

En la cabina de pasajeros estaba todo en calma. Unos leían el periódico, otros se habían quedado dormidos y otros hablaban bajito para no molestar a los demás. En una pantalla se podía ver la trayectoria que llevaba el avión en directo.

Mirando por la ventanilla, solo se veía un espacio tan inmenso y vacío que daba miedo con solo asomarse y pensar en que, si pasaba cualquier cosa, no lo contarían. Estaban a mucha altura y las alas gigantescas del avión eran lo único que se podía contemplar en el aire.

Algunos rezaban interiormente para que nada ocurriera estando allí arriba. Otros se comportaban como si fueran los amos del universo. Les parecía increíble poder surcar el cielo y disfrutaban al máximo con ello.

A los veinte minutos de despegar, de repente desde el interior de la cabina se pudo oír un gran ruido sordo.

En el ala derecha del avión, uno de los motores se había desprendido, dañando los dispositivos hipersustentadores y golpeando al otro motor, haciendo que éste también se separara del avión. La aeronave empezó a alabear hacia la derecha de una manera brusca, haciendo que los pasajeros de un lado del avión permanecieran justo encima de los otros.

Gerardo intentó tomar el control y trató de contrarrestar la inclinación usando el *rudder* y los alerones. Por fin logró recuperar el control y nivelarlo poco a poco.

Entonces en la cabina de mando se dieron cuenta de que estaban perdiendo los motores 3 y 4.

Alejandro informó por la radio:

- MAYDAY, MAYDAY, MAYDAY, tenemos una emergencia.
- Entendido. Vuelo 1314, gire a la izquierda rumbo 060. – contestó el controlador aéreo mientras empezaba a apartar

el tráfico del avión en emergencia-. ¿Quiere aterrizar en pista cercana?

Entonces el controlador aéreo (ATC) les comunicó la pista de aterrizaje del aeropuerto que tenían más cercano.

- ¡Afirmativo! ¡MAYDAY, MAYDAY, MAYDAY! –volvió a repetir el copiloto.
- Gire a la derecha rumbo 210. Distancia 18 millas –dijo el ATC.

El comandante inició el giro a la derecha con la intención de aterrizar cuanto antes.

Alejandro entonces se dio cuenta por medio de un piloto encendido de que había fuego en el motor 3.

- Tenemos fuego en el motor 3 –voceó por radio al ATC.

Unas alarmas se activaron sin parar en el interior de la cabina.

- Recibido. Rumbo 210. A favor del viento.
- 210. A favor del viento –confirmó Alejandro temblándole la voz.
- Activamos el extintor del motor 3 para apagar las llamas –dijo Gerardo-.

Sin saberlo en cabina, porque allí no eran conscientes, el motor número 3 y 4 se habían desprendido del ala derecha. La situación se volvía crítica. Los pilotos pensaban que solo presentaban un fallo en los dos motores.

Mientras, Alejandro mantenía una conversación con el controlador aéreo solicitando una pista para aterrizar urgentemente.

El avión había respondido bien hasta el momento a pesar de que le faltaban dos de sus motores.

Como aún volaban alto y estaban cerca del aeropuerto decidieron volar en círculos para reducir velocidad y ganar distancia.

Unos movimientos bruscos alteraron la tranquilidad de los pasajeros. Las caras de susto se multiplicaban y la tensión se hacía cada vez más patente. Las mascarillas de oxígeno se descolgaron de su sitio y algunas maletas salieron despedidas de las bandejas destinadas para guardarlas, que, aunque estaban protegidas por unas puertas, éstas se abrieron de golpe provocando la caída de algunas de ellas al pasillo y otras encima de sus dueños. El avión viró bruscamente hacia la derecha.

Las caras seguían siendo de susto e iban tornando a rostros de pánico. De pronto una gran sacudida hizo que el avión se desplazara de golpe hacia abajo, la misma sensación que si el avión se hubiera descolgado y se hubiera frenado en seco. Algunos pasajeros no pudieron evitar proferir gritos desgarradores, poniendo los pelos de punta al resto. Se oían respiraciones aceleradas y forzosas. La cosa era seria. La gente se encontraba histérica y sin saber cómo reaccionar. Se miraban unos a otros aterrorizados. Estaban atados y era un momento en el que todos pensaban que la vida o la muerte podía sortearse en un instante. Su destino estaba en manos de ese maldito avión. La mala suerte era la cara de una moneda que podía salir en cualquier momento y truncar sus vidas para siempre.

Los efectos de la tripulación para contrarrestar el daño sufrido se veían mermados porque los alerones derechos se encontraban inoperativos provocando un fallo generalizado y haciéndolo incontrolable.

Una alarma seguía sonando frenéticamente en la cabina. Ningún piloto estaba suficientemente capacitado para salvar un avión de una catástrofe de esa magnitud.

Mientras el comandante nervioso realizaba la llamada de *"Mayday"* otra vez, Alejandro gritaba histérico:

- No puede ser. Estaba perfectamente cuando lo hemos revisado…
- ¿Qué habrá podido pasar? ¡No entiendo nada! –protestó Manuel desconcertado.

- ¡Es mi primer día, esto no puede estar pasando! ¡No puedo tener tan mala suerte! –dijo descompuesto Fran.
- *¡MAYDAY, MAYDAY, MAYDAY!* –volvió a repetir el comandante-. ¡Nos precipitamos! ¡Nos precipitamos! ¡Fallo crítico en sistemas esenciales! –dijo mientras le temblaba la voz.
- ¡Dios mío, vamos a impactar! –estalló Alejandro con el corazón a punto de salírsele del pecho, viendo como el avión era una marioneta sin control.

La comunicación con la Torre de control también había dejado de funcionar, prueba de la situación de gravedad que se estaba viviendo.

Los gritos, mezclados con la angustia y desesperación de todos los que iban en el avión, presagiaba un final inminente. Algunos rezaban todo lo que sabían y otros chillaban, lloraban, gritaban desesperados mientras se agarraban fuertemente a los sillones.

El momento de terror sabiendo que el avión se iba a precipitar al vacío a una velocidad de vértigo, se reflejaba en los ojos de toda la tripulación.

- Chicos nos queda poco de vida. He estado encantado de volar con vosotros. Recen. –dijo Gerardo con lágrimas en los ojos al ver que los esfuerzos eran nulos.
- ¡Que Dios nos tenga en su misericordia! –dijo Alejandro compungido.
- Adiós a todos. Que Dios nos tenga en su gloria –añadió Fran bajando una mano al bolsillo para sacar una fotografía de su mujer y sus dos hijos, la besó y la agarró fuertemente en su mano derecha mientras las lágrimas recorrían su rostro impotente mientras el avión tomaba más y más velocidad.

La mezcla de desesperación, gritos, miedo, angustia, terror, corazones a punto de explotar y la velocidad que estaba cogiendo el avión precipitándose al vacío, hacía que todo temblara de una

manera desorbitada y anunciara que sus vidas ya se encontraban en el punto y final de la historia. Mucho ruido, nervios, tensión, llantos, una enorme explosión y al final... NADA.

Abrió los ojos. ¿Dónde estaba? Parecía la habitación de un hospital. Giró su cabeza y vio a un hombre en la otra cama. Llevaba una mascarilla de oxígeno y casi no se le veía la cara. Al contemplar sus manos supo que se trataba de un hombre mayor y estaba solo. Parecía dormido. Se levantó de la cama. Se encontraba perfectamente. Por no tener, no tenía ni gotero. Ya estaba totalmente recuperado. Nunca se había encontrado mejor.

En el último año había estado ingresado unas cuantas veces con problemas de anemia y mareos y ésta sería una de ellas. Los médicos no le habían dado ninguna importancia, sería, probablemente, una enfermedad pasajera, le habían dicho.

Se dirigió a su armario. Seguramente las enfermeras le habrían metido allí su ropa. Pero estaba vacío. Se vistió con la ropa de su compañero. ¿Cómo iba a salir del hospital con esas pintas? Los pijamas de hospital no eran muy atractivos. Salió de la habitación y las enfermeras pululaban por el pasillo haciéndole caso omiso. Seguramente no le habían reconocido. *Mejor*, pensó. Así tendría el camino libre para irse a casa.

Su casa estaba tal y como la dejó el día antes de salir a trabajar. Ahora se encontraba un poco desorientado, pero pudo ver que tenía todo recogido y sus zapatillas en el umbral de la puerta esperando su llegada.

- Mili, bonita, ¿dónde estás?

Buscaba con la mirada a su perilla pequeña blanca con motas negras que le habían regalado sus compañeros para su cumpleaños hacía un año y medio.

La perra apareció por la puerta de la cocina. Empezó a mover la trufa oliendo el aire y salió disparada a su manta. Su dueño se acercó y la empezó a acariciar mientras ésta temblaba.

- Ya estoy aquí cielo. Ahora iré a ponerte la comida, ¿vale? Debes de estar hambrienta.

Fue al salón y encendió el televisor. Las noticias de la mañana aparecían en todas las cadenas.

De repente, una misma noticia las invadía.

Unas letras grandes pasaban lentamente por la parte de abajo de la pantalla. Se podía leer: "ACCIDENTE MORTAL DE AVIÓN HACE UNAS HORAS". La periodista se encontraba en el lugar del siniestro dispuesta a contar lo que sabía con el micrófono en la mano. En el lugar del accidente estaba todo calcinado. Aún se podía ver en algunos planos núcleos de fuegos esparcidos. Este tipo de sucesos le gustaba grabarlos y seguidamente le dio al botón de *Rec* del vídeo. *"¿Qué les habrá pasado?, no ha quedado nadie...",* pensó con el corazón encogido mientras poco a poco la cinta iba pasando. Aún no se había acostumbrado a que estos sucesos fatales pudieran ocurrir, pero estaban a la orden del día, como los accidentes de tráfico.

Subió el volumen para escuchar lo que la mujer decía.

…por el momento no se sabe exactamente qué ha podido ocasionar el trágico accidente de este avión de pasajeros. Error humano, mal funcionamiento, mantenimiento inadecuado... Son muchas las hipótesis que se barajan en torno al accidente del avión 1314, pero lo cierto es que, lo que haya sido, ha causado víctimas mortales inocentes que esperaban con ansia e ilusión llegar a su destino. Algunos para descansar y otros para reunirse con la familia en estas fechas tan señaladas.

El equipo de investigación está intentando esclarecer las causas probables de este suceso tan terrible.

La caja negra del avión, que ya ha sido recuperada, es el único testigo y se necesitarán varios meses de estudio hasta que sepamos a ciencia cierta lo que les ha podido ocurrir para tener este amargo y crudo desenlace.

La presentadora del telediario interesada le preguntó a la periodista que estaba en el lugar del suceso.

- ¿Se sabe de qué compañía era el avión siniestrado?
- Sí, claro, "Elite Stars". Una compañía de reciente creación –contestó la periodista.
- ¿Podemos conocer la primera opinión de los expertos?
- Pues, por el momento, se ha comentado que, al encontrar trozos de motor esparcidos en zonas distintas y alejadas, el avión pudo sufrir daños irreparables en los motores destruyendo los tres sistemas hidráulicos indispensables para el vuelo. La pérdida de un motor supone la pérdida también de dos sistemas hidráulicos. Según los expertos, el daño colateral derivado, ha podido destruir el tercer sistema, condenando irremediablemente a la aeronave a impactar finalmente.

La periodista seguía hablando, pero parecía que ya había dicho todo lo relevante del accidente.

Apagó la televisión y dejó la cinta grabando. Ya lo vería luego otra vez con más calma. Tenía que subir a la habitación para coger su ropa y darse una ducha caliente, no sin antes, ponerle la comida a su mascota.

Anduvo hasta la cocina y cogió la bolsa de pienso. Echó unas cuantas bolas en el bol de su compañera y cogió el del agua. Lo acercó al grifo, pero no salía ni una gota.

- Vaya, ha debido de haber una avería y la han cortado –dijo sorprendido.

Abrió el frigorífico y le echó de su botella mientras pensaba resignado que la ducha tendría que esperar.

Se dirigió a su habitación para echarse a descansar. Tenía que estar en forma para coger al día siguiente un avión. *"Menos mal que he salido del hospital justo el día de antes"*, pensó.

La empresa para la que trabajaba, llamada "Elico´s", le había pagado ese viaje para hacer un curso de especialización de un

programa de gestión y administración que había salido hacía poco tiempo al mercado. Era un programa imprescindible para prosperar en la empresa y le incentivaban por ello.

Se acordó entonces que el avión que debía coger al día siguiente era de la misma compañía que el que se había siniestrado y salido en la televisión.

Se tumbó en su cama y cerró los ojos... *"mañana será otro día Julián"*, pensó.

22 de diciembre de 1995

Eran las seis de la mañana. Tenía que estar dos horas antes en el aeropuerto. El vuelo 2122, su vuelo, salía a las nueve y diez. Buscó su cartera de piel en la que ya metió ayer los documentos que debía llevar para la realización del curso. No la encontraba por ningún sitio. Se rio de su mala cabeza. No podía perder más tiempo en buscarla y cogió un maletín que tenía en su armario. De todas formas, donde iba a hacer el curso, le darían todo lo necesario porque ya había informado su jefe de que iba a asistir. Ya tendrían allí todo preparado para cuando llegara. Se fue a la cocina y se quedó mirando el interior del frigorífico para desayunar algo antes de irse, pero cerró de golpe la puerta, no tenía nada de apetito. Ya comería algo más tarde.

El aeropuerto quedaba cerca de su casa. Podía tardar en llegar a paso ligero unos treinta, treinta y cinco minutos. Salió y se dirigió a su destino.

En el aeropuerto no había mucha gente. La noticia del avión siniestrado debía de haber causado mala impresión y echado para atrás a algunos pasajeros. Lo normal es que estuvieran casi todos los aviones a rebosar. Era la época de las vacaciones de Navidad y lo lógico en estos casos es que este tipo de viajes se cogieran con muchas ganas.

Julián se había informado anteriormente que, si no llevaba ningún equipaje, ni siquiera el de mano, podía pasar al avión sin facturar. Solamente se tuvo que poner en la cola donde la gente dejaba sus objetos personales en una bandeja y la pasaban por una cinta.

Se puso a esperar su turno y en el momento en el que iba a pasar por el detector, el guardia se levantó de su silla y se fue a hablar con un compañero. Él ya había pasado por el detector y como no había pitado, recogió su maletín y siguió su camino. No iba a esperar que aquél hombre quisiera volver a su puesto.

La espera se hizo interminable. Las azafatas, pilotos, etc. llevaban un pequeño crespón negro cogido con un alfiler en la solapa de sus chaquetas azules. Los aviones despegaban siguiendo su rutina diaria y en el aeropuerto se podían contemplar caras serias. El trágico accidente había dejado a todos sumidos en una tristeza que no podían ocultar.

Se encaminó a la fila donde antes de embarcar tenían que dar el billete a la azafata que había dispuesta a recogerlos y ticarlos.

Una familia iba delante de él. Los niños no hacían más que correr de un lado a otro y chillar alterando la tranquilidad del lugar.

Ya en la entrada, Julián rebuscó en los bolsillos de su pantalón el billete, pero no lo encontraba. Estaban vacíos. No podía ser. Seguramente se le habría caído andando por la calle. Tenía que pasar al avión como fuera. El curso estaba en juego y no podía desperdiciar esa oportunidad por no llevar el billete en el momento. Además, no le podían decir nada porque, en el caso de que hubiera perdido el billete, ellos tenían constancia de su nombre, del día del vuelo, compañía, y, de lo más importante, de que estaba pagado. Se acordaba perfectamente del asiento que le había correspondido porque antes de salir de su casa lo había estado ojeando en la copia que le entregaron el día en que sacó el billete.

El padre de familia que iba delante entregó a la azafata todos los billetes de una vez. La azafata los rasgó todos de golpe haciendo pasar a todos los miembros de la familia y Julián pasó con ellos.

Las azafatas, ya en el interior del avión, sonreían a todos los pasajeros dándoles la bienvenida y acomodando a quienes no sabían dónde se encontraba su asiento. Pudo observar que sus sonrisas eran forzadas. La gente andaba despistada por el pasillo tardando unos minutos en acoplarse cada uno en el asiento asignado. Había muchos sitios vacíos. Se oyó el ruido de las puertas cerrarse y el avión comenzó a desplazarse poco a poco.

Se sentó en el sitio que le correspondía. Era el que estaba marcado como B-26. Se acomodó y se abrochó el cinturón. En el

asiento B-25, justo a su lado, pero pegando a la ventanilla, un hombre trajeado también con maletín estaba llamando la atención de una azafata para que le trajese el periódico del día.

En unas horas estaría en el sitio programado. Al echar un vistazo rápido por la cabina de pasajeros, se dio cuenta que, justo a su lado, pero cruzando el pasillo, estaba sentada la familia con la que había esperado el turno para entregar los billetes antes de subir al avión. Los hijos seguían dando guerra y no había forma de callarlos.

La voz del comandante dio por segunda vez la bienvenida desde que habían subido al avión.

- ¡Bienvenidos al vuelo 2122! Ya estamos en rumbo hacia nuestro destino. Elite Stars les desea un feliz vuelo –dijo el piloto con acento agradable, como si fuera la voz de una grabación hecha previamente.

Los ronquidos de alguien que se había quedado dormido resonaban entre las paredes del avión, dando vergüenza ajena a los que se encontraban allí.

Un hombre trajeado que estaba sentado a su lado se quedó mirando por la ventana después de ojear la prensa y dejarla encima de las piernas de su compañero de asiento. A Julián le llamó la atención que en vez de dejar el periódico en el bolsillo que tenían delante de los sillones se lo hubiese dejado ahí encima.

En la primera página destacaba una gran fotografía con los restos del avión que el día anterior se había estrellado. Eran unas imágenes escalofriantes donde el horror de haber vivido los últimos momentos en el avión antes de siniestrarse se hacía patente. Pasando las hojas para leer con más detalle lo que de él se decía, observó que en las páginas centrales estaban escritos los nombres de los que se suponía habían muerto en la tragedia. Venían en orden alfabético y según se explicaba en la noticia, todos los pasajeros y tripulación habían fallecido. *Qué mala suerte*, pensó al mirar las fotos en blanco y negro. La gran humareda negra se seguía apreciando en las terroríficas e impactantes imágenes.

Después de observar todo lo que estaba ocurriendo en la cabina: azafatas sonriendo y dando la bienvenida, el vídeo que al principio había visto en la pantalla para informar a los pasajeros del trayecto, el trasiego de azafatas, la voz del comandante dando la bienvenida por segunda vez diciendo que ya estaban en rumbo, etc., se quedó pensativo un momento... parecía que esa noche lo hubiera estado soñando todo. Él nunca había viajado en avión. Era la primera vez. Entonces, ¿por qué estaban ocurriendo las cosas como si ya las hubiese vivido antes? Lo más probable era que lo hubiera visto en alguna película y ahora se acordaba de ello.

Julián se levantó al servicio para estirar las piernas. Había mucho vuelo por delante y no podía estar mucho tiempo en la misma postura. Eso le causaba un dolor de piernas insoportable. Tenía varices debido a que pasaba mucho tiempo en la oficina delante del ordenador. Por eso cada vez que podía iba a los sitios andando. Los médicos le habían aconsejado no estar sentado más de media hora seguida.

Mientras se dirigía a la puerta del servicio, una azafata llegaba al compartimento donde estaban sus compañeras diciendo que se había puesto un hombre enfermo y que necesitaba una aspirina. Sacó la caja de aspirinas de un botiquín y fue a por un vaso de agua.

La azafata salió delante de él para darle la aspirina al caballero se paró en el sitio del enfermo y Julián pudo ver que a su paso el hombre empezó a vomitar. Seguramente era el mismo del que hablaba la azafata con sus compañeras. Parecía que se estaba poniendo muy enfermo por momentos. No le había dado tiempo ni de darle la aspirina.

Un niño situado en el asiento delante del hombre empezó a vocearle a su madre y de repente unas sacudidas provocaron un gran susto en el pasaje haciendo que muchos miraran por las ventanillas. La voz del piloto tranquilizando a los pasajeros se pudo escuchar por los altavoces después del angustioso momento.

Al cabo de un rato, el comandante pidió la colaboración de un médico. Se estaba empezando a poner la gente enferma.

Julián intentó quedarse dormido en su asiento, pero un hombre empezó a toser. No había forma de que se le cortara la inesperada tos. Al cabo de pocos minutos pudo escuchar gritos y gente arremolinada alrededor del hombre que yacía en el suelo. Se lo llevaron de allí. Las caras de miedo y angustia por lo que acababa de pasar se notaban claramente en los rostros de las personas que habían presenciado el duro trance.

Una música de tipo relax inundaba la cabina intentando calmar los nervios de los pasajeros.

El hombre del maletín, medio dormido, cerró la ventanilla de su sitio. Empezaba a anochecer.

Ya había pasado más de media hora y Julián volvió a levantarse para estirar otra vez las piernas. Después de recorrer el pasillo llegó a la puerta del servicio. Al intentar meterse dentro, vio que un hombre se le había adelantado y que éste se le quedó mirando fijamente cerrándole prácticamente la puerta en sus narices. Regresó a su asiento, ya iría otra vez más tarde.

Después de unos minutos, un ajetreo anormal de la gente de la tripulación le invitó a volver a levantarse y curiosear. Necesitaba saber qué estaba pasando… Se dirigió de nuevo al servicio, pero la puerta seguía cerrada. Voces de varias personas se apreciaban como si hubieran hecho el corrillo de la tertulia de después del café. Al ver que no distinguía lo que allí se decía pensó en volver otra vez a su sitio. En fin, ya se enteraría.

El avión fue presa de unas fuertes sacudidas y algunas maletas salieron despedidas y acabaron impactando contra el suelo y rebotando en el pasillo. Después del momento crítico, la voz del piloto salió de los altavoces diciendo que volvían por fin a la normalidad. Al cabo de un rato, Julián pensó en preguntar en la cabina de mandos qué es lo que estaba ocurriendo para sacar algo

de información que mitigara su curiosidad creciente. La sensación de miedo empezó a recorrerle el cuerpo.

Andando por el pasillo vio caras de preocupación entre los pasajeros. Algunos comentaban que había una especie de humo muy raro ya que no olía a quemado.

Al llegar comprobó que la puerta estaba entreabierta. Pasó a la cabina mientras el comandante decía a sus compañeros que los controles se habían vuelto locos. Era como si alguien tuviera acceso a los mandos. Pero eso era imposible. La aguja de combustible bajaba y subía sola, sin explicación. El piloto se miró el reloj. Éste se había parado, pero, lo más curioso de todo, era que los del resto de la tripulación también. Allí estaba pasando algo muy raro. Decidió no hacer preguntas ya que notaba que ni ellos mismos sabían realmente lo que se estaba desencadenando allí.

Salió de la cabina y, a su paso, un humo blanco parecía perseguirle. Se giró para ver de dónde provenía y pudo comprobar que por donde él iba pasando caían todos como en un profundo sueño. Lo mismo que un gas venenoso va matando poco a poco cuando es respirado.

Llegó a su asiento. El humo se disipó como por arte de magia. Ahora parecía estar todo el pasaje dormido menos él.

Una azafata corría a la sala de pilotaje asustada. Pudo fijarse que algunos pasajeros tenían los ojos abiertos pero las azafatas les hablaban y no reaccionaban.

Julián se levantó al servicio por enésima vez para echarse agua en la cara. Mientras caminaba, pensaba que eso no podía estar ocurriendo. ¿Qué le pasaba a esa gente? ¿Y él? ¿Por qué no estaba en su misma situación? ¿Y las azafatas? A ellas no les afectaba y él era un pasajero como los demás. No paraba de darle vueltas con el fin de llegar a una posible explicación.

Al llegar al servicio se encontró a un hombre perteneciente a la tripulación. Tenía mal aspecto. Se puso detrás de él. Estaba apoyado en el lavabo. Después salió con muy mala cara y llevaba la boca

manchada como de una especie de gel morado. Julián salió detrás y se encaminaron a la sala donde se encontraba la tripulación. El comandante se quejaba de la aguja de algo llamado anemómetro que subía y bajaba sin control. Julián se acercó al panel de control por detrás de ellos y la brújula empezó a dar vueltas como loca. En unos segundos el hombre al que había visto en el servicio se quedó en su asiento dormido. No cabía duda de que no se encontraba bien.

Cuando se dio cuenta uno de los de la tripulación pegó una voz al que se había quedado traspuesto en su sitio de trabajo. Se llamaba Antonio. Entonces en la cabina se podía apreciar una mezcla de tensión, incomprensibilidad, aturdimiento, fracaso, impotencia y discusiones debidas a esa mezcla explosiva ocurrida en el mismo instante.

Luego entró una azafata con cara de preocupación. Debe de ser que estaba tan asustada, que no dio importancia de que allí estuviera un pasajero y les alertó de que una mujer se había puesto a hablarle en un idioma totalmente incomprensible. Sus compañeros tenían asuntos más importantes que atender y no le habían hecho ni caso. Salió de la sala enfadada y Julián salió tras ella.

Al cabo de un rato, dos de las azafatas se pusieron a hablar mal del comandante en medio del pasillo. Mientras, Julián fue a su sitio a sentarse un poco. Su cabeza no hacía más que dar vueltas a todo lo que estaba ocurriendo para ver si llegaba a una posible explicación pero parecía que no la había, porque ni el comandante, que era el que debía de llevar el avión a su destino, sabía lo que ocurría. El caso era que la cosa no pintaba nada bien. Era su primer vuelo y la verdad es que no entendía cómo podían pasar estas cosas. *"¿Lo estaré soñando?"* pensó por segunda vez.

Lo que más le sorprendía es que, pese a todo el ajetreo, él se encontraba muy tranquilo. Era como si se hubiese tomado varias tilas antes de salir de su casa. Normalmente las cosas que venían mal no las aceptaba y los nervios salían a la primera de cambio. ¿Estaría un poco drogado como el resto de los viajeros? ¿Habrían echado algo en el aire que respiraban allí dentro? ¿Podría ser una

estrategia que tiene la compañía para que, si pasaba algo gordo, los pasajeros no se dieran ni cuenta y no se revolucionaran presos del pánico en una situación extrema? Una situación que estaba pasando en ese mismo vuelo...

Sus párpados empezaron a cerrarse lentamente sin poderlos controlar.

TERCERA PARTE

Despertó. Parecía que había estado dormido mucho tiempo. A los ojos les costaba enfocar bastante y la luz le hacía un daño terrible. Poco a poco fue haciéndose a la realidad y recordándolo todo. Antonio le había dado un corte en el cuello y la sangre había parado de salir. Estaba coagulada y su camisa manchada. El piloto automático seguía gobernando el avión y la situación no había cambiado.

Antonio yacía en el suelo, pero no sabía por qué. Estaba muerto. Seguramente, Paco habría acabado con su locura. Pero ¿Dónde estaban todos? Allí solamente estaban Antonio y él. Arcadio miró otra vez los componentes del panel de control y aquél monstruo seguía desplazándose con la aguja de combustible momificada. Era imposible que no se hubieran estrellado ya. De pronto, un hombre pasó a la cabina.

- Oiga –alertó el comandante-. ¿Qué hace usted aquí? Debería estar en su asiento.
- ¿Cómo? ¿Me puede explicar qué está sucediendo aquí?
- No puedo explicárselo porque ni yo mismo lo entiendo.
- Pues si usted no lo entiende, ¿cómo lo vamos a entender nosotros? –le dijo Julián intentando sacarle alguna explicación-. Usted sabe más del tema, pero no quiere decir nada.
- ¡Vaya hombre! Parece ser que las culpas de lo que está pasando dentro de este avión son para mí. ¡Yo me he encontrado con esta situación como ustedes! He intentado pilotar el avión, llevarlo a su destino, pero de poco me ha servido. ¡Esto se me escapa! –agregó cansado de todos los comentarios despectivos hacia su profesionalidad.
- Pues no sé cómo, pero hay que hacer algo. Hay que intentar pensar en algo que nos salve la vida –le miró Julián preocupado.
- ¿Usted no está dormido como el resto del pasaje?

- ¿Por qué me pregunta eso? ¿Debería estarlo? ¿Deberían haberme hecho efecto las artimañas que emplean para los casos complicados o que no tienen solución?
- ¿De qué me está usted hablando? Ahora sí que me he perdido.
- Pues no se pierda que es muy fácil. El pasaje está como inconsciente. No es capaz de responder a nada ni a nadie y eso no pasa porque sí –declaró Julián intentando convencerle.
- Eso también se me escapa. Y no lo dude ni por un momento que nosotros no tenemos nada que ver en que los pasajeros se encuentren en ese estado catatónico –replicó Arcadio cansado de que le tocaran la moral.
- Pensaba que la compañía tenía algún truquillo para estabilizar o controlar a la gente en caso de saber que va a ocurrir un fatal desenlace. Para que no hubiera revolución de gente, ni casos de ansiedad, angustia, miedo, ya sabe...
- Pues no piense usted tanto. Eso lo habrá imaginado, pero no es así. La verdad es que tiene unas cosas... –dijo el comandante impresionado en la capacidad que tenía el visitante de imaginarse cosas raras-. Pero oye, ¿quién sabe? lo puede proponer a la compañía. A lo mejor no es tan mala idea y hasta le dan un premio. ¡Qué barbaridad!
- ¿Pues entonces a qué puede ser debido? ¿Nunca había pasado esto en otros vuelos? –insistió Julián volviendo a la carga ignorando la contestación del piloto.
- Vamos a ver, pensaba que era usted un poco más espabilado, pero veo que no. Si esto hubiera ocurrido antes sabría cómo actuar, ¿no cree?
- ¿Y este hombre? ¿Qué ha pasado? –prosiguió Julián mirando al cadáver.

- Se ha portado mal y un compañero por intentar salvarme la vida se lo ha cargado. Aunque no me he enterado de nada en ese momento. Me he debido desmayar.
- ¿Cómo que se ha portado mal?
- Sí. Le entró el pánico y se volvió loco. Parecía otra persona. Nunca antes lo habíamos visto de esa manera, con ese comportamiento. Hasta yo creo que su tono de voz no era el mismo. Estaba fuera de sí.
- Ya veo –dijo Julián con cara de asentimiento.
- Será lo normal cuando te ves acorralado y sin escapatoria. Es cuestión de vida o muerte y para eso ha sacado las uñas y lo que no han sido las uñas –explicó Arcadio señalándose el cuello.
- ¡Vaya por Dios! Esto se está poniendo interesante. Creo que ya se lo que puede estar pasando.
- ¿No me diga? –dijo el comandante impresionado y medio riéndose por la tontería que seguro le iba a soltar. Tenía unas salidas…
- Estamos en otro nivel. Ahora me empiezan a cuadrar un poco las cosas.
- JA, JA, JA. ¿En qué nivel? ¿En el nivel de los idos? ¿En el de los drogados? ¿En el de los gilipollas?
- ¡No tome esto nunca a broma! ¿Está pasando o no está pasando algo que no podemos llegar a entender? Algo surrealista...
- Bueno, no estoy para pensar ahora. Solo quiero intentar seguir con mi trabajo. Lo demás no me importa en absoluto. Quiero aterrizar de una maldita vez y olvidarme de esto para siempre. Lo consideraré como una maldita pesadilla el resto de mis días.

Julián salió de la cabina malhumorado. Fue al servicio pensativo y al abrir la puerta una niña apareció delante del espejo. Sus ojos lloraban sangre.

- ¿Qué te pasa?
- Estoy sola. Me he perdido. No sé dónde están mis padres –contestó la niña llorando.
- No te preocupes yo te ayudaré a encontrarlos. Quédate conmigo hasta que logremos dar con ellos. Pero no llores o ¿quieres mancharte el vestido?

La niña sonrió y le dio la mano a Julián mientras salían de allí.

Se dirigieron al compartimento en busca de alguna azafata que pudiera decirle dónde podían estar sentados los padres de la criatura. En uno de los asientos estaba sentada una azafata con la mirada perdida. Al pasar los dos, llamaron su atención (visto lo visto, no se esperaba a nadie andando a esas alturas por el avión) y levantando la cabeza puso los ojos fijos en la niña.

- Perdone –se dirigió a la azafata-. Esta niña se ha perdido. ¿Nos podrías ayudar?
- ¿Cómo se llama?
- ¿Cómo te llamas? –repitió con tranquilidad Julián mirando a la pequeña.

La muchacha se quedó atónita porque no se acordaba de nada.

- No lo sé.
- ¿Te acuerdas de cómo se llama tu madre?
- Tampoco –dijo asustada.
- Bueno pues no te preocupes. Iremos sillón por sillón a ver si la vemos, ¿vale? –le contestó la azafata con ternura.

Parece que la niña quedó convencida, pero seguía agarrando con fuerza la mano de su salvador.

- ¿Y tus compañeras? –preguntó Julián a la azafata.

- Hace tiempo que no las he visto.

Julián levantó la mirada y pudo fijarse en un agujero que la mujer tenía en la frente.

- ¿Qué le ha pasado en la frente?
- Nada, ¿por qué?
- Tiene un agujero y sangre alrededor. Parece un agujero de bala.
- ¿Quéééé? ¿Me está tomando el pelo? Si tuviese un agujero de bala en la cabeza, ahora mismo no estaría hablando con usted aquí. ¿No será que ve visiones? No me asuste más de lo que ya estoy. Creo que por hoy ya he tenido bastante.

Julián dio un pellizco a la niña en la mejilla y ésta empezó a llorar.

- ¿Ve usted lo que estoy viendo yo?
- Esto no puede ser. ¡La niña está llorando sangre! –manifestó la azafata impresionada de ver algo así-. ¿Estamos volviéndonos de psiquiátrico?
- Pues entonces los dos vemos visiones y tenemos el ingreso asegurado en un manicomio. Su agujero de bala es tan real como la sangre que sale de los ojos de esta preciosa niña –dijo limpiándole con un pañuelo las lágrimas-. Perdona cielo, pero lo tenía que hacer para demostrárselo. ¡Ojos que no ven... no se lo creen! Decía mi abuela.
- Entonces, ¿qué hago aquí? Debería estar muerta.
- Lo mismo que yo –corroboró Julián-. Y creo que lo mismo que el piloto de este avión, aunque él aún no lo sepa.
- ¿Me lo puedes explicar? –dijo Julia con los ojos como platos.
- Vamos a la sala de pilotaje y mientras te lo cuento.

Los tres se encaminaron a la cabina. Al pasar por el pasillo la azafata se llevó una mano a la boca y se paró en seco.

- ¿Qué pasa? –se alarmó Julián.
- Paco...
- ¿Quién es Paco?
- Paco Peña. El que está sentado en ese sillón. Un compañero del comandante.

Julián giró la cabeza hacia donde le indicaba la azafata con los pelos casi de punta y pudo ver que un hombre de la tripulación estaba sentado en un sillón con las mangas subidas de los brazos y éstos estaban extendidos boca arriba en los reposa brazos manchados debido a una cantidad de sangre considerable que había chorreado hasta el suelo. Se había cortado las venas.

Al llegar a la cabina, el comandante seguía intentando investigar qué es lo que pasaba en los controles del avión.

- Señor –saludó Julián al comandante al entrar a la sala.

Los ojos del comandante se fijaron en la cara de Julia y quedó horrorizado.

La azafata comentó a Arcadio que Paco se había cortado las venas. Debía ser que no había podido con el estrés y con el trauma que se estaba viviendo y había decidido acabar con su vida de esa forma.

- ¿Y usted? ¿y ese agujero? –se impresionó el comandante creyéndose en un sueño por lo que estaba viendo.
- Solo recuerdo a Carmina delante de mí con un arma. Ahora sé que llegó a disparar y ya no me acuerdo de nada más. Ah, lo que si recuerdo es la mirada de Carmina. Estaba muy rara. Sus ojos parecían los de alguien que no era ella y controlaba su cuerpo. Como si estuviera poseída.
- ¡Exacto! –exclamó Julián-. Por ahora, de nuestras vidas no tenemos por qué preocuparnos.

- Entonces si no nos preocupamos de nosotros ¡apaga y vámonos! –dijo el comandante.
- ¿Todavía no lo habéis entendido? –dijo Julián entrecerrando los ojos.
- Me imagino que los que estamos muertos somos nosotros –continuó Julia.
- ¡Hombre! Parece que hay alguien que ha entendido algo sobre el tema –dijo Julián casi aplaudiendo.
- Entonces hay algo que no me cuadra. Los muertos, muertos están.
- Sí –dijo Julián cortando a Arcadio-. Nosotros estamos en el nivel del medio, fase del medio o como quieras llamarlo. Nosotros ya no tenemos que temer por nuestras vidas. Estamos en transición. En la transición de la vida pasando a la muerte.
- ¿Qué quieres decir? ¿Qué somos espíritus que vagan entre la vida y la muerte? –cuestionó Julia mientras le salía una pequeña carcajada de la boca.
- Eso mismo –contestó Julián convencido.
- ¿Nos puedes explicar entonces qué es lo que le pasa al resto de los pasajeros? –inquirió Arcadio interesándose sobre el asunto.
- Hasta ahí todavía no he llegado, pero ya se verá.
- Y tú, ¿Cómo estás en esta fase? ¿Te ha matado alguien? ¿Cómo has casi-muerto? –preguntó Arcadio riéndose internamente como si lo que estuvieran comentando fuera exagerado e increíble, propio de un guion de terror.
- Estoy casando las piezas en este momento. Cuando lo tenga del todo claro ya te lo explicaré –dijo Julián dejando la intriga de su historia para más adelante.

- ¿Qué podemos hacer nosotros? –dijo Julia mirando a la niña preocupada.
- No tengo ni idea por ahora. Intentaremos darle vueltas a la cabeza a ver si podemos averiguar en qué consiste este proceso en el que nos encontramos y qué relación tiene con nosotros para acabar con esta delicada situación –dijo Julián mirando a Arcadio.
- Por mi parte he entendido un poco, pero falta lo más esencial y creo que nadie va a poder aconsejarnos sobre este tema y menos aquí arriba –comentó Arcadio con cara de haber sido por fin derrotado.
- No creo que tengamos aquí ninguna pitonisa que nos saque de este embrollo –dijo Julia que seguía tomando la cosa un poco a broma, pero pensando que, tal vez, era cierto lo que Julián estaba comentando. Tan cierto como que estaban allí los cuatro.
- ¿No te has parado a pensar que puede haber algún espíritu como nosotros vagando por el avión que sepa algo de lo que está pasando aquí? –sugirió Julián dando algo de esperanza.
- De todas formas, estamos muertos o medio muertos como dices tú.
- ¿Quieres seguir aquí toda la eternidad?

El comandante se calló y se quedó pensativo en lo que Julián acababa de decir. La verdad es que no quería seguir allí después de lo mal que lo había pasado. Eso era una tortura constante. Además, si era verdad que eran espíritus que vagaban libremente y no llegaban a descansar en paz serían espíritus condenados en vida y para siempre. Tal vez este asunto no tenía que ser tomado a broma después de haber presenciado cosas tan imposibles como esa.

Julián creyó que, si no estaban del todo convencidos, una forma de comprobar que lo que él les decía era tan cierto como que eran espíritus y de verdad seguían estando en ese avión, era localizar a alguien que estuviera todavía vivo.

Los cuatro salieron de la cabina de mandos al pasillo.

En un rincón de la cabina de pasajeros encontraron a Charlene tirada, muerta en el suelo. Tenía un frasco de barbitúricos abierto en la mano. El interior estaba vacío y ella había echado una especie de espuma por la boca. Se había suicidado.

Siguieron andando y, al llegar a la puerta del servicio, Carmina salía del cuarto. Los cuatro se quedaron mirándola, pero ella siguió su camino sin inmutarse. Seguía con los ojos perdidos y en estado de shock. A Julia le dio un fuerte arrebato hacia ella, pero entre Arcadio y Julián la sujetaron al ver sus intenciones. No podía controlar su ira hacia ella.

- No te esfuerces –habló Arcadio a la azafata-. Si es verdad lo que dice este hombre, ella no es dueña de su cuerpo ni de lo que hace.
- ¿Entonces me quieres decir que no ha tenido la culpa de pegarme un tiro en la cabeza? –quiso saber Julia.
- Habrá sido algún espíritu malicioso que se ha metido en su cuerpo –le respondió Arcadio.
- Esta mujer no puede haceros ver lo que ocurre porque está poseída y está en la situación de no enterarse de nada. Esta viva, pero no nos vale para lo que pretendo explicaros –dijo Julián-. Tenemos que seguir buscando a alguien en el avión que no esté muerto y que tampoco esté fuera de sí. Aunque me da la impresión de que va a ser muy difícil.

De repente, una mujer despertó de su asiento. Se puso a mirar alrededor y vio que la gente se había quedado dormida como ella.

- ¡Anda! –soltó Julia-. Esta mujer era la que se había quedado dormida al principio, nada más despegar el avión. Esa que ponía música de fondo con sus ronquidos.

Entonces los cuatro vieron que la mujer ni había oído el comentario de la azafata porque había hecho caso omiso a su voz.

Ni había levantado su cabeza para advertir de dónde provenía la voz femenina.

- Acérquese –apremió Julián al comandante-. Acérquese y dígale algo o mejor todavía dele un beso en la mejilla.
- ¿Pero estás loco?
- Vaya, vaya y convénzase usted mismo.

Arcadio se acercó al asiento de la mujer y en vez de darle un beso le estiró del pelo.

- ¿No dice nada verdad? Claro, eso será porque ni siente ni padece en nuestro mundo. Ni poniéndole la cara enfrente, la mujer es capaz de saber que usted está tan cerca de ella como la uña de la carne de un dedo.
- ¡Qué interesante! –exclamó Julia-. Al final me va a gustar esto de ser un fantasma. ¿Quién no ha querido alguna vez pasar desapercibido y ver todo sin que a ti te vean?
- Sí, pero esto tiene un alto precio, que no se te olvide –dijo Arcadio asustado-. Yo daría lo que fuera por volver a estar vivo como ella.
- Eso ya es imposible, amigo –afirmó Julián.

La mujer que había despertado se levantó de su asiento. Se dirigió a la cabina de pilotaje y vio que allí no había nadie. Tampoco pudo ver a nadie de la tripulación por el pasillo. Estaba sola con los demás pasajeros. Se empezó a poner muy nerviosa, histérica y empezó a correr por el avión como loca, chillando y avisando a todos que estaban sin piloto. Los pasajeros seguían sin moverse y sin despertarse y la anciana se echó la mano al pecho y en poco tiempo cayó al suelo. Murió de un infarto por el impacto tan brusco que había recibido. Su corazón no había podido aguantarlo.

- ¿Se puede saber por qué ella no está como los demás? –preguntó Julia.
- Porque estaba dormida como bien has dicho tú desde el principio del vuelo. A ella lo que le pasa al resto no le ha

afectado. Estaba sumida en un sueño profundo cuando el trance ha ocurrido.

- Pero le ha dado igual –dijo Arcadio-. Ha acabado igual o peor que ellos.
- Nosotros no podemos hacer nada en el mundo de los vivos desgraciadamente. No podemos salvar a nadie de que muera. Estamos en un nivel diferente y no hay posibilidad de conectar –dijo Julia comprendiéndolo ya casi todo-. Entonces... lo que pasa en la película de *"Ghost"* es de película, ¿no?
- Supongo que sí. Nunca me he visto en una tesitura de este tipo.
- ¡Ahora que caigo! –dijo Julia-. ¿Embarcaste en este avión? No me suena tu cara de nada. ¡No eres un pasajero de este avión!
- ¿Cómo qué no? – preguntó nervioso Julián-. ¿Y qué hago entonces aquí?
- A ver... dime tu nombre y apellidos –dijo sacándose una lista doblada del bolsillo.
- Julián Contreras Montero.

Julia pasó su dedo por los nombres de la lista recorriendo cada uno de ellos.

- Efectivamente. No estás en la lista de pasajeros. ¿Cómo has pasado? –Inquirió Julia interesada-. No se puede colar nadie. Todos los pasajeros han sido supervisados antes de embarcar.
- Se me perdió por el camino al aeropuerto el billete. Pero sabía hasta el número que me había tocado de asiento.
- Dímelo.
- El B-26 –contestó Julián sin saber a dónde querían ir a parar las preguntas de la azafata.

- Mira –dijo enseñándole la lista-. ¡Ese asiento en este vuelo estaba libre!
- Claro, era el que le había tocado a él. ¿Quién más iba a estar? –cuestionó Arcadio a Julia.
- Había gente a los que se les habían vendido los billetes, pero no han llegado a subir presos del pánico del accidente de avión de ayer. Por eso había más de la mitad de los asientos vacíos entre ellos el B-26.
- ¿Qué coincidencia más absurda, ¿no? –dijo Arcadio.

Julián empezó a cavilar. De pronto metió una mano en uno de los bolsillos y encontró un papel arrugado en un rincón del bolsillo. Lo sacó. Estaba un poco chamuscado, ennegrecido. Parecía el billete que estuvo buscando en la cola para pasar al avión y que en ese momento por los nervios del viaje no lo encontró.

Aún se podían leer las letras del asiento asignado. Efectivamente se acordaba muy bien de que era el B-26. Miró la parte de arriba y...

- ¡OH, DIOS!

Sus piernas empezaron a flaquear haciéndole caer de rodillas al suelo bajo la atenta mirada del piloto, la azafata y la niña.

Unas lágrimas empezaron a brotarle enseguida de los ojos.

- ¿Qué es lo que pasa? –preguntó Arcadio alarmado al ver su conducta.
- Ahora soy capaz de comprenderlo todo.

Había mirado la fecha que estaba escrita en su billete. La compañía era la misma "Elite Stars" pero la fecha... Había embarcado en otro avión justo el día de antes, el 21 de diciembre. Ese era el que se había estrellado. Julián corrió por el pasillo y empezó a buscar algo como loco entre los pasajeros.

- ¿Qué es lo que busca? –dijo Julia asustada.

En un momento Julián venía con el periódico en la mano. Pasó de correprisa las hojas hasta las páginas centrales y empezó a pasar su

dedo tembloroso por una larga lista. Allí estaba. Su nombre estaba entre los fallecidos.

Ahora lo entendía todo. Ahora comprendía por qué al poco de entrar y sentarse en su sitio en el avión último, parecía que lo que iba viendo lo había soñado antes. La razón era que ya lo había vivido antes. Un día antes. Por eso el compañero de viaje, el señor del maletín, le había puesto el periódico en sus piernas. Se suponía que lo había dejado allí porque el asiento estaba libre.

Debió de morir en el hospital por las quemaduras tan graves que había sufrido. Al levantarse de la cama ya entendía que su armario de la ropa estuviera vacío. Se dio cuenta de cómo, a su paso por el pasillo del hospital, ni las enfermeras le habían mirado, claro, ¡no podían verle! También se acordó de cómo se había asustado Mili, su perrita. Por su instinto especial sabía que algo no estaba bien. Él la veía, pero ella tan solo lo intuía sin llegar a verlo. Notaba su presencia. A lo mejor podía llegar incluso a olerlo y por eso salió disparada a buscar el cobijo de su manta asustada. Al despertarse de su cama, en su habitación no se acordaba de nada de lo sucedido. Pensaba que el ingreso en el hospital había sido por los mareos que venía sufriendo tiempo atrás que lo dejaban sin fuerzas para ponerse en pie. ¿Quién se podía imaginar al despertarse en una cama de hospital que estaba muerto en vida? Es incomprensible, escapa del entendimiento de cualquier persona.

Allí estaba con los que habían sufrido su misma suerte.

Allí y ahora tenían que ver la realidad con otros ojos...

Estaba todo en silencio. Había visto a su compañera Charlene muerta en un rincón del pasillo por sobredosis de pastillas. Paco estaba desangrado en un sillón de la cabina de pasajeros. Todos habían muerto menos ella y a Carmina no la veía, mirara por donde mirara. De todas formas, aunque la encontrase no estaba en condiciones para sacar partido de ella. Ya nada podía esperar.

Antonio seguía en la cabina de pilotaje, muerto en el suelo y los pasajeros seguían en su sueño permanente.

Elisa detuvo un momento su pensamiento: ¿Y el anciano que había hablado con ella? Era el único que podía escucharla. Tenía que intentar hablar con él. Había caído en la cuenta de cómo, un hombre, del que no le sonaba la cara, preguntaba por su hija y su nieto. Nombres que no aparecían en la lista de pasajeros. La verdad es que tantas cosas increíbles estaban sucediendo dentro de ese avión que no le había dado mayor importancia ni se había percatado de ello hasta que se había visto sola, desamparada.

Recorrió el pasillo y casi al final, justo delante de dos jóvenes que llevaban unos cascos de música en las orejas y aún permanecían con los ojos cerrados y sin moverse, encontró al anciano sentado al lado de una mujer muy bien vestida. Estaba mirando por la ventanilla. El reflejo de su cara podía delatar seriedad y tristeza devorándole por dentro. La profundidad de sus ojos vagaba en la inopia. Pudo comprobar que justo los dos asientos de detrás estaban vacíos.

- Oiga –dijo Elisa para llamar la atención del anciano-. ¿Me puede decir que asientos tenían su hija y su nieto?
- Sí, estaban aquí, detrás de mí. Me he debido quedar dormido y al despertar ya no he podido saber nada de ellos. Los he buscado por todo el avión. Han desaparecido.
- Bueno, no se preocupe. Alguna explicación habrá.
- Por lo menos sé que no soy el único al que le ha pasado.
- ¿Cómo dice?
- Hay otra mujer que no encuentra a su marido.

De repente Elisa pudo ver que, en varios asientos que anteriormente estaban vacíos, había personas que antes no había visto. O no se había fijado bien en ellas o estaba tan preocupada por lo que estaba pasando que no había puesto interés en saber cuáles de los asientos estaban libres. En conjunto pudo comprobar que había más pasajeros de los que habían subido al avión. Lo que

estaba pasando allí era digno de un guion de película de ciencia ficción.

De repente, es como si la mente se le hubiera abierto o despejado. Arcadio apareció andando por el pasillo con más gente detrás.

- ¿Arcadio? –se sorprendió Elisa e intentaba comprender.
- Sí, Elisa soy yo y Julia...
- ¿Quéééé? –dijo muy impresionada, asustada y temblándole de forma exagerada todo su cuerpo-. ¡Julia está muerta!

Al ver aparecer a Julia, un mareo le inundó por completo cayéndose de bruces al suelo.

- Ya le explicaremos cuando se recupere –dijo Arcadio a los que estaban con él.
- ¿Y usted? –se dirigió Julia al anciano.
- He perdido a mi familia. Mi hija y mi nieto no aparecen.
- Ni van a aparecer –dijo Julián cargado de razón.

El anciano puso cara de no entender nada.

- ¿Me pueden decir qué diablos está pasando aquí? –quedó sorprendido el hombre.

Las cuatro personas que había en la misma situación del anciano, a las cuales ahora veían, se interesaron por lo que les iban a contar los que acababan de llegar. Estaban todos en la misma dimensión pasajera.

Arcadio, como era el comandante del vuelo y ya sabía de qué iba el asunto, se armó de valor y comenzó a contar:

- Lo primero de todo, no os asustéis por lo que os voy a decir, pero estamos en trance.
- ¿Cómo en trance? –preguntó alterada una mujer interesada-. ¡Pensaba que estábamos en un avión!

- En trance de la vida hacia la muerte. Estamos en otra dimensión paralela a la de los vivos.
- Sí, hombre, ¡que tonterías tiene! O sea, ¿nos está diciendo que somos una especie de zombis? –cuestionó el anciano sin creerse lo que allí estaba ocurriendo.
- Más o menos. Yo más bien diría que somos una especie de espíritus. Estamos pasando de la vida a la muerte. En transición. No hemos muerto en paz y nuestro destino es vagar eternamente aquí si no hacemos nada para remediarlo. Por eso ustedes no encuentran a sus familiares y siguen aquí capturados en el tiempo.
- Entonces… ellos… ¿Nos está diciendo que ya han muerto?
- Puede ser que hayan muerto o que estén vivos, pero fuera de este avión. Si estuvieran vivos en este avión podrían verlos, aunque no podrían hablarles ni interactuar con ellos porque ni les verían y si estuvieran muertos ahora mismo estarían aquí, escuchándome.
- ¿Y a nosotros que nos ha pasado?
- Puede ser que el avión en el que viajaron se estrellase o pudieron tener otro tipo de muerte, ahora eso sí, dentro de un avión que es donde estamos. En este avión ha habido muertes por infarto –dijo el comandante intentando que creyeran lo que les estaba diciendo, aunque era muy complicado.

Miró a Julián con cara de saber más, pero se calló. No tenían por qué saber que había gente que se había hasta suicidado y cosas peores.

- Entonces ¿Por qué nos hemos reunido todos aquí? –interrogó el anciano.
- Este avión se ha parado en el tiempo, haciendo coincidir las dos dimensiones. Por eso, si miran sus relojes verán que las agujas no se mueven. El tiempo se ha esfumado. Aquí, en

esta dimensión, no existe –agregó Julián viendo las caras de incredulidad de todos.

- ¿Nos estáis tomando el pelo? ¡Eso no es posible! Debo de estar soñando –dijo otro, reacio a entender.
- Los que estamos en transición vivimos en el tiempo de los vivos, pero el paso del tiempo en esta dimensión se ha parado –explicó Arcadio con la sensación de que, por más que dijera, no le iban a entender.
- Claro. El tiempo es un parámetro del mundo de los vivos. Para las personas que mueren, el tiempo no cuenta. No siguen cumpliendo años. Nosotros estamos en el límite, pero el final es la muerte. Los muertos se quedan como si dijésemos estancados en el día y hora en la que fallecieron. Eso todos los sabemos –siguió Julián apoyando la explicación del comandante intentando hacerles ver su realidad.

Entonces miraron todos sus relojes. Las agujas estaban paradas y cada uno marcaba una hora diferente.

- ¿Y la azafata que se ha desmayado, también está muerta? –cortó una mujer la explicación.
- No. Es la única que se supone, nos puede ayudar –dijo Julián convencido de que así fuera-. No sé cómo, pero ella sí puede vernos y hablar con nosotros. Tiene una capacidad extraordinaria o superior de ver cosas que pasan en otra dimensión distinta a la de los vivos, nuestra dimensión paralela. Lo más seguro es que ni ella lo sepa.

Una mujer se quedó pensativa mirando al resto de pasajeros.

- ¿Y qué pasa con ellos? ¿En qué nivel están?
- Tampoco lo sabemos todavía –terminó Julia, cómplice de sus teorías.

CUARTA PARTE

Enero de 1995...

La música resonaba estrepitosamente fuerte en toda la habitación. Las paredes y los cristales de las ventanas retumbaban como unos altavoces. En su escritorio más de diez revistas apiladas resaltando un único tema: "El paso de la vida a la muerte".

Su obsesión por saber más le estaba volviendo loco. Siempre se había hablado del paso de la vida a la muerte, pero ¿y de la muerte a la vida? Debería existir alguna forma de conocer qué es lo que hay más allá. Parecía mentira que en estos tiempos que corren no se supiera con más intensidad y más seguridad lo que de verdad se sentía al conectar con la muerte. Últimamente, llamaban mucho la atención los programas de la televisión en los que la gente del público podía tener contacto con algún fallecido de su familia mediante una médium. Se trataba de comunicarse con ellos para decirles lo que en vida no pudieron y dejaron escapar o para saber si les quedaban cosas pendientes por hacer.

Según decían en casi todas las revistas, las personas que habían estado a punto de atravesar el umbral que separa la vida de la muerte veían una luz que luego todos describían de la misma manera: un túnel cuyo fondo brillaba de una manera indescriptible y tentaba a llegar al final. Todos se atrevían a decir lo mismo, se daban la vuelta y regresaban a la vida. Podían ser experiencias cercanas a la muerte.

Volvían a la vida, sí, pero ahí se quedaba la cosa. No llegaban a estar muertos. Lo interesante sería estar muerto y saber cómo se puede volver atrás. Si existe alguna forma de regresar. Era una experiencia aterradora, pero a la vez increíble y objeto de estudio. Nadie se había planteado nunca atravesar esa barrera. Hacer un experimento en el que se implique alguien y describa con todo detalle sus procesos, sus sensaciones, etc. Aunque su vida corriera peligro. ¿Pero quién estaría dispuesto a pagar un precio tan elevado? Él desde luego que no. Pero tenía mucho dinero que ofrecer a quien lo hiciera.

Tenía una pizarra blanca grande de las que se escribe con un rotulador colgada en una de las paredes. Prácticamente forraba la

pared. Le gustaba tener sitio para hacer sus anotaciones personales. Desde que empezó con la lectura de esas revistas y empapándose de todos y cada uno de los documentales que hablaban de lo mismo, había intentado comprender y asimilar un tema que para cualquier persona era muy complicado. La curiosidad le estaba comiendo por dentro. Tenía que ser capaz de averiguar...

La pizarra tenía múltiples apuntes escritos en rojo con flechas en todas direcciones y signos ideados por él. Un esquema que había ido haciendo poco a poco al intentar estudiar el tema a fondo. No quería perderse en un tema tan increíblemente misterioso y amplio, aunque comprendía que podía terminar en un callejón sin salida.

Enrique era un hombre multimillonario. Había recibido una herencia tan grande como para hacerle un vacío al trabajo. Al no tener mujer ni hijos, se dedicaba expresamente a lo que más le gustaba, leer libros y documentarse sobre lo que en ese momento le causaba impresión y le motivaba. Le interesaban temas oscuros y difíciles de descifrar y sobre todo cuestiones para las que todavía no había una respuesta convincente.

Se creía una persona con la capacidad suficiente como para investigar y dejar claras cuestiones que desde tiempos remotos nadie había sacado a flote.

Hoy tenía una cita con una mujer que decía que podía hablar con los muertos. Vería de lo que era capaz esa mujer de ofrecerle. Él siempre había pensado que si existiera vida después de la muerte qué vida sería más maravillosa que los muertos no quieren volver por nada del mundo a su vida anterior. Lo más fácil sería creer que cuando una persona se muere, ya se ha acabado todo. Pero él estaba seguro de que algo habría detrás. Algo que hiciera que estos no pudieran o quisieran regresar para contarlo. La reencarnación era una de las muchas teorías en las que se había estado documentando.

Si fuera el primer hombre en descubrir lo que hay después de la vida y si pudiera hacer algo al respecto para que los muertos

volviesen a contar su experiencia, sería lo mejor que hubiese hecho en su vida. Le habría dado sentido.

Eran las cuatro menos diez, caminaba con parsimonia hacia la casa de la médium, una casa humilde, pero acogedora. De vez en cuando recibía la visita de alguien que había perdido a un ser querido y mediante su voz y el contacto cercano que ella mantenía con los muertos les proporcionaba a sus clientes la manera de poder sentirse mejor. Imaginaban que hablando con ella podían transmitir a la persona fallecida sus pensamientos y quitarse de encima la angustia de no tenerla ya a su lado.

La puerta de la casa estaba abierta. Unas cortinas muy tupidas proporcionaban intimidad suficiente a la habitación no dejando pasar ni un atisbo de la luz del sol. Al descorrerlas, una voz salió desde dentro:

- ¡Buenas tardes! –voceó la mujer desde el fondo de la estancia-. Pase, pase y siéntese aquí –dijo señalándole una silla situada al lado de la pequeña mesa camilla desde donde estaba esperándolo-. Bienvenido a mi mundo, el mundo de Crisárida.
- Buenas tardes –dijo Enrique, algo tímido y retraído al entrar en casa ajena.
- ¿Qué es lo que desea? ¿Hablar con algún familiar?
- No. Estoy haciendo un estudio sobre las personas que han muerto.
- ¿Y qué es lo que necesita saber?
- Pues, aunque parezca absurdo, quiero contactar con algunos de ellos para que me contesten unas preguntas.
- Ya, pero este mundo es muy extenso. Necesito saber con quién quiere conectar.
- Pues con algún espíritu. Alguien que me diga lo que quiero saber. Me da lo mismo quien sea porque tengo que hablar

con varios. Estoy buscando opiniones para investigar cómo se encuentran en *"su mundo".*

- ¿Tiene constancia de que así sin más, sin decirme exactamente a quién tengo que invocar, esto puede ser tremendamente peligroso?
- Sí, ya me he informado, pero es un riesgo que tengo que correr y usted también, si quiere –dijo a la mujer sacándose del bolsillo del pantalón un fajo de billetes-. Espero que quiera ayudarme.
- Bueno, pues esperemos que no nos salga ningún espíritu maligno. Porque sabe que hay espíritus buenos y malos, ¿no? –dijo la mujer preparando un incienso para ahuyentar a los malos espíritus de antemano.
- Sí. Pero usted ya tendrá cuidado de eso. Ha contactado muchas veces con ellos y sabe lo que hay que hacer para que los malignos se vayan y no entorpezcan mi estudio.
- Lo intentaré, pero no puedo asegurarle nada. Es impredecible lo que puede llegar a suceder.

La médium cogió el incienso perfumado y lo paseó por toda la estancia. Enrique se dio cuenta que sobre todo lo pasaba por los bordes de las ventanas, de las puertas y en los objetos que brillaban. Cerró la puerta principal echando el cerrojo y dejando las cortinas dentro. Los espejos los había tapado con unas telas oscuras. Los marcos de las fotografías los había puesto bocabajo en las estanterías y se había quitado las joyas que llevaba metiéndolas en un cajón.

Puso en la mesa una tabla de madera con las letras del abecedario dibujadas y en el centro una especie de estrella con un pico más pronunciado que los demás. A los lados se podía leer una "S" y una "N". También se podían ver abajo pintados los números del 0 al 9.

Seguidamente cogió las manos del visitante y las puso encima de la estrella con las suyas encima. Empezó a decir una retahíla de

frases que Enrique no entendía pero que eran la puerta de entrada a lo que debía venir.

- ¿Quién anda ahí? –preguntó la mujer con los ojos cerrados y con sus manos cogidas a las de él puestas encima de la estrella.

Enrique no pudo dejar de mirar el tablero. Esperaba de un momento a otro que la estrella se moviera.

Al cabo de un tiempo prudencial, notó como ésta se desplazaba muy poco a poco yendo de una letra a otra. Quedó asombrado al notar la estrella desplazarse como si tuviese vida propia. La médium iba diciendo cada letra según la estrella se iba posando.

"T – a – m – i – r – a"

- ¿Te llamas TAMIRA?

La estrella cogió velocidad y llegó a la letra "S" del lateral del tablero.

Entonces la mujer se quedó mirando a Enrique.

- Ahora, pregunta lo que quieras saber –murmuró mirando fijamente a los ojos del interesado.
- ¿Cuál fue la causa de tu muerte? –preguntó Enrique al aire impaciente por saber.

La estrella se movió bruscamente a las letras: e-s-t-r-a-n-g-u-l-a-d-a.

- ¿Qué es lo que te pasó? –siguió preguntando.

La estrella se desplazó con una velocidad increíble deletreando V-U-E-L-O y después pegó un salto a los números parándose en 2-1-2-2.

Después, empezó a girar muy rápida sobre sí misma, con tanta fuerza que salió disparada del tablero.

- ¡Vaya! –dijo la médium-. Parece que hemos encontrado a un espíritu algo enfadado.

Enrique empezó a ponerse un poco nervioso con lo que acababa de ver, pero no le iba a quitar las ganas de saber algo más sobre el asunto.

La mujer se levantó a recoger la estrella que finalmente se había hincado en el cajón de un mueble que tenía fijado a la pared. Volvió a poner la estrella en el centro con las manos encima de ella y continuó preguntando:

- ¿Hay alguien ahí? ¿Tamira?

Seguidamente la estrella dio dos vueltas sobre sí misma y se encaminó a la "S".

- Bueno… ya veo que continúas aquí, con nosotros –siguió la mujer con los dedos encima de la estrella-. ¿Quieres decirnos algo importante?

Volvió a ponerse encima de la "S".

- Pregúntale tú lo que te apetezca saber –le volvió a insistir otra vez a Enrique, que estaba intentando pensar en alguna pregunta que mereciera la pena.
- ¿Cómo moriste?

La estrella se desplazó como un cohete a las letras a-s-e-s-i-n-a-d-a.

- ¿Quién te mató?

La estrella se volvió a desplazar, pero esta vez les costaba asimilar el orden de todas las letras.

E-L-I-T-E-S-T-A-R-S

Enrique cogió una libreta que tenía en el bolsillo y apuntó el nombre del espíritu y lo que les había contado. Le parecía interesante lo que les estaba diciendo.

El hombre siguió con su particular interrogatorio:

- Eres una mujer, ¿verdad?

La estrella se fue directa a la "S".

- ¿Qué es lo que pasó?

v-u-e-l-o-2-1-2-2, v-u-e-l-o-2-1-2-2...

El espíritu de Tamira no hacía más que repetir lo mismo varias veces. De pronto la estrella se paró. Pasaron unos segundos y aunque la médium preguntaba, ésta se mantenía en el centro inmóvil. La conexión con el espíritu se había esfumado.

- Bueno, pues creo que hemos terminado por hoy –acabó la mujer apartando el tablero bruscamente y poniendo la mano para que el hombre depositara el dinero de la sesión.
- La verdad es que se me ha hecho corto –dijo desilusionado Enrique esperando más de lo mismo.
- Lo siento, pero ahora tengo a otro cliente que atender. Si me disculpa...

Se levantó de su silla arrastrándola por el suelo dando la sensación de que el hombre ya sobraba allí y tenía que irse.

Enrique le pagó y salió con la necesidad de conocer algo más, había sido intenso pero muy breve. Algo importante le había dicho aquél espíritu que no le había dejado indiferente.

Llegó a su cuarto y encendió su pequeño ordenador portátil. ¿Qué le habría querido decir con esas letras? En el buscador escribió "Elite Stars". Además de otras cosas, en casi todas las páginas aparecía la imagen de unos aviones y se informaba sobre asuntos generales de una compañía llamada Elite Stars: número de trabajadores, horarios de vuelos, precios, viajes programados, recorridos, etc.

Una especie de calambre le recorrió todo el cuerpo. La compañía que le había deletreado, quien quiera que fuese ese espíritu, de verdad existía. Parecía increíble, pero estaba hablando con alguien

que había subido a un avión de esa compañía y estaba contactando con él. De pronto una pregunta inundó su cabeza: ¿Por qué había dicho que había sido asesinada? ¿Qué querría decir con eso? Después de pensar un largo rato creyó que lo lógico sería seguir conectando con ese espíritu para saber más. En las páginas de búsqueda no ponía nada relevante y se había quedado con la duda.

Cogió el teléfono y llamó a la médium para concertar otra cita. No podía dejar estancado algo que siempre le había tenido en ascuas y por sí solo ya se había puesto en marcha.

Al día siguiente volvió a la casa de la mujer. Esta vez, la médium tenía ya todo preparado y olía a incienso nada más pasar a la estancia. Crisárida le dio la bienvenida y le invitó a sentarse como el día anterior. El tablero con la estrella situada en el círculo pintado de azul en el centro esperaba el comienzo de la próxima sesión.

Después de hablar frases de las que Enrique no conocía su significado, la mujer cogió las manos del hombre y las acercó al tablero. Las colocó sobre la estrella poniendo sus manos encima mientras decía con voz pausada:

- ¿Hay alguien ahí?

Un silencio invadió la habitación. Repitió:

- ¿Hay alguien ahí? ¿Tamira eres tú?

Nada.

- Bueno, parece que hoy no tienen ganas de hablar –comentó la mujer pensando en que había terminado su trabajo hasta el día siguiente.

Enrique desilusionado, pensó en quitar las manos de la estrella, cuando ésta se movió y se desplazó de unas letras y otras sin fuste. Los dos quedaron mirándose diciendo en voz alta el orden de las letras, pero no comprendían en absoluto la secuencia.

- Este debe ser uno de los graciosillos –explicó Crisalida mirando a los ojos de Enrique mientras se encogía de hombros-. También hay espíritus que se ríen de los vivos.

Esperaron a que la estrella se detuviera y la médium preguntó de nuevo:

- ¿Hay alguien ahí?

De repente, las velas que tenía encendidas por la habitación movieron su llama como si alguien les estuviera soplando a todas al mismo tiempo para intentar apagarlas.

- ¿Quién quiere decirnos algo?

Crisárida al tocar la estrella nuevamente, se quedó pálida con los ojos muy abiertos, parecía que se le iban a salir de las cuencas y una fuerte sacudida se adueñó de su cuerpo moviéndolo de una manera exagerada, impulsiva y un tanto agresiva. La sensación desde fuera era como si alguien invisible le estuviera dando una enorme paliza.

Enrique se acordó de las películas cuando un espíritu se metía en el cuerpo de alguien. Era la misma imagen que acababa de presenciar. *Seguramente la médium estaba haciendo teatro*, pensó. Era una forma de llamar la atención a sus clientes. Él no creía que los espíritus se pudieran apoderar de una persona manejándola a su antojo. Pensaba que era una forma de hacer ver a la gente que algo tan difícil de entender, como lo de hablar con las personas ya fallecidas, podía hacerse realidad y era una forma de demostrarlo. En cambio, sí creía en la ouija porque había leído mucho sobre ello.

Con los ojos como platos traspasando la frontera de los ojos de Enrique, mirando más allá de sus pupilas, la médium se levantó de su asiento y sacó un dedo apuntando al pecho del hombre con brusquedad y rabia.

Una voz ronca, fuerte y masculina salió del cuerpo de la mujer. El espíritu de un hombre se había metido dentro de ella.

- ¡Sácanos de aquí!

Su voz era distinta al timbre de voz de una persona viva. Costaba entender la frase, pero Enrique estaba acostumbrado a oír psicofonías.

- ¿Quiénes sois? –preguntó realmente asustado y con el corazón en vilo al oírlo.
- ¡Ayuda!
- ¿Con quién estoy hablando?
- Atrapados... –gritó la voz perdiéndose al final el sonido.

Esa voz inesperada se desvaneció dejando a la mujer libre por fin. Crisárida abrió los ojos sin acordarse de nada de lo que había pasado. Vio los ojos del hombre presos de pánico como si se hubiese topado cara a cara con el espíritu, como si fuera partícipe de una horrible pesadilla o hubiera visto al mismísimo diablo.

- ¿Qué ha pasado? –preguntó.
- Algún espíritu quiere que le ayude y se ha apoderado de su cuerpo. Me ha parecido un hombre.

De pronto otra gran sacudida producida otra vez por el mismo espíritu acabó con la médium tirada en el suelo, dejando a Enrique angustiado por encontrarse en esa tesitura sin saber qué hacer ni cómo reaccionar ante él.

- ¡Dime quiénes sois! –se limitó a decir.
- Pasajeros vuelo 2122 –dijo esta vez alto y claro entendiendo la frase perfectamente.

A Enrique le empezaron a temblar las manos y un tic nervioso apareció en uno de sus ojos. Le parecía imposible lo que estaba oyendo. Estaba comunicándose con los pasajeros, se suponía, de un avión.

- ¿Quién eres tú? ¡Dime tu nombre!
- ¡Sácanos de aquí! ¡Sácanos de aquí! ¡Sácanos de aquí!

El espíritu se empezó a enfadar. Al mismo tiempo, salieron despedidos de la mesa el tablero y la estrella. La cortina de la puerta

se descolgó cayendo la barra de golpe al suelo, desperdigando las anillas que rodaban y rodaban como si una fuerza les impulsara a hacerlo y las velas parecían misiles recorriendo la habitación llegando a clavarse todas al final en un cuadro colgado en una pared destrozándolo por completo. Unas figuritas y adornos que presidían las estanterías se partieron por la mitad abriéndose en canal de arriba abajo.

El ruido ensordecedor hizo que la mujer volviera en sí. Al abrir los ojos casi muere de un infarto. Por culpa de aquél hombre tenía la habitación como si hubiera pasado un huracán destruyéndolo todo, estaba hecha un verdadero desastre. Nunca le había llegado a ocurrir de esa forma tan brutal lo que le había pasado con ese hombre. Se levantó del suelo y le dijo a Enrique que lo sentía mucho pero que no podía seguir con la sesión de espiritismo.

- Esto no es un juego –le dijo enfadada.

Habían ido demasiado lejos. Encendió un incienso que tenía guardado para los casos extremos, casos que se le podían ir de las manos. Con él ahuyentaba de forma radical las malas vibraciones y los espíritus en general. Era una forma de limpiar y purificar la casa.

Enrique se encaminó hacia su casa, cavilando y dándole el corazón pequeños latigazos. Esas personas, no sabía cuántas podían ser, estaban desaparecidas y atrapadas en no se sabía dónde. Alguna dimensión desconocida, incomprensible e inaccesible para los vivos.

Ya en su casa, tumbado en la cama, cerró los ojos recordando esa voz espeluznante, desesperada y se quedó dormido...

...Ahora estaba dentro de un avión. En el interior se podían contemplar bastantes personas muertas. El horror se respiraba bajo

el humo y se reflejaba en los ojos impresionados, todavía abiertos, de algunos de los pasajeros. El momento del impacto se sentía y había quedado grabado en sus cuerpos y pupilas para siempre. Algunos yacían atados en los sillones y otros en el suelo. Pudo ver el rostro de personas quemadas, descompuestas, miembros amputados... Aún se podía oler a telas, plástico y carne calcinada. Una luz potente iluminaba el desastre llegándole a provocar náuseas hasta dormido.

Al día siguiente, Enrique volvió a casa de la mujer. Le ofreció más dinero para seguir un poco más. Se había quedado a medias de conocer qué es lo que realmente pasó en aquél vuelo. Al darle un buen fajo de billetes, la médium al final accedió. No tardó mucho en convencerla enseñándole la recompensa.

En la habitación tenía puestas velas en los mismos sitios desde donde salieron el día anterior despedidas y las encendió una por una con un aire condescendiente. Parecía que allí nunca hubiera pasado nada.

Tomaron asiento y Crisárida comenzó con su ritual de siempre para invocar a los espíritus. Como era de rigor, cogió las manos del hombre y las puso encima de la estrella del centro y dijo:

- ¿Hay alguien ahí? Esperamos una señal.

La respiración pausada de la mujer se intuía, haciendo la sesión más interesante.

Enrique hizo una vista rápida por toda la estancia, expectante de que algo pasara, pero allí nada se movía. La mujer lo intentó otra vez:

- ¿Algún espíritu que nos honre con su presencia?

Un silencio sepulcral por respuesta invadió la sala haciendo todo más ceremonioso.

Al cabo de unos segundos Enrique quitó sus manos de la estrella. Le estaba empezando a quemar, poniéndose en poco tiempo al rojo vivo.

Enrique notó que una fuerza inhumana y sobrenatural se apoderaba de su ser. Un espíritu se hizo con su cuerpo de forma abrupta. Sintió y observó cómo sus extremidades se desplazaban moviéndose sin su control. Era un simple muñeco de trapo dejándose hacer.

Luego, un sueño profundo e intenso le dejó inconsciente y fuera de sí...

Estaba en una sala, parecía la parte delantera de un avión. La cabina de pilotaje. Su cuerpo yacía en el suelo. Se levantó y pudo ver el amplio cuadro de mandos. En un asiento, restos de sangre seca teñían de rojo el azul de la tela que lo cubría. Se giró y contempló que se encontraba solo. La puerta estaba cerrada. No pudo esperar para inspeccionar realmente dónde se había filtrado su cuerpo. Notó como si flotara en el aire. La sensación era muy agradable, de relajación permanente. No le costaba nada moverse. Según había leído, así se deberían sentir los espectros, si es que llegaban a sentir algo. Al abrir la puerta, vio pasajeros sentados en sus asientos, dormidos. Muchas veces se había visto implicado en pesadillas desagradables que en el momento de estar ocurriendo sabía que lo que estaba viviendo no se correspondía con la realidad, pero ahora no estaba seguro de que así fuera. Pudo ver a un hombre que se había desangrado posiblemente por haberse cortado las venas. La sangre había estado escurriendo de los reposa brazos del sillón dibujando en el suelo una gran mancha roja. Vio a una mujer tirada en el suelo con un frasco de pastillas en la mano.

Un hombre apareció en el umbral de una puerta. Comprendió que no estaba solo. Se acercó a él. Lo había visto.

- ¿Antonio? –preguntó el hombre con aspecto de estar muy cabreado.
- ¿Cómo? –contestó Enrique, paralizado por no saber ni comprender dónde estaba.
- ¿De qué vas tío? ¿Has perdido la cabeza?
- Perdone, pero no sé de qué me está hablando.
- ¿Ahora te haces el amnésico? ¿Después de lo que me has hecho?
- Disculpe, pero yo a usted no lo conozco.
- Ja, ja, ja. ¿Ahora me vienes con estas? Menos mal que no te has salido con la tuya y eres uno de los nuestros. ¿Sabes? ¡ESTAS MUERTO!

Enrique empezó a decirse a sí mismo *"Despierta. Esto es una horrible pesadilla"*, pero seguía allí, viendo a ese hombre malhumorado, muy muy cabreado.

Al ver que no despertaba, continuó diciendo:

- ¿Quién es Antonio? Yo me llamo Enrique Medina.
- Tu eres Antonio Arquerón y yo Arcadio Reja. ¿Es que se te ha ido la cabeza?
- Creo que usted se está confundiendo de persona. Estoy metido en un mundo que no es el mío y no lo puedo entender.

A Arcadio le cambió la cara. Llegó a comprender y cogiéndolo del brazo lo llevó al espejo del cuarto de baño. La sorpresa de Enrique fue mayúscula cuando vio en el reflejo del cristal a otra persona que no era él. Enrique se había metido en otro cuerpo que no era el suyo. Por no saber, no sabía ni cómo había llegado allí.

Arcadio entonces le empezó a contar toda la historia. Enrique comprendió que Antonio era el que había salido por la ouija, había contactado con él y lo había hecho preso en su cuerpo para cobrar

vida, aunque fuera otra persona la que poseyera lo que quedaba de él.

- No tenías por qué haberte inmiscuido tanto en algo tan delicado y que no tiene lugar en el raciocinio de las personas corrientes. Estás jugando con fuego en un sitio que ya está en llamas –le reprendió Arcadio a Enrique mientras la angustia de querer volver hacia atrás y olvidarlo todo le removía por dentro.

Y su cuerpo entonces, ¿dónde estaba? Se habría quedado en casa de la médium. Ahora se encontraba en otra dimensión, con el cuerpo y la imagen de otro hombre, pero era su conciencia la que hablaba, no había cambiado.

Tenía que volver a su cuerpo, pero no sabía cómo. Los que estaban allí, según le había comentado Arcadio ya estaban muertos, menos los pasajeros que seguían dormidos en el tiempo. Ellos se habían quedado congelados y por ahora no sabía si tenían alguna posibilidad de volver en sí.

Enrique le contó que, desde hacía tiempo estaba interesado en el tema del paso de la vida a la muerte, que le gustaba investigar para esclarecer dudas y que una médium le estaba ayudando a estudiar y a comprender algo que se aun nos escapa de las manos.

Arcadio le explicó que estaban atrapados en el tiempo y en el espacio y que no podían hacer nada para salir de allí. Ya se habían habituado a estar así. Muertos en vida vagando en la eternidad. Él aún podía volver, porque su cuerpo se había quedado en la tierra. De lo que no tenía ni idea era la forma de hacerlo. Si supiera la médium lo que pasaba podía invocar a Antonio otra vez para salir de allí. Volver a la habitación donde había empezado todo. Pero eso parecía imposible.

Enrique cayó en la cuenta de que, a lo mejor, podía ayudar a los espíritus que quedaban en el límite, entre la vida y la muerte. Por lo menos, a morir en paz y dejar ese avión para siempre. Por descontado que, si salía de ésta, nadie iba a creer nada de lo que le

había pasado. Le tomarían por loco y lo ingresarían en un psiquiátrico. Lo guardaría para él. Guardaría como un tesoro esa experiencia increíble e inolvidable para el resto de sus días. ¿Quién o quiénes se iban a creer que había estado dentro de un avión que se supone vagaba eternamente sin estar su cuerpo físicamente allí? Seguramente pensarían que al interesarle tantísimo los temas oscuros y macabros lo habría soñado o se habría montado en su cabeza una película de las que hacen historia debido a sus raras aficiones y ¿todo para qué?, para ganar pasta…

Una mujer con un disparo en la frente apareció de improviso con el rostro desencajado al contemplarle.

- No es Antonio –saltó Arcadio comprendiendo el gesto descompuesto de su cara.
- Estoy viendo al que te asesinó y no me digas que no, ¡no estoy loca! –chilló Julia a una distancia considerable por temor e incredulidad a lo que estaba diciendo el comandante.
- Ya, pero un hombre llamado Enrique está metido en el cuerpo de nuestro compañero. Ya sé que es difícil de comprender, pero ha estado haciendo espiritismo y Antonio, no sé cómo, ha accedido a él. Enrique ahora está en su cuerpo. ¡Nos tienes que creer! –comentó Arcadio con la esperanza de que a él no lo tomara por loco.
- Ahora sí que no entiendo ni palabra te lo juro –dijo extenuada la azafata.

Arcadio le volvió a explicar detalladamente lo que había sucedido y Julia, al fin, pareció convencerse, aunque le costó un poco.

Los tres pensaron en cómo salir de allí, abandonar esa dimensión. Antonio era el único que había tenido acceso al mundo de los vivos. Sabía cómo traspasar la frontera para llegar a conectar con alguien

que hiciese espiritismo, como la médium a la que pagaba Enrique por sus sesiones.

Enrique debía volver a su cuerpo e intentar que la mujer, de alguna manera, invocara a todos los pasajeros de ese avión para hacerlos por fin transcender en paz y descansar. No sabía cómo, pero seguro que ella con sus poderes podría, por lo menos, intentarlo.

Todo estaba perdido. Ya sabían que volver al mundo de los vivos cuando se estaba en ese nivel un tiempo no se podía. Aún no se sabía ningún caso de una persona muerta que volviese a la vida. Las teorías de Enrique habían dado al traste y le habían provocado desilusión, pero, al mismo tiempo, le habían dado fuerzas para acabar con la tortura de esas víctimas inocentes.

Ahora Enrique se sentía de la misma forma que se debía sentir una persona que hubiese viajado en el tiempo. Estaba en un avión atrapado y tenía que hacer por volver a su realidad, a su verdad, a su tiempo.

Julián apareció con la niña cogida de la mano. Había estado escuchándolo todo. En la cara una sonrisa reflejaba su alegría por saber que, con un poco de suerte, no estaba todo perdido.

Enrique se acordó del espíritu que había salido por primera vez. Se hacía llamar Tamira y decía que había sido asesinada. Preguntó a Arcadio por ella.

- ¿Hay alguien aquí que se llame Tamira?
- No, que yo sepa. De la tripulación, no. De los pasajeros se lo tiene que preguntar a Julia.
- Haciendo ouija salió alguien de este avión llamado así. Dijo que era el espíritu de una mujer.
- Pues no tengo ni la más remota idea –dijo Arcadio pensativo.
- Lo que más me llamó la atención es cuando le pregunté cómo murió y me dijo que asesinada.

- Aquí, en realidad, todos hemos sido asesinados –dijo Arcadio-. Nos han quitado la vida y me encantaría descubrir por lo menos cómo. ¿CÓMO ES POSIBLE QUE SUCEDAN ESTAS COSAS? Gente que desaparece así sin más y que nadie después se preocupe por ello. Doy gracias de tenerte aquí y de haberte implicado por curiosidad en un tema tan escalofriante y del que la gente sale huyendo.

Julia no pudo dejar de oír la charla que estaban manteniendo y de pronto se metió en la conversación.

- ¿Cómo dices que se llamaba el espíritu?
- Tamira o algo así –contestó Enrique.
- Sí hombre, sí. Tamira es el nombre que usaba Carmina en sus correos y sus cuentas por Internet. Era su alias. Un día me lo comentó cuando tomábamos café –respondió Julia a la pregunta formulada anteriormente al comandante-. Lo que no entiendo es lo de asesinada. Aquí desapareció. Estaba en shock cuando me disparó y después no hemos sabido más de ella.
- Pues, por lo que deduzco, ha sido asesinada y quiere que la encontremos –pensó en alto Enrique corroborando lo que les estaba diciendo a Arcadio y a Julia.
- Su cuerpo tiene que estar en este avión. De eso no hay duda, pero ¿dónde? –dijo Julia echando un vistazo rápido al interior del avión.
- ¿Y quién la habrá matado? –se preguntó Arcadio interesado-. Aquí han estado ocurriendo cosas de las cuáles no sabemos ni la mitad. Pero lo que yo me pregunto es, ¿con qué finalidad? ¿Qué es lo que pretende no sabemos quién?

Los tres se quedaron mirando fijamente con caras de no entender todavía gran cosa. Estaban metidos en una bola de nieve que al rodar se hacía cada vez más y más grande.

Arcadio y Julia se dirigieron a la sala privada, último sitio que les faltaba por mirar. Vieron el cadáver del hombre que había muerto de un infarto después de haber padecido un ataque de tos. El otro, muerto por asfixia no estaba allí. En su lugar, Carmina yacía en el suelo con una nota en la mano fuertemente cogida. Julia abrió la mano de su compañera y vio unas letras escritas en rojo. Las leyó:

Únicamente ponía: TAPADERA. Un tubo vacío y abierto quedaba al otro lado de su cuerpo.

A Julia se le empezaron a poner los vellos de punta mientras entregaba la nota al comandante. Por lo que podían deducir, Carmina había muerto estrangulada. Unos dedos se le habían quedado plasmados en su delicada piel y tenía la cara morada. Lo que no sabían era por quién, ni por qué. Seguramente alguien se había apoderado también de su cuerpo y se había hecho cargo de ella. Posiblemente se había estrangulado con sus propias manos después de haber escrito esa nota no siendo dueña ya de su cuerpo. Pero algo dentro de ella, una fuerza sacada en el último momento, les había avisado de algo importante.

Elisa despertó de su letargo. Parece ser que se había quedado dormida y había tenido un sueño espantoso. Estaba en su vuelo del día y los pasajeros se quedaban quietos, sin poder reaccionar en sus asientos. De repente cosas desagradables sucedían unas detrás de otras, incluso compañeros suyos se asesinaban, se suicidaban o les cambiaba el carácter como si no fuesen ellos mismos, llegando a hacer cosas increíbles.

Se acordó de un día en el que pilló a su hermana con unas amigas haciendo espiritismo en su habitación. Desde entonces, no sabía por qué, pero había llegado a hablar con gente ya fallecida. Había veces que no podía distinguir a las personas vivas de las muertas. Ella las veía igual. Eran personas que normalmente se le quedaban mirado paradas como si se dieran cuenta de su existencia. Luego se había informado que se quedaban estancadas y no llegaban a descansar nunca por no haber podido pasar la puerta que les llevaría hacia el

otro lado, hacia el más allá. Normalmente eran almas perdidas, confundidas, sin saber hacia dónde ir. Se necesitaba de alguien que les guiara hacia la luz, una fuerza sobrenatural para que después de vagar un tiempo, murieran de una forma definitiva y en paz.

Un accidente de avión se llevó por delante a su hermana pocos años después. Le había hablado tanto de que quería ser azafata de avión que ella también quería serlo algún día. Siempre había tenido envidia a su hermana mayor. Elisa no tenía una personalidad definida y le gustaba todo lo de los demás. Todos eran mejor que ella en todos los aspectos, aunque algo en su interior defendiera su cuerpo y su actitud. Había algo en lucha constante dentro de ella, algo que le impulsaba al poder. Al terminar los estudios, su hermana se había colocado en una compañía llamada "Real Temp". Al poco tiempo de empezar a trabajar, un accidente le arrebató la vida, pero Elisa siguió con sus metas. Era una forma de honrar la memoria de su hermana. Ahora su compañía era "Elite Stars" y estaba muy contenta con su vida. Las cosas le iban realmente bien. A veces sentía a su hermana a su lado, aunque a ella no la podía llegar a ver. Veía a personas muertas, a veces no de su agrado, y, a las que quería ver, no podía.

De pronto, vio a Arcadio que se acercaba a ella. ¿Sería realidad o seguiría soñando? Arcadio en su sueño había muerto. Pero ahora estaba allí, plantado delante de ella. Pudo observar que tenía la camisa manchada de sangre reseca. Una raja y un pinchazo en el cuello.

- ¿Elisa? ¿Estás bien? –preguntó Arcadio un tanto preocupado.
- Sí, ¿Por qué? –contestó sorprendida.
- Te has desmayado. ¿No te acuerdas por qué?
- Pues no –dijo llevándose la mano a la cabeza como si hubiese recibido un gran golpe y le doliera.
- Estas en el Vuelo 2122. ¿Ahora te acuerdas?
- Estaba soñando, sí.

- No, no es un sueño. Estamos muertos, pero no sé por qué, tu puedes vernos. Viste a Julia con el disparo en la frente y te desmayaste.
- Todavía no puedo comprender qué es lo que me pasa. Pienso que una fuerza sobrenatural se ha adueñado de mi cuerpo. No es normal que pueda ver a los muertos.
- No tengo ni idea del por qué, pero agradezco que, en este momento, estés con nosotros.
- Ojalá fuera una persona corriente.
- Es tarde para pensar en esas cosas. Nos tienes que ayudar.

Elisa se levantó del suelo y siguió al comandante. Mientras éste le contaba la historia de Enrique.

Llegaron a la antesala donde normalmente las azafatas tomaban el café y charlaban. Allí estaban Julián, la niña, Enrique (en el cuerpo de Antonio) y Julia.

- Perdonad un momento –llamó la atención a los presentes Arcadio-. Elisa ha visto hacer espiritismo y creo que puede, al seguir todavía viva, invocar el espíritu de Antonio para que Enrique vuelva con la médium.
- ¿Crees que tendré el poder suficiente para eso? –dijo Elisa pensando en que Arcadio le estaba sobre valorando-. Lo he visto hacer, pero nunca lo he hecho. Son cosas muy distintas...
- Habrá que intentarlo. ¡Eres nuestra última esperanza! –dijo Julián dándole ánimos-. Si te crees capaz y quieres ayudarnos, claro.
- ¿Y si sale mal?
- Pues buscaremos otro camino –respondió Enrique quitándole hierro al asunto.

Elisa se dio un paseo por el avión buscando lo que podía serle de utilidad para fabricar una ouija casera. Cuando ya la hubo preparado

los llamó para empezar con la sesión.

Los cinco se sentaron como pudieron, ya que el espacio era un poco reducido alrededor de una carpeta en la que había pintado las letras y números correspondientes. También había puesto un vaso bocabajo en el centro. Pidió las manos a Enrique, aunque al que vieran allí fuera a su compañero Antonio, y los dos, las pusieron encima del vaso. Invocaron el espíritu de Antonio Arquerón, pero no ocurría nada. De repente en el avión las luces empezaron a parpadear y se quedó sumido en una temible oscuridad. Mientras Elisa seguía invocando a su compañero, gritos desgarradores emergieron de entre las paredes. Gritos de auxilio, alaridos de angustia y temor, palpitaciones aceleradas... que se iban alejando poco a poco como si estuvieran bajando despacio el volumen de un transistor.

- ¿Antonio, estas ahí? –preguntó Elisa temblándole hasta la voz-. ¿Puedes oírnos? Si estás ahí, ¡manifiéstate! –dijo subiendo la voz.

La palabra que acababa de pronunciar resonó en todo el avión haciendo la llamada más espeluznante.

- Me parece que éste pasa de nosotros –dijo Arcadio interrumpiendo.
- Pssss. ¡Cállate! Esto es muy serio –susurró Julia tapándole la boca antes de que pudiera terminar la frase.

Julián con la niña, que ya no se soltaba de su mano, Julia, Arcadio y Antonio/Enrique se mantenían a la espera y expectantes. Elisa seguía llamando a Antonio por sus medios de médium inexperta.

De pronto, la luz volvió y la voz de Antonio más grave, salió por fin de su boca.

- ¿Qué os pasa chicos? ¿Estáis atrapados? ¡Qué pena! –dijo con los ojos vidriosos, ennegrecidos y llenos de furia.

Un espíritu maligno hacía acto de presencia en el cuerpo de Antonio.

- Antonio, ¡ayúdanos por favor! –imploró Elisa apretando fuertemente las manos contra las suyas-. ¡Lleva a este hombre al sitio de donde proviene! ¡El no debería estar aquí!
- ¿Y qué me llevo a cambio? –dijo recordando a los presentes la voz y la cara de la chica de la película del exorcista que iba cambiando por momentos a una cara muy desagradable de mirar, dando verdadero pánico y asco.

Arcadio tenía unas ganas exageradas de que pagara lo que le había hecho y Julián tuvo que retenerlo porque quería abalanzarse sobre su cuerpo para darle su merecido.

El espíritu de Antonio, al ver sus intenciones, no pudo más que reírse de él. Arcadio ya no podía luchar con una fuerza tan poderosa y superior que había quedado encerrada en su espíritu.

- Te lo suplicamos. ¡Él no tiene nada que ver con esto!
- Que no meta sus narices donde no debe. ¿Nunca os han dicho en el colegio que recurrir a los muertos no se debe hacer? Ahora está en vuestra misma situación. Todos habéis querido tener contacto con las artes oscuras y esto es lo que os ha pasado.
- ¿Y qué es lo que te podemos dar a cambio si accedes?

Se hizo el silencio durante unos segundos, como si se estuviera pensando lo que quería pedirles, lo que estremeció a los presentes y, de pronto, una voz desgarradora y monstruosa salió de la pequeña boca de Antonio.

- ¡VUESTRA ALMA! –dijo retumbando su voz y agravando su furia.

El vaso se partió en miles de añicos, quedando la carpeta llena de cristales minúsculos que tapaban lo que en ella había escrito.

Elisa con cuidado se puso a apartar los cristales esparcidos, pero un alarido de dolor al clavarse algunos de ellos, invadió el silencio que se había producido después de las últimas palabras dirigidas por su compañero malhechor. Las letras y números de la ouija habían

desaparecido y en su lugar observaron unas letras grandes chorreando sangre, su sangre. La palabra **DEVIL** estaba escrita pidiendo guerra.

De una manera invasora, llegó a la sala una ventisca fuerte, exagerada, manipuladora, como si estuvieran fuera del avión flotando en el aire, impidiéndoles seguir sentados en el suelo. Parecían hojas secas siendo vapuleadas, pegando bandazos unos cuerpos con otros golpeándose incluso al compás del aire huracanado. Sus cuerpos no pesaban y eran movidos como marionetas de una punta a otra de la sala sin control. Después pasaron a moverse en ingravidez hasta que sus cuerpos se desplomaron, cayendo de forma brusca al suelo.

- Esto es más complicado de lo que pensábamos ¡Con el diablo hemos topado! –exclamó Arcadio preso del pánico y con una sensación de dolor ascendente en sus articulaciones por los golpes recibidos.
- Hay que tratar de pactar con él, de alguna manera –intentó contraatacar Julia frotándose con una mano un brazo dolorido.
- ¿Pero estás loca? –contestó Julián alarmado.
- ¿De todas formas que más os da? Estáis muertos –añadió Elisa empezando a tirar la toalla, cansada después de lo ocurrido.
- Sí, pero no queremos ser manipulados y seguir al demonio como corderitos. No quiero terminar mis días así. Siendo un soldado del mal, correspondiendo a sus órdenes –dijo Arcadio.
- La que más tiene que perder soy yo, bueno... y Enrique –dijo con la tristeza reflejada en su cara-. Aunque Enrique también se lo ha buscado. Pero yo... ¿qué he hecho yo? –dijo como si fuera a obtener alguna contestación de alguna parte.
- Pues, si no nos quieres ayudar, lo haremos nosotros. Seguiremos con esto hasta que sea demasiado tarde.

- Ha pedido nuestra alma, ¡la de todos!, ¡INCLUYENDO LA MÍA! Y yo todavía estoy viva. No voy a sacrificar mi vida por la de nadie, ¿no lo entendéis? ¡Eso es mucho pedir!

Antonio/Enrique permanecía sentado sin inmutarse, sin tener conciencia de lo que estaban hablando. Parecía que el tema no iba con él. No se le notaba preocupación ninguna. Su cuerpo había sido jaula de dos espíritus al tiempo, haciendo irreconocible hasta la cara de Antonio y sus gestos. Su existencia parecía desterrada de su ser.

De repente, unas letras se empezaron a dibujar en la palma de una de sus manos. La sensación era que alguien invisible le estaba escribiendo con un punzón grabándole en la carne: "Venid a mí". Después, en las paredes del avión unas letras se iban escribiendo poco a poco mientras la sangre chorreaba de arriba abajo. Se podía leer: "Mi ejército post-mortem os espera".

Aterrados se miraban unos a otros pensando en que estaban en un túnel sin salida. Y, al contrario de los que veían el túnel con una luz muy potente y blanca, ellos veían el fondo muy negro, sin salida y sin vuelta atrás.

El cuerpo de Antonio empezó a dar una serie de sacudidas de manera incontrolada. La imagen se asemejaba a una persona recibiendo azotes en todo su cuerpo. Su cabeza parecía que giraba dándose la vuelta a gran velocidad con una flexibilidad increíble. Los ojos desorbitados de color negro se salían de las cuencas y un líquido verde empezó a emerger de su boca y nariz. Era la forma que, se supone, el demonio tenía de salir de él, de hacerse visible. Antonio se quedó tumbado en el suelo muerto. El espíritu de Enrique por fin había desaparecido.

La médium estaba dándole palmadas fuertes en las mejillas intentando hacer reaccionar y despertar al hombre. Al abrir los ojos, Enrique vio que la mujer le miraba con cara de asombro y con un

susto terrible al mismo tiempo. Otra vez se encontraba en casa de la médium.

- ¿Qué es lo que te ha pasado? –dijo muy preocupada y con voz entre cortada-. Has estado mucho tiempo sin reaccionar. ¿Estás bien?

Enrique se tocó la cara, su cabeza escasa de pelo, su barba de días y su nariz prominente. Comprendió que era él mismo, había vuelto. Se miró las palmas de las manos, se acordaba vagamente de una marca y vio que ésta había desaparecido. La palma estaba intacta. No había señal de ningún tipo.

- Si te lo digo no me vas a creer –contestó con el corazón a punto de estallarle.
- Cuéntamelo, por Dios. Esto es lo más raro que me ha pasado desde que llevo con este tipo de sesiones.
- ¿Te acuerdas del avión que nos ha salido? ¿El vuelo 2122?
- ¿Cómo no? Si has estado insistiendo mucho en el tema.
- Pues he estado con la tripulación y algún pasajero de ese avión.
- ¡Eso es increíble! ¿Estás seguro?
- Mi esencia o como se quiera llamar, porque mi cuerpo se ha quedado aquí, se ha metido en Antonio, uno de los de la tripulación, porque el espíritu de ese hombre me ha llamado y me ha transportado hasta allí. Antonio murió y se supone, no sé por qué razón, el demonio se metió en su cuerpo muerto, indefenso, apoderándose de su espíritu. Él, mediante la invocación que hemos realizado, me ha tomado a mí para hacerme cargo de él e intentar echar al mal de su cuerpo para así poder morir en paz. Ahora el demonio está en el avión y ha tomado a todos como rehenes. ¡Quiere aumentar su ejército!
- ¡Vaya, vaya! ¡Me dejas de piedra! ¿Y qué vas a hacer?

- Yo no puedo hacer nada, no tengo el poder suficiente para enfrentarme a él sólo. No soy un dios. Los que quedan en el avión son todos espíritus menos una mujer que puede hablar y ver a los espíritus y está aún viva. Se llama Elisa y es una azafata.
- ¿Qué os ha pedido ese hijo del mal?
- Nuestras almas.
- ¡Eso son palabras mayores! El demonio quiere persistir a lo largo de la historia y necesita, para atraer más y más poder, los espíritus perdidos de las personas que se quedan en la línea o límite entre la vida y la muerte porque éstas tienen más fuerza y poder que las que ya están muertas, ¿comprendes? Acude desesperado, hambriento, ansioso y no para hasta que consigue sus almas reteniéndolas para toda la eternidad.
- Esto es una locura. Tendré que dejarles y que Dios les asista, aunque me pese. Siento que, de alguna manera los estoy traicionando –dijo molesto Enrique entendiendo que era un tema que había tocado y rozado pero que podía tener un fatal desenlace para su vida-. Me veo inútil y a la vez destrozado por no poder continuar para ayudarles.
- Curiosear sobre lo desconocido te puede llevar a eso, a volverte loco, o a morir en el intento.
- Eso dicen, que la curiosidad mató al gato. Ahora entiendo por qué no se sabe más del tema y la gente huye despavorida sin pensar en nada más.
- Pues aplícate el cuento amigo, o te verás muy mal. Según dices esa gente está muerta o en periodo de transición que tarde o temprano pasarán o se quedarán como están para siempre. Nunca podrán volver a ser lo que eran antes. Eso que no se te olvide.
- Muchas gracias por sus servicios –acabó Enrique el encuentro llevándose la mano al bolsillo para ofrecerle una

buena cantidad de dinero a la mujer.

La médium agradeció el pago y lo despidió en la puerta.

Era ya de noche, la luna iluminaba gran parte de la calle incorporándose a las viejas farolas, dando a la calle un tono de luz más azulado. No se había podido despedir de esos espíritus y se sentía francamente mal. Lo habían arrancado a cuajo de una terrible puesta en escena. Es como el que está viviendo una trágica experiencia al calor de unos amigos o compañeros y de repente, sin previo aviso se lo llevan, desaparece y los deja con el marrón, intentando buscar la salida en un juego auténticamente macabro. Le había llegado a llamar la atención el tema de la vida y la muerte, pero ahora ya no estaba tan interesado. Se había metido, tan de lleno, en investigar el tema que se había planteado en esa etapa de su vida, que el techo de su ilusión se había derrumbado por completo al llegar a ese avión y regresar sin poder hacer nada.

"Lástima que mi intención se quede en tierra. Espero que puedan comprenderme estén donde estén" pensó mientras sus piernas le llevaban hechas polvo a casa y batallaba para poder dejar su mente en blanco.

De lo que no cabía duda era de que su cuerpo y mente habían quedado conectados para siempre con aquellas personas haciéndole partícipe de sus pensamientos y experiencias.

Antonio estaba tirado en el suelo, muerto con el líquido verde que había derramado de sus fosas nasales y de su boca aún a medias de cerrar. El cuerpo había sido abandonado.

Elisa empezó junto con sus compañeros a hacer conjeturas. El líquido verde parecía ser, la forma que tenía el demonio de aparecer, de hacerse visible o material. Se acordó del hombre que tenía ese

tipo de líquido chorreándole por el cuello, el que se había puesto malo y había pedido una aspirina al poco tiempo de haber despegado. El demonio en algún momento, se había también adueñado de él o había salido de aquél hombre para empezar a focalizar sus siguientes logros o víctimas.

- Enrique ha vuelto a su lugar. Ahora nosotros tenemos que conseguir ocupar el nuestro –dijo Elisa mirando las caras de resignación de sus compañeros, pensando que lo más fácil en esas circunstancias sería darse por vencidos.
- ¿Y qué pasa con la nota de Carmina? ¿No os dice nada? ¿No os pica la curiosidad de saber de qué se trata? –preguntó Arcadio, recordando el hecho para seguir ofreciendo un poco de esperanza, como el médico que intenta devolver la vida a un joven al que deja de latirle el corazón.

De repente Elisa volvió la vista a un asiento de la parte delantera en el que un hombre tenía una bolsa entre las piernas.

- Llevo desde que despegamos pendiente de un hombre. El de ahí delante.
- ¿Cuál? –dijo Julia fijándose en la parte hacia donde señalaba con su mirada.
- El de la bolsa entre las piernas. Me tiene intrigada. Se lo comenté a Charlene y a Carmina cuando lo vi la primera vez.
- ¿Quién? –volvió a preguntar Arcadio.
- No veo ninguna bolsa –dijo Julia.
- ¿Cómo qué no? –volvió Elisa a hablar frotándose los ojos como si fuera a desaparecer la visión que se había grabado en sus pupilas y la estuviera imaginando.
- ¿Qué asiento es exactamente? –dijo Arcadio.

Elisa se encaminó justo al asiento donde el hombre permanecía dormitando, inmóvil, con su bolsa cogida fuertemente por sus piernas.

- Yo no veo a tal hombre ¿Y vosotros? –dijo Arcadio sintiéndose como un bicho raro.
- Yo tampoco –corroboró Julia-. Ni veo al hombre ni la bolsa. Ahí no hay nadie.

QUINTA PARTE

Día 22 de diciembre de 1995

7:10 de la mañana

- ¡Date prisa o llegarás tarde! Mete todo. Ten cuidado, que no falte nada.

El hombre obedeció, metió todo en su mochila y cerró la cremallera con aire insigne. Después, su mentor le dio unos toques en la espalda deseándole suerte y le volvió a decir:

- Ya sabes... en tus manos queda. Confiamos en ti. Puedes hacerlo.

El aeropuerto estaba más despejado que de costumbre. Se podía andar sin ataduras, tranquilamente. Aunque a él, eso ya no le importaba, no era de su incumbencia.

La salida de los aviones se hacía con normalidad. Subió al avión que le correspondía siguiendo las normas y se santiguó al andar por el pasillo central hasta que llegó a uno de los primeros sillones. Se sentó y se dispuso a esperar. Todo estaba escrito y en marcha.

Pero... no podía ser... ¡debería pasar desapercibido! Una de las azafatas se le había quedado mirando y ¡hasta le había dirigido la palabra! Le había dicho que pusiera la mochila en el compartimento superior para maletas que había justo encima de su cabeza si se sentía incómodo teniéndola entre sus piernas.

Lo demás era como se había esperado. Nadie se había dado cuenta de su presencia, salvo esa chica. *"Ojalá no destape la liebre y no cause problemas"*, pensó. Cerró los ojos intentando no darle importancia al asunto y se calmó para actuar en el momento oportuno, tal y como le habían indicado.

Al cabo de un tiempo, abrió su mochila y unos frascos que tenía cerrados herméticamente. Un humo más o menos denso invadió poco a poco la estancia de los pasajeros dejándoles en unos minutos sedados a algunos y a otros tan obnubilados que, aunque seguían con los ojos abiertos, no eran conscientes de estar allí ni de sí mismos. Le habían ordenado hacerlo cuando no hubiese nadie de los de la tripulación presentes. Solo podían percibir ese compuesto los pasajeros.

Ahora estaba todo dispuesto para empezar el juego...

Un hombre caminaba por el pasillo como si lo que contagiaba el aire no pudiera hacerle ningún daño. Se dirigía a la cabina de mandos.

- ¡Oh, no! –exclamó por lo bajo el que acataba las órdenes de su mentor-. Tendría que estar como los demás y a él, este potente preparado químico no le ha surtido efecto.

Según creía, el hombre que se había dirigido a la cabina de mandos, podría infectar a los de la tripulación. El compuesto se quedaba por unos pocos minutos en la ropa hasta que desaparecía. Era como el alcohol que se evaporaba al cabo de poco tiempo. Lo justo para encontrarse con alguien de la tripulación. Rezó para que el efecto desapareciese antes de contagiar al resto.

Después de un tiempo, sus alarmas saltaron al ver que uno de los de la tripulación salía de la cabina a toda prisa chocándose con una azafata. Tenía una mano tapándose la boca intentando controlar un vómito inminente.

El hombre de la mochila supo entonces que ya era demasiado tarde. Se había contagiado y lo peor de todo, a lo mejor el resto también corría su misma suerte. El plan marcado desde un principio estaba echándose a perder y todo por ese hombre perteneciente al pasaje que había descontrolado todo. Ese hombre estaba sentado justo al lado de otro que llevaba un maletín y era el único que quedaba espabilado y dueño de sí entre los pasajeros. De vez en cuando se levantaba de su asiento para estirar las piernas, pero él se hacía el dormido por si éste descubría sus intenciones.

Para este trabajo había tenido que donar por un tiempo su cuerpo. Era imprescindible que le metieran un líquido en vena para hacerle desaparecer y cumplir con su misión. Pero entonces, ¿qué es lo que había salido mal? La azafata le había visto. Se supone que ni él, ni la mochila, ni lo que llevaba dentro, podían ser vistos de ninguna de las maneras.

Recordó todas las palabras y explicaciones de su mentor. El plan había sido ideado con el único objetivo de hacerse con las mentes

de los pasajeros del avión. Únicamente las de ellos, porque se quedaban fuera de sí y la tripulación debía de seguir con sus funciones dentro de la aeronave. Era una prueba que se hacía con un grupo reducido de personas. Se trataba de poder controlar sus acciones y hacerse dueños de sus cuerpos y pensamientos. Un experimento ambicioso que, si salía como ellos esperaban, podrían llegar a hacerse los amos del mundo. Pero no habían tenido en cuenta los posibles cambios que se pudieran producir. No era tan fácil. Ese hombre había alterado de alguna forma su plan maquiavélico y podía haberlo hecho fracasar con sólo haberse paseado por los lugares que no debía. Incluso podía haber desatado algo difícil de controlar, una locura, dando al traste con las aspiraciones de un grupo de personas importantes y ansiosas de poder.

El hombre se empezó a poner nervioso pensando en lo que podía llegar a ocurrir y abrió un bote de tranquilizantes. Se tomó varias pastillas de golpe y tiró el frasco al suelo. Él era inmune a lo que había esparcido en el aire, pero el tema se le había ido de las manos. Su vida corría un serio peligro… y no sólo su vida. El grupo de personas que maquinaban el plan, había cogido como rehenes a su familia y, si salía mal, los matarían sin más explicaciones. Después correrían en su busca para dejar zanjado el trabajo. Si lo hacía bien, su familia le sería devuelta y a él le darían una recompensa muy sustanciosa. El trato era, que nunca debía comentarlo con nadie. Él era el que hacía el trabajo sucio a la vez que una víctima inocente para satisfacer las pretensiones de un grupo de mafiosos. Si salía como ellos deseaban, se retiraría el resto de su vida a descansar con el dinero suficiente para llevar una buena vida. Le habían metido sin comerlo ni beberlo en una emboscada a la que él no pertenecía, pero, al tener a su familia involucrada no tenía más remedio que agachar las orejas y cumplir con lo que le proponían. Su familia estaba retenida sin escapatoria y la única salida era la de obedecer.

Sus ojos se fueron cerrando muy despacio... estaba bloqueado.

Al cabo de un rato, una voz inesperada le habló desde su cerebro: "*Has puesto a todos en peligro. Atente a las consecuencias y ¡PREPÁRATE PARA MORIR! TU TRABAJO HA TERMINADO".*

El hombre pegó un salto desde su sillón y, como si de un hipnotizador se tratara, después de que hubiera contado hasta tres, quedó sumido en un sueño profundo e inevitable.

- Oigaaa, ¡perdone! –voceó Elisa estirándole de la manga de la camisa para despertarlo-. ¿Me oye?

El hombre de la mochila fue poco a poco abriendo los ojos. Parecía que los párpados le pesaban una tonelada y que no iba a ser capaz nunca de abrirlos del todo. Una mujer estaba mirándole fijamente a los ojos poniéndole la cara muy cerca de la suya e intentaba ser correspondida de alguna forma.

- ¿Qué ocurre? –preguntó Timoteo despertando de su sueño, no sabía de cuánto tiempo.
- Mire, soy la única persona que puede verle en este avión. No tengo ni idea de por qué, pero algo me dice que usted sabe algo que nos debe contar por el bien de todos. ¿Me puede explicar qué hace usted aquí? y... ¿esa mochila? –señaló con un movimiento de cabeza mirando hacia el suelo.
- No puedo decírselo señorita. Mi vida y la de mi familia están en juego –contestó abrumado.
- Vamos a ver, esto le va a parecer raro, pero... ahora mismo estamos atrapados en un avión. Soy la única que está viva aquí dentro. Los demás son espíritus retenidos en el tiempo. Pero la verdad es que no entiendo cómo los demás no pueden verlo ¿es usted otro espíritu? Sólo dígame eso.
- No. Simplemente se supone que nadie puede verme porque soy invisible.
- ¿Cómo? ¿Invisible? ¿Se está riendo de mí?
- No señorita. Es la pura realidad.
- Entonces, ¿por qué yo sí puedo verle?

- No tengo ni la más remota idea. Pero es la única que se ha percatado de mi existencia. Se lo puedo asegurar.
- ¿No puede ayudarnos de alguna manera? Se lo pido por favor.
- Si cuento lo que han hecho conmigo, no dejarán en paz a mi familia. Me necesitan.
- Nosotros también necesitamos comprender qué es lo que está pasando aquí, ¿no lo entiende?
- No quiero que maten a mi familia. Lo que me suceda a mí, ya me da igual, pero ellos...

Las lágrimas empezaron a brotarle de los ojos.

- ¿Sabe que usted posiblemente ya no tenga salida? –dijo Elisa sentándose en el reposabrazos de un asiento libre, pensando en que la charla iba para rato.
- Lo he estropeado todo, ¿sabe? ¡YO YA ESTOY MUERTO! –afirmó Timoteo llevándose las manos a la cabeza en un ataque de resignación.
- Pues si usted ya está muerto ayúdenos a salir de aquí. ¿Sabe cómo hacerlo?
- A mí me inyectaron un líquido para hacer mi cuerpo invisible. El trato es el de obedecer sus órdenes.
- ¿Las órdenes de quién? –dijo Elisa animándole a hablar.
- No puedo decirle nada. Solo que hay gente muy importante detrás de esto. Es gente intocable. Todo lo hacen a base de dinero y yo no he tenido más remedio que acceder a su propuesta. Tienen a mi familia y si me voy de la lengua los matarán, si no lo han hecho ya.
- Le contaré todo lo que ha estado pasando aquí si usted me habla de ellos. Estoy segura de que le han tendido una trampa. Usted está preso en el tiempo y, para sus jefes, o lo que sean, seguramente ya ha pasado el tiempo. A lo mejor

ya lo han dado por muerto y no sabemos lo que le habrá pasado a su familia. Es decir, que está en la misma situación peliaguda que el resto.

- ¿Por qué cree que no hay vuelta atrás? Yo tengo que volver para contarles la experiencia sobre cómo ha ido la investigación.
- Le estoy diciendo que estamos perdidos en el tiempo. Nadie sabe que existimos en una dimensión paralela a la de los vivos. Bueno... excepto Enrique que estuvo aquí por medio de la ouija, contactando con nosotros en mente y alma – comentó acordándose del hombre que se había metido en el cuerpo de su compañero Antonio y recordando la experiencia.
- Me estoy quedando perplejo de oírle. Creía que me había metido en un lío yo solo, pero veo que aquí soy uno más.
- Usted seguramente murió después de cumplir la misión para la que subió a este avión. Seguramente lo tendrían todo pensado. Hasta el más mínimo detalle.
- Pues no lo crea tanto. Todo esto ha sucedido por un fallo en el que no debieron pensar que ha trastocado sus fines haciéndome a mí cómplice sin quererlo.
- ¿Cómo dice? No le entiendo.
- Según me explicaron se trataba de hacerse con las mentes de un grupo reducido de personas aisladas. Para eso, un avión era la opción más acertada. Empezarían con un grupo reducido y luego irían poco a poco extendiéndolo por todo el planeta. El objetivo era el "control" de sus cuerpos para culminar en algo muy importante y valioso para ellos: Ser los amos del mundo. La satisfacción que les produce el tener hombres y mujeres bajo su mando y control ofreciéndoles el poder.
- ¿Solo para su satisfacción? ¿No hay nada más detrás?

- Eso no me lo dijeron. Una mañana me colé en una habitación restringida. Tenía que informarme de todo lo que pudiese respecto a este tema. En un cajón bajo llave, que abrí con una horquilla, vi una carpeta en la que había muchos papeles con información confidencial. Me fijé en una especie de croquis con la planificación de sus propuestas y el recorrido de sus posibles actuaciones. La primera era la de este avión. A partir de ahí, según como fuera el asunto, irían extendiéndolo poco a poco. Leí que también iban a divulgar información falsa para que, en las noticias, no se pensara en nada raro e hicieran creer a la gente que lo que les iba sucediendo a algunas personas se debía a unas enfermedades contagiosas para no darle mayor trascendencia y que pudieran seguir hasta el final con sus pretensiones. Todo está, claro, bajo secreto de sumario y fajos de billetes a los que les seguían el juego. También pude observar una serie de contratos con personas asociadas tales como médicos, algunos directivos de televisión, etc. Todo con el propósito de tapar sus mecanismos de actuación y prioridades. Así que señorita, aquí hay mucha gente involucrada y yo soy un mandado y no por deseo mío sino por salvar a mi familia.
- ¡No me lo puedo creer! ¿Y usted no tiene ni idea de las personas más influyentes en este caso?
- No. Mi mentor, que es así como me hizo llamarle desde el principio, iba con la cara tapada y es con el único con quien tuve contacto. Sé que hay más gente detrás por lo que pude ver en esos papeles.
- Entonces, según usted, ¿qué es lo que falló?
- Me ordenaron expandir un gas. Un preparado químico que hace que las personas no sean dueñas de sí mismas. Se quedan atontadas, sedadas, hipnotizadas, expuestas a sus mecanismos de actuación. Solo debían contagiarse los pasajeros, pero un hombre se levantó de su asiento cuando

estaban todos adormecidos y se fue a la cabina de mando llevando el gas a esa sala. A él no le hizo efecto, pero uno de los de la tripulación se infectó, desatando una secuencia de contagios incontrolable. Ahí fue cuando me di cuenta de que todo se había ido al traste.

- Además de expandir ese gas, ¿qué más tenía que hacer?
- Observar el comportamiento de las personas. Se supone que ellos, mediante su mente estaban capacitados para acceder a las cabezas de las personas que iban a manejar. Podían llegar a controlar sus impulsos, acciones, pensamientos, vamos todo. Un juego morboso para un grupo de personas de alto standing. Pero, deberían de haber despertado después de un tiempo y no ha sido así. Sólo he visto que se han quedado sumidos en un agujero negro del que no han podido salir. Algo ha debido de salir mal.
- Vaya jueguecito, ¿no? Nunca pensé que podía haber personas con la mente tan retorcida.
- Pienso que la finalidad era la de provocar un colapso o un caos mundial. Mientras ellos siguen siendo únicos dueños de sus actos y vanagloriarse por ello.
- Vaya, vaya, creía que ya todo lo había visto en esta vida, pero veo que no. Me falta mucho por aprender y descubrir.

En ese momento Arcadio, Julia y Julián con la niña aparecieron por el pasillo. Vieron a Elisa hablando sola sentada en el reposabrazos de un sillón vacío.

De repente, Elisa volvió la cabeza y dijo:

- ¿Ese hombre? ¿El de la derecha? Julián se llama.

Los tres no comprendían nada. ¿Se había vuelo loca de atar? Con un espíritu no podía hablar porque lo verían. Entonces, ¿con quién estaba hablando?

- Ahora comprendo –dijo Elisa bajo la impresionada mirada de los tres-. A Julián no le hizo efecto porque él es un espíritu y

está muerto, pero se llevó el gas consigo. Pero lo que ahora no entiendo es por qué tú sí nos puedes ver y por qué yo te puedo ver a ti.

- A lo mejor he firmado mi sentencia de muerte sin saberlo –contestó el hombre a Elisa sin que los otros pudieran oírle-. Puede ser que, como no ha salido bien su proyecto, han intentado matarme. A lo mejor hasta ya estoy muerto sin saberlo.
- Creo amigo que tienes razón. Desde hace tiempo he podido ver a las personas fallecidas y también a las personas que se quedan en el umbral entre la vida y la muerte como es el caso de mis compañeros. Ellos no pueden verle porque no han llegado todavía a pasar la línea.
- ¿Y cómo puedo saber si les han hecho algo a mis familiares? ¿No tengo modo de saberlo?
- No. Por ahora estamos desconectados y atrapados.

El hombre cogió la bolsa y la estrelló contra uno de los cristales de las ventanillas del avión llevando la furia a sus venas.

La azafata miró a Arcadio, Julia y Julián apenada y le dio unos golpes en el hombro al hombre, para ellos invisible. Después se dirigió a sus compañeros para explicarles lo que había podido llegar a entender de cómo se había desencadenado toda la historia.

Julia en un ataque de intentar dejar claros los esquemas en su mente preguntó a Elisa:

- Y entonces, ¿Qué pasa con el demonio? ¿Qué pinta en todo esto? Si no recuerdo mal ha salido a escena y se ha unido a la fiesta. ¡Está esperando llevarse nuestras almas! ¿Ya no os acordáis?
- El demonio sabe que el umbral donde estamos existe y quiere hacernos presos de sus malas intenciones. Las personas situadas en este límite tienen más poder que las que están ya muertas. Tienen un campo más amplio de

actuación porque es como si poseyeran la fuerza de la dimensión de los vivos y también la de los muertos. Los que están en este umbral, para el demonio, son más difíciles de llevar a su terreno, y eso también le estimula y complace cuando por fin lo consigue. Acceder a las almas de los que están ya muertos es bastante más sencillo, no tiene fuste. Le gustan los retos.

- ¿Y cómo hace para conseguir sus almas?
- Les promete vivir para siempre bajo su protección. Serán intocables. ¿Creías que los pactos con el demonio eran cosas de comics o de historias fantásticas? –contestó Elisa intentando abrir la mente de Julia.
- Nunca me lo he llegado a plantear. Pensaba que vivir mi vida era lo que tocaba. Ahora me he encontrado con esta situación tan angustiosa.
- Si estábamos mal, ahora estamos peor con lo que nos estás contando. Encima de no tener escapatoria, tenemos dos caminos. Si uno es malo, el otro es peor –comentó Arcadio compungido.
- Tenemos que intentar pensar en qué podemos hacer por nuestras almas, que es lo único que va a quedar de nosotros –dijo Julia-. Y la verdad es que no me gustaría vendérsela al demonio por nada del mundo. No quiero formar parte de su séquito.
- Pues me parece que estamos acorralados de todas formas –dijo Julián.

Arcadio se acordó de la nota que Carmina portaba en una de sus manos: TAPADERA. Ya podía entender su significado. Carmina les quería decir que lo que estaba pasando era debido a una fuerza mayor de la que pensaban, aún peor que la visita del demonio.

- ¿Cómo ha llegado ella a esa conclusión? –dijo a Elisa un poco perturbado.

Elisa se dirigió al hombre con el que mantenía la charla y se le oía comentar:

- Encontramos a una compañera muerta, estrangulada, con una nota en su mano en la que ponía "TAPADERA". ¿Tiene idea de cómo se pudo enterar de lo que ocurría?

Al cabo de asentir con la cabeza un rato, Elisa les explicó a los demás:

- Carmina, al estar por un periodo de tiempo en trance, sin ser dueña de sus actos, por eso disparó a Julia, pertenecía a los que hay detrás de este embrollo y sabía muy bien de qué iba la cosa. Ella se llegó a comunicar con Timoteo. La nota era una forma de avisarnos.
- ¿Cómo que se llegó a comunicar con Timoteo? –dijo Julián intrigado.
- Claro. Recuerda que Carmina ya no era Carmina, estaba bajo las órdenes de esos chalados. El cuerpo era de Carmina, la mente no.
- Pregúntale que si le llegó a decir algo Carmina... –dijo Arcadio a Elisa con ganas de saber más sobre el tema.

Después de oír preguntar a Elisa, dando la sensación de que hablaba con el sillón, les contestó que lo único que oyó de su boca fue: *"No has cumplido con tu trabajo".* Después le quitó uno de los frascos que llevaba en la mochila.

- ¿Y cómo ha muerto este hombre? –dijo Julián.
- Tengo entendido que si una persona pudiera hacerse invisible no podría mantenerse mucho tiempo en esa situación, ya que su cuerpo se iría debilitando hasta morir. El cuerpo debería retornar y materializarse en un tiempo breve para no desestabilizar sus funciones. Seguramente ellos ya tenían calculado el tiempo de actuación para expandir ese gas y, después, sabían que moriría. Así, si salía mal, no

habría culpables. Lo tenían todo planeado desde el principio y les daba igual quien o quienes cayeran.

- Muy bien. ¿Y ahora qué hacemos? –dijo Julia desconcertada.
- Muy buena idea –dijo Elisa mirando al sillón vacío-. Me acaba de decir Timoteo que deberíamos intentar dar con los que han provocado esta situación y darles su merecido. Devolverles lo que buscaban con tanto ahínco.
- ¿Cómo? –dijo Arcadio-. Si estamos muertos en vida. No sé cuál puede ser la solución. Nosotros ya no podemos hacer nada, es más, somos nosotros los que necesitamos ayuda para salir de aquí.
- Claro –dijo Elisa-. Me comenta que tiene que haber una forma de conectar con esas malas personas. Los espíritus pueden llegar a ellos y hacerles la vida imposible. Nosotros no tenemos nada que perder. Podemos llegar a desbarajustarles sus pretensiones e ideas, incluso que lo que han pensado se vuelva en su contra.
- Pero ¿cómo? –preguntó Julián sofocado-. ¡Si no podemos salir de aquí!
- ¡Alguna forma tiene que haber! No seas pesimista –dijo Arcadio.
- Estoy pensando... ¿Cómo habrá hecho Enrique para meterse en el cuerpo de Antonio y trasladarse a este avión? Enrique está vivo y su alma se ha metido dentro de otro ser, ¿no? Luego ha vuelto a dónde provenía. ¡Nosotros también podemos hacerlo! –dijo Julián dándole vueltas a su cabeza-. Es más sencillo de lo que pensamos. Este hombre que dice Elisa está muerto, ¿no? Como lo estaba Antonio. Y también necesitamos a una persona que todavía esté con vida, que es el caso de Elisa. Ellos son el pasaje para devolver cada cosa a su sitio.
- Sí, pero se te olvida lo más importante –recordó Julia-. Elisa está encerrada en este maldito avión.

- Ya, pero igual que Enrique ha vuelto, ella puede volver porque de alguna manera ella sigue con vida.
- Eso no puede ser. El alma de Enrique es la que se había metido en el cuerpo de Antonio. El cuerpo de Enrique nunca ha estado con nosotros –dijo Arcadio complicando sus pensamientos-. Para que Elisa pudiera ayudarnos tendría que estar fuera del avión.

Elisa saltó de repente, como si una lucecita se hubiera encendido en un callejón oscuro y dijo:

- Puedo ver a los muertos, a los que están en trance también. Así que a lo mejor puedo invocar vuestras almas y apoderarme de ellas. Si hay alguna manera de hacerlo, os prometo que os sacaré de aquí con todas mis fuerzas. Moriréis por fin en paz y no seréis almas que vagan por toda la eternidad. ¡Qué menos que conseguir eso, ¿no? Pero hay que parar las intenciones de esta gente. Cuando salgamos de aquí iremos en busca de esa gentuza para ofuscar sus planes y hacer que prefieran estar muertos. ¡Implorarán que los mandemos al infierno! Además, tenemos la ayuda de Enrique también, porque, no sé por qué me da que todo lo que nos está pasando le llega a él como si dijéramos telepáticamente. Es lo que tiene cuando contactas con la conciencia de la gente. Es como si un hilo invisible uniera nuestras mentes –dijo Elisa emocionada saliéndole una pequeña sonrisa de la boca.
- ¿Y qué pasará contigo? –dijo Julia preocupada por su bienestar.
- Si sale todo como tiene que salir, no os tenéis que preocupar por mí. Creo que tengo la solución, pero tengo que estudiarla muy a fondo para que no haya ningún error que pueda estropear lo que quiero conseguir.
- Estamos en tus manos –admitió Arcadio dándole una palmadita de asentimiento en la espalda-. Ahora eres tú la

que tiene que conducir nuestras almas, señora comandante.

Después de haber mantenido una charla, dejaron a Elisa sola cavilando sobre el asunto.

Al cabo de un tiempo, Elisa pensó que debería de hacer Ouija. En este caso, debería hacerla ella sola para ver qué se encontraba por ahí. Se encerró en la cabina de pilotaje y preparó otra Ouija casera ya que la otra había tenido un percance con los cristales y la sangre. Había estado cavilando que cabía la posibilidad de que ella también estuviera muerta y que no lo supiera aún. Debería comprobarlo. Lo que de verdad le extrañaba, es que siempre se había supuesto que, cuando una persona moría, se reunía con sus familiares ya fallecidos, aunque aún no estaba comprobado si eso era cierto. Si fuera así, ella debería estar con su hermana. Preparó la carpeta con los números y letras ya dibujadas y se dispuso a empezar.

- ¿Hay alguien ahí?

No hubo contestación y esperó a que el vaso que había puesto en el centro de la carpeta se moviera bajo su mano. Le dio por mirarse el reloj mientras esperaba (era una manía que siempre tenía, lo miraba muy a menudo y más cuando algo le preocupaba) y el reflejo del cristal le devolvió una cara demacrada, como si estuviera quemada. Un escalofrío comenzó a recorrerle desde las uñas de los pies hasta los pelos de la cabeza poniéndole los vellos de los brazos erizados. Parecía una mujer con el rostro calcinado y no entendía el porqué de esa imagen en ese momento tan delicado. ¿Qué le estaría diciendo? ¿Sería una señal? ¿Imaginaciones suyas? Parecía su reflejo, pero no se reconocía en absoluto.

De repente el vaso se movió muy despacio hacia las letras E-L-I-S-A.

- ¿Quién es Elisa? – murmuró temiéndose lo que el espíritu le iba a contestar.

De una forma velocísima el vaso se fue a las letras T-U.

No podía creer lo que estaba pasando. Quería entender, pero era algo complicado. Ella estaba viva y no comprendía cómo, su espíritu, le estaba escribiendo sin ser ella consciente de ello.

Siguió preguntando:

- ¿Dónde me encuentro ahora? ¿Dónde estoy?

El vaso comenzó a moverse hacia las letras mientras Elisa las seguía con la mirada y las repetía.

H-O-S-P-I-T-A-L.

Elisa no pudo menos que soltar un grito.

- ¿Cómo?

El vaso siguió desplazándose manteniendo la conversación.

C-O-M-A.

- ¿Me estás queriendo decir que yo estoy en el hospital en coma?

S-I.

Notó al fin como se despejaban sus dudas. Como si un velo se cayera dejando a la vista lo que no había podido entender hasta ese momento. Ahora podía tener más o menos claro lo que sucedía. En el avión no quedaba nadie vivo. Ella también estaba en trance. Las personas que entran en coma, según había oído, se mantenían en el límite entre la vida y la muerte, ese límite del que tanto habían hablado últimamente en ese avión. Estaban todos en el mismo nivel a la espera de morir en paz. Pensó en el accidente de aviación del día anterior. Entonces, lo recordó todo. Imágenes le invadían y sobresaltaban en su memoria de ese fatídico día. Le vino a la cabeza la gente que estaba en el avión y que no había embarcado con ellos provocando, una mezcla de espíritus de gente que había fallecido en el siniestro del avión del día anterior con el pasaje y tripulantes de su mismo vuelo. Debía ser que ellos habían corrido la misma suerte. El avión 2122 había tenido un accidente en el que ella era

superviviente, entrando en coma después que el avión colisionara. Parecía ser que se había repetido la escena del día anterior. Estaba en ese avión porque una parte de ella se había quedado retenida en el cielo como las personas que allí se encontraban mientras estaba en coma en el hospital.

De repente el vaso se movió bruscamente a las letras:

S-U-S-A-N-A.

Después de deletrear el nombre en voz alta supo que le quedaba poco tiempo de vida. La que ahora había aparecido era su hermana.

- Susana, ¡Ayúdame a salir de aquí!

El vaso se trasladó a las letras T-E-L-L-E-V-A-R-E-C-O-N-M-I-G-O.

La carpeta fue despedida hacia el cristal delantero del avión con furia, estrellándose el vaso inmediatamente después en el cuadro de mandos, haciéndose miles de añicos y dejando los trozos esparcidos por todos los controles del avión.

Con el corazón latiéndole a mil por hora salió de la cabina esperando encontrarse con sus compañeros para contarles lo ocurrido, pero allí ya no había nadie, solo se respiraba humo, muerte y desolación. Vio que su cuerpo despedía una luz muy potente y blanca en cada paso. El olor a tela quemada y carne calcinada se hacía patente en cada movimiento de su cuerpo.

Un pitido fuerte la sacó de su angustia…

SEXTA PARTE

Enero de 1995

Después de haber desayunado tranquilamente, ojeando en breves espacios de tiempo la prensa, se dirigió a la parte trasera de su casa. El garaje estaba como siempre, con estanterías en algunas paredes llenas de polvo con trastos viejos e inútiles y cajas por las que sobresalían piezas. Por no desecharlas en su momento, se quedaban apelmazadas unas con otras, ocupando un sitio que poco a poco se veía mermado.

Pensó en salir a pasear en su coche blanco con el único afán de, como él pensaba, *"estirarle las piernas"* y dar una vuelta. Ahora que no lo necesitaba para ir a trabajar, lo tenía para desperezarse y obligarse a salir de su mundo. Antes de sacarlo, abrió el portón del garaje en el que tenía que emplear tanta fuerza para subirlo desde el suelo, que siempre se prometía dejar el coche a la intemperie, pero nunca lo llegaba a cumplir. A veces, por no abrir el maldito portón pesado, que le sacaba de quicio, el auto se quedaba en el garaje. Le costaba más hacer ésta acción que lo que de verdad valía la pena moverlo del sitio. En definitiva, ya no tenía tanta necesidad de hacerlo.

Cuando hubo sacado el coche empujándolo, ya que no le gustaba que el interior de su casa se llenara de humo y olor a gasolina, volvió a bajar el portón, pero esta vez sin tanto esfuerzo. Se subió y lo primero que puso después de meter la llave y darle al contacto fue la radio. Al principio siempre le costaba un poco arrancarlo, pero cuando el vehículo se empezaba a mover, daba por terminado el suplicio del día hasta la vuelta. Se encaminó al centro comercial situado a las afueras de la ciudad para comprar lo necesario para pasar la semana. Tenía que atravesar una serie de calles hasta llegar al final de una avenida, torcer hacia la derecha y pasar una serie de rotondas. No tenía ninguna prisa y se lo tomaba con paciencia. Se acordaba de sus días interminables en los que no tenía ni tiempo para beber un sorbo de agua, pero eso ya era una época pasada.

Eran las once menos cuarto de la mañana y ya se podía ver el movimiento en el parking del centro comercial. La música sonaba

por unos altavoces dispuestos en algunas de las columnas. Cogió un carro y subió por la rampa mecánica hacia el supermercado.

Después de realizar la compra de la semana llegó al coche, descargó todas las bolsas en el maletero y salió del centro. Volvió a pasar por las mismas calles. La calle llamada "Carreteros", tenía problemas con los semáforos y era una calle principal, a donde desembocaban varias calles contiguas. Los semáforos lucían intermitentes y, o los coches iban sin ninguna precaución, o la gente conducía demasiado despacio.

Se atrevió por fin a cruzar la calle principal ya que tenía coches parados detrás de él esperando a que lo hiciera cuando, como por arte de magia, un coche apareció en la calzada invadiendo su trayectoria, embistiéndolo de tal forma que fue desplazado unos metros arrancando al final una señal informativa de cuajo. El chirrido de los frenos llamó la atención de los viandantes que pasaban por esa zona haciendo que éstos se pararan a mirar. El golpe en la cabeza contra el cristal fue tan fuerte que miles de cristales salieron despedidos dejando a su conductor sin sentido mientras de las heridas manaba sangre como un riachuelo desbocado pintando todo de un color rojo llamativo. Las ruedas del otro coche quedaron impresas en el asfalto y la gente se arremolinaba, pero nadie se atrevía a acercarse a los vehículos. Las múltiples llamadas al servicio de emergencias se sucedían contando lo ocurrido y, según habían oído el golpazo, no se podía presentir nada bueno.

Dos UVI móviles llegaron en poco tiempo al lugar de los automóviles siniestrados y sacaron los cuerpos de los que iban en sendos coches después de valorar su estado. A uno de ellos lo metieron deprisa en una ambulancia para evitar que los ojos de los curiosos pudieran retratar por mucho tiempo el periodo de consternación y angustia vivido hacía unos instantes. Al que iba en el otro coche, un plástico gris plateado le cubría el cuerpo tendido ya en suelo.

La policía intentaba desviar por todos los medios el tráfico hasta que pudieran retirar los vehículos colisionados y devolver el trasiego

normal de la circulación.

Según el parte médico dado unas horas después, el hombre que conducía un Fiat rojo cuyas iniciales correspondían a L.D.T. había fallecido en el acto. Había tenido tan mala suerte de clavarse el volante en el estómago provocándole una parada cardiaca después del impacto.

El otro hombre, que viajaba en un Seat Ibiza blanco, cuyas iniciales eran E.A.M. había quedado en coma con diversas contusiones debido al golpe brutal que había recibido.

Por el momento no se podía saber la gravedad de las lesiones y la evolución que iba a presentar, aunque, a primera vista, se especulaba con un final no muy halagüeño. El tiempo diría si había buenas o malas expectativas de futuro. Los médicos en muchas ocasiones comentaban que nunca se debía perder la esperanza, ya que había pacientes que estaban en coma durante años y otros que llegan a salir y evolucionar favorablemente.

El hombre no tenía familia, solo parientes lejanos. Lo acomodaron en la habitación 238. Las enfermeras trataban de cuidarlo, atenderlo dentro de sus posibilidades, asearlo, controlarlo en su día a día. Los médicos que lo atendían, de vez en cuando lo visitaban. Pasó más de un mes sin ver ningún resultado, sin ver nada que pudiera presagiar un final llegado a buen término. Una máquina controlaba su vida por segundos, minutos, horas, días, …

Día 1 de febrero de 1995

- ¿Qué día es hoy? –preguntó una enfermera desde el mostrador de control en voz alta por si alguna de sus compañeras le oía para responderle-. Aquí metida, la verdad es que no sé ni en el día que vivo.
- Miércoles, luna creciente –contestó otra desde la habitación del control que tenía la puerta abierta.
- ¡No puede ser! –dijo la primera sobresaltada.
- ¿Qué no puede ser el qué? –respondió la anterior- ¿Que sea miércoles o luna creciente?
- ¡Ven, corre! –le gritó abriéndose paso hasta llegar a la habitación doscientos treinta y ocho.

Las dos se encaminaron hacia la habitación aceleradas. Al abrir la puerta no pudieron evitar las caras de asombro y alegría. El paciente había despertado. Tenía el pulsador fuertemente agarrado en una de sus manos y parecía hacer un grandísimo esfuerzo por intentar abrir los ojos de una forma eficaz.

- Hola cielo. ¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien?

El hombre intentó subir el dedo pulgar hacia arriba, pero sus dedos estaban adormecidos.

- No dirás que te hemos cuidado mal, ¿eh? Has estado en coma –dijo una de ellas acomodando su almohada aun sabiendo que no se había enterado de nada.
- No te preocupes, tienes que mantenerte tranquilo. Estás vivo, es lo que cuenta.

De repente, el hombre por fin abrió de golpe los ojos, intentando después mover los párpados para poder volver a cerrarlos. Abrió la boca y dijo de forma atropellada:

- Enrique.
- ¡Hombre, si hasta te acuerdas de tu nombre! Eso está muy bien. Te recuperarás, ya lo verás.

- Ahora mismo llamamos al médico para que venga a verte. Se va a llevar una sorpresa. ¡Qué alegría nos has dado!
- Pues sí –dijo la otra enfermera mientras le colocaba las sábanas-. Ya estamos hartas de ver tristes y amargos finales y esto es la buena noticia del día.

A Enrique le vinieron a su mente un cúmulo de atormentadas imágenes del accidente y una lágrima recorrió su mejilla. Ya sabía por qué se encontraba allí. Había tenido un accidente con su coche y ahora estaba postrado en una cama de hospital. Lo que no sabía era cuánto tiempo había permanecido en ese estado. Sabía perfectamente lo que quería, salir de ese sitio cuanto antes para volver a su casa. Notó que sus piernas se movían de una forma lenta y pausada. Su cuerpo empezaba a responder a sus órdenes, aunque no de forma inmediata.

Pasaron los días y, poco a poco, fue recuperándose. La movilidad era ya un hecho y caminaba todos los días por el pasillo, hablando con unos y otros, agilizando su recuperación. Le dijeron que el otro conductor había fallecido pero que él tenía que dar gracias de continuar con vida. De forma casi milagrosa y con la ayuda de los médicos y enfermeras se había curado de sus lesiones hasta llegar a despertar del coma.

A los quince días fue dado de alta. Volvió a su casa con algo en la cabeza que se había estado fraguando. No se iba de vacío. Mientras no existía para el mundo, él había vivido una historia que, con el tiempo, debía contar. Se había comprometido y obligado a sí mismo darla a conocer, aunque fuera realmente increíble. Después de la experiencia que había tenido, las consecuencias le daban igual. Había cambiado su forma de pensar.

El libro en el que había relatado sus experiencias mientras estaba en coma, salió a la luz nada más terminar de escribirlo. Era una forma de que no se quedase nada en el tintero y en él contaba lo

que había vivido en ese estado. En menos de dos meses, había dado por finalizada su historia y ahora estaba abierta a todo el que quisiera leerla.

Las librerías estaban vendiendo su libro como churros ya que según había puesto en la portada era premonitorio. Un desastre aéreo descomunal se iba a dar a mediados de diciembre de 1995. Él auguraba una catástrofe aérea en poco tiempo.

La gente se interesaba porque era un libro que se salía de lo normal y, el morbo de saber lo que podía pasar por adelantado, les daba pie y curiosidad para comprarlo. Si era verdad lo que decía ese hombre, ese libro podía valer millones después. Al cabo de poco tiempo se agotaron los ejemplares, y a Enrique lo llamaron para entrevistarlo en la radio y en la televisión. Eligió la radio porque era un hombre al que le gustaba pasar desapercibido. Aun habiendo obtenido una herencia millonaria había llevado una vida de lo más sencilla y humilde.

Eran las doce menos cuarto de la mañana y se dirigía pensativo a la radio. Allí le recibieron con los brazos abiertos pese a no conocer a nadie allí, pero fue tratado con delicadeza ya que les iba a aumentar por un periodo de tiempo la audiencia hacia límites insospechados. Esta cita ya la habían estado publicitando días antes y la gente del otro lado estaba deseando escucharle de viva voz.

¿Cómo es posible que un hombre se atreviese a narrar una historia tan increíble? ¿Es que había viajado en el tiempo? Tendría que estar muy seguro de lo que dice en su libro para publicarlo, pensaban. O era un hombre muy atrevido o podrían ser verdad sus premoniciones.

Se montó tanto revuelo y escándalo que dejaron la línea abierta para que los oyentes le hicieran preguntas. Hubo personas que lo tachaban de loco ya que, habiendo estado tanto tiempo en coma, decían que posiblemente había quedado trastornado y que incluso

podía ser un peligro para la sociedad. Otros comentaban que si era consciente de que podía parar el avión antes de que se produjera el accidente. Otro, que la historia de su libro era fruto de su inconsciente ya que estaba muy metido en el tema del más allá, otros, que la mente a veces juega malas pasadas, etc.

A Enrique le entró un fortísimo dolor de cabeza y tuvo que abandonar el estudio de radio. No había sido buena idea acudir. Había más gente que le creía una persona aquejada de locura que una persona cuerda. Él, terminó pensando que ya se vería si llevaba razón o no lo que había "*soñado"* mientras estaba en coma.

Tuvo tanta trascendencia su colaboración en la radio, su libro "engañoso o premonitorio" (según diversas opiniones) junto con el revuelo mediático montado, que provocaron en su ser una mezcla explosiva de la que no fue capaz de salir. Los médicos creían que tanto tiempo en coma le había podido afectar a los procesos mentales, haciendo que mezclara realidad con sus pensamientos y fantasías. Lo llegaron a internar en un centro psiquiátrico para valorarlo y controlarlo de cerca. Para ver si él se había montado su propia película o era verdad que en ese estado se podían conocer cosas que supuestamente iban a suceder en un futuro y él había tenido la suerte de vivirlas con anterioridad. Como él decía y se defendía, "LA HISTORIA ESTABA ESCRITA" y todo el que quisiera podía ojearla y sacar sus propias conclusiones. El final, el tiempo lo diría y lo más sorprendente de todo, es que estaba a la vuelta de la esquina.

La habitación estaba aislada. Con bastante luz. No tenía más que un armario, una cama y un pequeño escritorio al lado con una silla de madera. Disponía de un llamador por si necesitaba algo. Tenía sus horarios de comidas, gimnasio y paseos por el patio del centro psiquiátrico. Los cuidadores le abrían las puertas de la habitación y le acompañaban a lo que tocara según el horario. No dejándolo solo

ni un momento. Eran las normas del centro con los que, se suponía, podían escaparse de allí.

Cada semana tenían la consulta con el psiquiatra, que valoraba cómo encontraba a sus pacientes, si había algún progreso o seguían igual. A él le habían permitido llevarse su portátil para distraerse a lo largo del día. A su lado tenía el libro que tantos problemas le había causado, pero no se había arrepentido ni lo más mínimo de haberlo escrito. De lo que sí estaba arrepentido, era de haberlo dado a conocer. Tenía que haberlo guardado en su cabeza para siempre. Pero ¿de qué habría servido?

Los días pasaban y pasaban lentamente. Parecía un pajarillo enjaulado al que le habían cortado las alas. Esperaba que pronto le dejaran marcharse a su casa, pero ese día nunca llegaba. Él no había hecho nada malo, sólo publicar un libro, aunque fuera un poco comprometido, una fantasiosa y morbosa red de especulaciones. Los médicos le habían dicho que estar en el centro le iba a venir muy bien. Necesitaba que no lo atosigasen y estar tranquilo. Después de haber sufrido un coma no eran muy convenientes los altibajos en su vida y, con el tiempo, su salud se lo iba a agradecer.

Día 22 de diciembre de 1995

Los informativos de la semana con la misma noticia empezaron a invadir los canales de la televisión haciendo a todos los televidentes partícipes de lo que ya era una cruda realidad. Otro avión, de la misma compañía del que se había siniestrado el día anterior llamada "Elite Stars", se había estrellado hacía unas horas. Se había comprobado que el presagio de un hombre llamado Enrique Arcón Morán se acababa de cumplir. Las televisiones repetían una y otra vez las imágenes del último avión siniestrado. Parecía desde un primer momento que nadie saldría con vida. No había nada más que ver la zona con todo calcinado. Además de las imágenes de donde se había producido el fatal accidente, aparecía, en un lado de la pantalla, la imagen de la portada del libro de Enrique, corroborando lo que un día escribió y alertó.

En el centro psiquiátrico aún no se habían enterado de la noticia. Tenían prohibido recibir información del exterior, tanto los pacientes como los que estaban en sus horas de trabajo, ya que los enfermos necesitaban tranquilidad y desconexión. No podían alterarse bajo ningún concepto y menos por asuntos que no les hacían ningún bien para su recuperación.

Como todas las mañanas, las auxiliares se encaminaron a la habitación de Enrique para que fuese a desayunar. Tocaron a la puerta y al ver que éste no contestaba preguntó una de las auxiliares:

- ¿Enrique? ¿Estás ahí? –dijo dando unos golpes con los nudillos en la puerta.
- Mira que si está muerto y nos lo encontramos en el suelo tirado… –habló la otra con cara de susto al no oír respuesta.
- Tendremos que abrir la puerta. Llevamos demasiado tiempo sin saber nada de él y esto ya parece un poco raro, ¿no crees? –dijo mosqueada la otra mientras abría con una llave.

El sonido de las bisagras retumbó por todo el pasillo. Las auxiliares quedaron impresionadas. No por lo que deberían haberse encontrado, sino por lo que no estaban viendo sus ojos.

Enrique había desaparecido.

- Esto no es posible. Tenemos cámaras de seguridad por todos los rincones del centro y él solo no ha podido salir.
- Pues ahora se lo cuentas tú eso al responsable, a ver qué te dice –dijo una de ellas, preocupada en cómo contarían algo que resultaba imposible de mantener-. Seguramente pensarán que nos ha sobornado para salir de aquí.
- Sí, claro ¿Y las cámaras? Se hubiera visto salir, ¿no?
- ¿Sabes que nos van a echar las culpas por no saber dónde está este hombre? Estamos aquí para estar pendientes de ellos.
- Ya, pero no estamos dentro de las habitaciones para ver qué hacen y tampoco hay cámaras dentro para comprobarlo.
- ¿Y si cerramos la puerta y aquí no ha pasado nada? Nosotras no hemos estado aquí.
- ¡Pareces tonta! Fuera, en el pasillo, sí hay cámaras que registran quién abre las habitaciones.
- Pues yo no me quiero meter en ningún lío y menos sin comerlo ni beberlo.
- Sólo hay que contar lo que hemos visto realmente. O, mejor dicho, lo que no hemos visto.

Antes de cerrar la puerta, una de ellas se percató de que encima del escritorio había un pequeño libro. Se trataba del libro cuyo autor había desaparecido de entre esas cuatro paredes sin explicación. Lo ojearon de correprisa y al pasar las hojas, un papel cayó al suelo. En él se podía leer en una letra más o menos clara: "No sólo se ve con la mirada" y debajo de esa frase había otra escrita en mayúsculas: "CUANDO EL MUNDO SE ACABE, ALLÍ NOS REUNIREMOS. TODO ESTÁ ESCRITO". La nota estaba firmada con la tinta de un bolígrafo por el autor de ese mismo libro: Enrique Arcón Morán.

Con el ajetreo propio de cuando una persona se pone muy grave, las auxiliares del turno anterior se olvidaron de comunicar lo que había pasado a sus compañeras. En esa situación cada segundo era de vital importancia. Se habían llevado de urgencia a Enrique al hospital. Al hombre, aquejado de un dolor muy fuerte en el pecho, le había dado tiempo de pulsar el llamador antes de caer inconsciente en el suelo de la habitación.

Una mujer viajaba en una ambulancia a toda velocidad con la ropa destrozada, rasgada y con toda la piel de su cuerpo quemada. Tenía múltiples fracturas, contusiones, desgarros…

Nadie daba un duro por su vida, pero su corazón milagrosamente seguía latiendo. Fue ingresada en la unidad de cuidados intensivos y los médicos esperanzados, atendieron con urgencia su estado. Fue operada inmediatamente de las lesiones que presentaba. Después, mediante una pantalla le iban controlando sus constantes vitales. La habitación donde se encontraba daba verdadero pánico. Máquinas, pantallas, cables y aparatos de todo tipo intentaban mantenerla con vida.

Había sido la única superviviente del horror que se presenciaba al mismo tiempo en todos los medios informativos que pasaban una y otra vez la secuencia de unas imágenes verdaderamente impactantes.

- ELISA, ¡RESPONDE! –gritó una de las enfermeras mientras le agitaba el cuerpo y otra enfermera miraba el panorama inquieta.

Un pitido fuerte y constante sonó desde un monitor, una línea roja, horizontal, completamente plana, indicaba que la paciente estaba entrando en parada. El sonido agudo provocó que todos los que estaban al cuidado de los enfermos de la unidad de cuidados intensivos se desplazaran corriendo a la habitación de la mujer. Un médico voló al equipo de reanimación mientras una enfermera le dejaba el pecho descubierto. Después de varias descargas, Elisa no respondía. Le inyectaron adrenalina directamente al corazón, pero tampoco surtió efecto. Después de poner el equipo médico todo de su parte, sus esfuerzos no obtuvieron ningún cambio en el estado de Elisa.

- Hora de la muerte: las veintiuna horas y veintidós minutos. Día 22 de diciembre –dijo el médico que la estaba atendiendo con voz apagada.

Las miradas de todo el equipo eran de tristeza, ya que nunca se habían podido acostumbrar a la sensación que les causaba ver cómo una persona perdía la vida delante de sus narices sin poder hacer nada para remediarlo. Había llegado el final. No pudieron hacer nada para salvarla.

Después de varios minutos, una sábana tapaba el rostro destrozado, desfigurado por las quemaduras sufridas. Era imposible que, conforme tenía todo su cuerpo, pudiera salir adelante y resistir, pero habían intentado por todos los medios mantener sus constantes hasta su último suspiro de vida.

En el mismo hospital, Enrique fallecía a causa del infarto que sufrió en el psiquiátrico, sin que pudieran hacer nada por su vida. Justo en el mismo hospital y a la misma hora donde Elisa se despedía de esta vida presa de un fallo multiorgánico.

Unos días después…

- ¡Mamá! ¡Calla! ¡Algo importante están diciendo en la tele! ¡Sube el volumen! –dijo la muchacha en voz alta desde la mesa del comedor mientras desayunaba y miraba sorprendida la pantalla del televisor.

La mujer cogió el mando y presionó el botón del volumen hasta hacer que el sonido retumbara en el salón.

En la pantalla salían dos recuadros. En uno, la chica del informativo estaba leyendo con cara de asombro una hoja con las últimas noticias que habían llegado a la redacción. En el otro, el libro de un tal Enrique aparecía dando a entender que estaban hablando sobre el tema.

"…Enrique Arcón Morán murió hace unos días en el hospital "Virgen del molino". Entró en coma por un accidente de tráfico que sufrió en enero y, milagrosamente después de un tiempo, se había recuperado. Hasta ahí nada hay de raro, pero lo sorprendente de la información es que no se sabe cómo ha ocurrido, pero, en la habitación del psiquiátrico donde recibía tratamiento, se ha encontrado un libro escrito por él mismo, en cuyo interior se ha podido leer lo que justamente sucedió unos días atrás. El mismo libro del que tanto se habló en su momento. El accidente aéreo del 22 de diciembre de 1995, estaba escrito por éste hombre, y ha conmocionado a medio mundo casi un año después de quedarse en coma. Parece imposible, pero al final del libro en letras pequeñas se podía leer: "Terminado a fecha 22 de diciembre de 1995", día en que justamente falleció dando por concluido su trabajo y su vida.

El libro, "Hasta pronto Amigos", ha dado que hablar y dará que hablar en bastante tiempo. En él ha relatado la historia vivida mientras se encontraba en coma. ¿Cómo lo habrá hecho? Se ha abierto una investigación para esclarecer cómo ha podido saber del accidente aéreo estando en ese estado antes de que sucediese y de por qué ha querido contarlo en su libro para que sea leído hasta las últimas consecuencias. Investigan que hay detrás de todo esto y su relación con esta noticia que nos ha llegado de última hora.

Una empresa llamada DDM ("Días de Medicación") ha sido usada como tapadera, ya que se ha sabido que en realidad ocultaban su verdadero nombre siendo desde un principio: "Dueños de Mentes". Esta empresa, dirigida por personas importantes, poderosas e influyentes en el mundo científico, se dedicaba presuntamente a fabricar un gas potente y tóxico con el objetivo de controlar las mentes de las personas que lo inhalaban. Según fuentes oficiales, estas personas tenían relación directa con el accidente aéreo del vuelo 2122 entre otros sucesos según el citado libro.

Según se sabe por el momento, sus mecanismos de actuación eran los de extorsionar a gente inocente que no tenía nada que ver con sus asuntos, convirtiéndolas en víctimas directas de sus actos vandálicos y pensamientos retorcidos. Ellos se evadían, provocando y obligando a sus esclavos a realizar el trabajo sucio. Su único fin: Ser los amos del mundo y sentir el poder bajo su mando.

Ahora están pendientes de ser juzgados por el caso "Vuelo fantasma", ya que las personas del vuelo 2122 murieron por la inhalación de los gases tóxicos incontrolados creados por esta empresa. Se ha podido saber, debido a la caja negra, que el avión perdió el control, provocando su caída y sesgando la vida a los que allí viajaban. Tan solo una mujer pudo llegar con vida al hospital, falleciendo a las pocas horas debido a la gravedad de sus lesiones. Los cabecillas de esta empresa, gente mafiosa, se las ingenió para hacer creer al mundo, después de la tragedia, que el vuelo 2122 había impactado debido a un fallo técnico, ocultando el verdadero desastre. Este suceso por fin ha salido a la luz y tiene una explicación de los hechos. Lo que falta por descubrir ahora, es cómo Enrique Arcón ha sabido de sus macabros planes desde la cama del hospital donde estuvo ingresado, antes incluso de que llegara a ocurrir".

La periodista miró al frente de la pantalla y terminó diciendo: *"Seguiremos manteniéndoles informados sobre este asunto tan increíble. Que tengan un buen día".*

La música y el logotipo del informativo hizo acto de presencia, haciendo después que varias imágenes se sucedieran unas a otras rápidamente. Las noticias habían acabado dejando a todos los televidentes con la boca abierta y un nudo en el estómago pensando en que los pasajeros y tripulación habían sido los conejillos de indias de unas personas perturbadas y que éste tipo de sucesos podían ocurrir, que todos podíamos estar expuestos a algo tan macabro sin saberlo. Luego, el tema del libro, que abría la puerta a sucesos tan difíciles de entender, dejando el interrogante de creer o no creer, pero no cabía duda de que el libro estaba ahí. Por desgracia, no era un guion de una película, podía ser la pura realidad, dejando una puerta abierta a lo desconocido.

SEPTIMA PARTE

Un tiempo después…

Las campanas repiqueteaban tristes en la ermita del cementerio "Tres cruces". Una misa en memoria de los fallecidos del vuelo 2122 terminaba con un "descansen por fin en paz".

Un río de gente salía por la puerta lateral de la ermita y se paraba en un mural donde los nombres de las víctimas del accidente aéreo sobresalían, dando relieve a la pared, como tributo a los pasajeros que nunca pudieron llegar a su destino. Familiares y amigos se habían congregado para recordarles y decirles su último adiós. Sus cuerpos ya descansaban en el lugar que merecían, donde los seres queridos podían honrarles con su presencia y rezarles. Las lápidas recientemente puestas, brillaban con la vaga y tímida luz del sol.

Una de las lápidas llamó la atención a una pareja que recorría el cementerio en busca de la de algún familiar fallecido.

- Enrique Arcón Morán –dijo la mujer-. ¿Este no es el hombre que había estado tanto tiempo en coma, que salió en la televisión?
- ¡El mismo! –contestó el hombre parándose a mirar la lápida-. Según dicen era multimillonario y donó todo su dinero a los familiares de la gente fallecida en el vuelo 2122.
- ¿Cómo iba a donar el dinero? Si se supone que se había muerto el mismo día del accidente de aviación…
- ¿Te acuerdas de ese libro tan famoso que dicen que escribió cuando despertó del coma?
- Sí, claro. Tengo pendiente leérmelo.
- Pues en las últimas páginas de ese libro incluyó su testamento.
- ¿Cómo podía dejar el testamento escrito en ese libro? Vaya idea, ¿no? ¿y cómo supo lo del accidente aéreo antes de que ocurriera? No me lo explico…
- Es una incógnita. Según cuenta en el libro, mientras estaba en coma describió con pelos y señales lo que estaba aconteciendo en ese avión.

Un silencio sepulcral por toda respuesta acompañado de una especie de viento suave y burlón acarició sus rostros.

La mujer se fijó que la frase escrita debajo del nombre y la fecha de su muerte no era el típico R.I.P. En su lugar leyó en voz alta:

- "HASTA PRONTO, AMIGOS"

Se quedaron los dos pensativos, entumecidos y mirándose a los ojos con la esperanza de que eso fuese cierto. Tenía que ser cierto. No hay nada que desearan más que volver a ver a los que un día se fueron, parando el tiempo para siempre.

Al lado de la tumba de Enrique Arcón había otra lápida con el nombre de una tal Elisa. La casualidad de que uno y otro murieran el mismo día (se podía contemplar en la escritura de las lápidas) les causó impresión y desconcierto. Coincidencia también de que estuvieran uno justo al lado del otro. Pero la frase que resaltaba con letras mayúsculas en la de la mujer, era todavía más impactante y sobrecogedora:

"GRACIAS ENRIQUE,

ETERNAMENTE AGRADECIDA"

Sólo ellos y el famoso libro de Enrique Arcón les podían revelar la verdad de su conmovedora e inquietante historia. Únicamente hacía falta querer abrirse a otras realidades, mirar con otros ojos y descubrir nuevos mundos…

-FIN-

Todos los hechos, personajes, acontecimientos y lugares de esta historia son ficticios.

Para todas las personas que han dejado este mundo con la esperanza de volverse a encontrar, pudiendo mirar cara a cara a la vida, desterrando el dolor y la muerte para siempre.

NOTA DE LA AUTORA

Este libro fue escrito hace 20 años.

Ahora, en el año 2026 sale a la luz. Por fin he decidido publicarlo. Ahora, cuando se está comentando en charlas y tertulias para abrir conciencias (por gente eminente, de renombre) esa especie de dimensiones paralelas, desconocidas, donde se crean puertas increíbles, portales inimaginables al más allá, historias contadas por personas que han estado al borde de la muerte..., me ha dado por desempolvarlo y volverlo a leer y recordar lo que en él contaba.

Me ha llamado la atención cómo, en aquella época, una historia semejante, surgiera de mis pensamientos más profundos. Como dicen los buenos escritores, parece que los personajes estaban deseosos de hablar, de guiarme en la escritura y manera de contarlo. Parece como si se hubiesen apoderado de mí o me hubiesen escogido para tal hazaña… para narrar algo que hoy por hoy, todavía me resulta chocante.

Pienso que siempre han existido estos temas, aunque antes eran tabú y la gente se callaba por el miedo al qué dirán o los tildaran de locos, con problemas mentales… Ahora, hay más personas que hablan abiertamente, sin importarles lo que piensen de ellos los demás, con tal de contar su experiencia y realmente, se está viendo que ya suman muchos casos donde se siguen prácticamente los mismos patrones. De un tiempo a esta parte, se están relatando muchas experiencias ahora llamadas ECM (experiencias cercanas a la muerte) que increíblemente en su día, hace años, ya lo escribí en este libro.

Os puedo asegurar, mis queridos lectores, que, en esa época, no tenía ni idea de estos temas. Esta historia es solo fruto de mi imaginación. Es algo que se fraguó, pendiente de salir algún día, de contarse. La verdad, no sé por qué. A lo mejor estos personajes, quién sabe, han querido contar su verdadera historia bajo la mano de mi puño y letra.

Y como puede leerse al final del libro…

Solo hace falta querer abrirse a otras realidades, mirar con otros ojos y descubrir nuevos mundos…